Federico Lorenz

MONTONEROS O LA BALLENA BLANCA

POPULAR 998
NOVELA

FEDERICO LORENZ

MONTONEROS O LA BALLENA BLANCA

Montoneros o la ballena blanca es un relato de lucha y resistencia. Con una prosa afilada y una estructura fragmentaria que evoca los ecos de la historia reciente de nuestro país, esta narración reconstruye los sueños de una generación que creyó en la revolución y peleó con convicción por sus ideales.

Desde los combates de Malvinas hasta la clandestinidad de la militancia montonera, Federico Lorenz entrelaza la historia con la ficción y nos presenta un abanico de personajes atrapados por la violencia política y la guerra. Un relato imprescindible para comenzar a comprender las cicatrices de nuestro pasado reciente y la complejidad de los sueños que, como la ballena blanca de Herman Melville, siguen emergiendo en medio de la tormenta.

Federico Lorenz
(Buenos Aires, 1970)

Es historiador y novelista, y uno de los mayores especialistas sobre la historia de las islas Malvinas, la última dictadura militar argentina, el sindicalismo combativo y la violencia política. Entre sus libros, se cuentan las novelas *Los muertos de nuestras guerras* (2013); *Para un soldado desconocido* (2022), y *La balada de Jimmy Cross* (2023), y los ensayos *La llamada. Historia de un rumor de la posguerra de Malvinas* (2017); *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta* (2020); *Malvinas. Historia, conflictos, perspectivas* (2022), y *¿De quién es el 24 de marzo? Memoria, historia y política* (2023).

Índice

- Portada
- Sobre este libro
- Sobre el autor
- Dedicatoria
- Epígrafe
- Primera parte. Atlántico Sur
- Segunda parte. La disidencia
- Tercera parte. La ciudad
- Cuarta parte. La montaña
- Quinta parte. Ruta 3 al Sur
- Sexta parte. El mar
- Séptima parte. Las islas
- Créditos

Para mis tíos Angélica y Eduardo, por la Patagonia.

Yo, Ismael, formé parte de esta tripulación; mis gritos se elevaron con los demás; mi juramento se mezcló al de ellos; y grité más fuerte; y sellé con más fuerza mi juramento, a causa del terror que sentía en mi alma. En mí había un sentimiento de simpatía místico y vehemente; el odio inextinguible de Ahab parecía mío. Con oídos ávidos escuché la historia del monstruo asesino contra el cual yo y los demás habíamos prestado juramento de violencia y venganza.

HERMAN MELVILLE, *Moby Dick*

El teatro es bien digno de las escenas que en él pasan.

CHARLES DARWIN,
Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo

Primera parte

ATLÁNTICO SUR

1. PRISIONEROS DE GUERRA

—CHE, VOS, ¿qué quiere decir pou?

—¿Qué?

—Ahí: pou. En las paredes del galpón. P-O-W.

—¡Yo qué carajo sé! ¡Dejate de romper las bolas!

—Yo sí sé. Es para que no nos bombardeen. Significa prisoners of uor. Prisioneros de guerra. ¿No ves que además dice "PG"?

—¿Y cómo nos van a bombardear, si nos agarraron los ingleses y los aviones son nuestros?

Los soldados del Regimiento 12 se quedaron en silencio, amontonados en un rincón del campo de prisioneros de Goose Green, donde el sol se concentraba un poco más que en el resto de la exguarnición argentina, ahora recuperada población inglesa. Hacía unos días que se hallaban confinados detrás de las alambradas o en los galpones, desarmados y sin hacer ninguna actividad. Desde que algunos de ellos habían muerto levantando minas por orden de los ingleses, ya no los hacían trabajar, así que se pasaban el día con las manos en los bolsillos, mientras la guerra se había desplazado al este, hacia Puerto Argentino. Los guardias ingleses se reían y se encargaban de hacerles entender que en pocos días más se terminaba todo. Algunos de los prisioneros, sin embargo, la seguían.

—Allá los vamos a hacer mierda, vas a ver. A nosotros nos madrugaron mal comidos.

Los ingleses trataban con dureza a sus prisioneros, resentidos porque en el combate tras el cual se rindió el Regimiento 12 había muerto su jefe, el coronel Jones. Acusaban a los *argies* de haberlo matado mientras había bandera blanca.

En esos primeros días de junio el frío ya apretaba mucho. Goose Green era una población pequeña de casas de madera y zinc desparramadas sobre un istmo. Los kelpers, sus pobladores, habían padecido la presencia de cientos de soldados argentinos que, tras el desembarco del 2 de abril, los habían confinado en uno de los edificios grandes, sometidos a control militar por la sospecha de que colaboraban con los ingleses. El poblado ahora se veía sucio y desordenado. Había basura tirada en las calles barrosas. El edificio de la escuela estaba en ruinas; había sido incendiado durante los combates que derivaron en la rendición del Regimiento 12. En la

confusión de la batalla, con hambre de semanas, algunos soldados habían saqueado varias casas, y eso no mejoró las cosas. Se habían emborrachado y habían destrozado todo lo que estuvo a su alcance.

Los galpones de esquila, rebosantes de prisioneros apiñados como ovejas, tenían pintadas en sus paredes las palabras "POW" y "PG" con enormes letras blancas que se veían desde lejos con claridad. Era una medida precautoria para que la aviación argentina, muy activa en el estrecho de San Carlos, no matara a sus propios hombres.

La mayoría de los cautivos aguardaba el regreso a casa contando los aviones que iban y venían con estruendo, o se entretenía viendo trabajar a los helicópteros ingleses. Entre ellos, había un grupo de hombres que parecían suboficiales. Cuchicheaban, hablaban en voz baja y en general permanecían algo apartados del resto. Eran soldados "viejos" y no del Regimiento 12. Se los escuchaba bien porteños, se mostraban más disciplinados, estaban más limpios y eran más ordenados que el resto de sus compañeros.

Los primeros días, mientras los paracaidistas que los custodiaban los clasificaban de acuerdo con el rango y ese tipo de cosas, comenzaron a cantar la marcha peronista marcando el paso rumbo a la barraca con olor a mierda de oveja. Muchos conscriptos, de a poco, se fueron sumando casi como un desafío a los sumbos y a algunos oficiales que observaban con fastidio la escena. En un momento dado, en el grupo vocinglero se produjo una confusión de letras. Los soldados "viejos" cantaban:

> Con el fusil en la mano
> y Evita en el corazón
> ¡Montoneros, Patria o Muerte
> para la Liberación!

Mientras que los conscriptos, que conocían otra versión, la superponían sobre la anterior:

> … gran argentino
> que se supo conquistar
> a la gran masa del pueblo
> combatiendo al capital.

Los dos grupos cantaban casi gritando para taparse mutuamente, hasta que los guardias los hicieron callar, pensando que se trataba del himno argentino.

Ahora, apoyados contra la pared de la barraca, tratando de calentarse al sol, los de la marcha con la letra cambiada cuchicheaban:

—¿Cómo les habrá ido?

—Mejor que a nosotros, seguro.

—Igual, estos milicos ya nos pudrieron todo otra vez. Con unos

cuantos compañeros más los parábamos a estos gringos. ¡Cagones acá y allá!

—Puede ser, pero a no caerse, loco. Hagamos fuerza por los cumpas.

2. SAPPER HILL

Los nepaleses avanzaron con cuidado entre los despojos de la batalla. La radio informaba que se había firmado un cese del fuego, aunque los *argies* no tenían por qué haberse enterado y además podía haber trampas cazabobos.

Estaban asombrados de la resistencia de los infantes de Marina. Como siempre, los reportes de Inteligencia habían fallado, y los argentinos se habían defendido bien, ninguno había salido corriendo al primer disparo. En el Tumbledown habían muerto varios nepaleses y no les había sido fácil sacar a los enemigos de sus pozos, perfectamente camuflados y distribuidos. Debieron usar cohetes Milan, diseñados para destruir tanques, y bombas de fósforo. Lejos de rendirse, los argentinos se retiraron combatiendo hasta la siguiente altura en el camino a Stanley, llamada Sapper Hill.

Parecía que no había quedado nadie vivo. Una delgada capa de nieve cubría los restos del combate: cuerpos, armas, tierra revuelta como para la siembra. El paisaje semejaba una maqueta de la destrucción, a punto de ser coloreada. Cada tanto, una huella reciente de borceguí o un trapo levantado con la punta del fusil, a la caza de prisioneros, rompía la blanca monotonía. A lo lejos, se escuchaban disparos aislados, alguna explosión sorda y el cañoneo aún persistente aunque cada vez más espaciado. El sonido de los disparos despertaba una sonrisa en los nepaleses, que cambiaban miradas en voz baja: uno menos. Algunos no se tomaban la molestia de tomar prisioneros.

De improviso, el jefe de la patrulla hincó una rodilla sobre la tierra y levantó la mano. Con un abrir y cerrar del puño indicó alerta y dispersión a izquierda y derecha. Frente a ellos había tres cadáveres de argentinos que todavía humeaban. La explosión que los mató los había arrojado fuera del pozo que defendían. Atrás, una gran roca grisácea manchada de musgo cubría una hondonada y desde el fondo llegaban voces iracundas en español:

—Lo único que no me explico es cómo unas lacras como ustedes llegaron hasta acá.

—Lo mismo digo, rata. Bajá el arma.

—Bajala vos.

La patrulla oyó risas nerviosas y fuertes, por lo menos de dos hombres. De repente sonaron dos disparos al unísono, y luego hubo el

rumor del forcejeo de cuerpos rodando por el suelo. Las voces regresaron entrecortadas por el esfuerzo:

—Vas a pagar, hijo de puta, pero antes me vas a decir qué hiciste con ella.

—Con quién, basura, con quién. Matame, boludo, y vas a ver quién pierde después. A la vuelta mandamos nosotros.

Otros dos disparos sonaron de nuevo al mismo tiempo, y los gurkas, superados en su asombro, se desplegaron en círculo y saltaron gritando:

—*Hands up! Hands up!*

Se encontraron apuntando a tres argentinos que yacían sobre la tierra. Dos de ellos, cara al cielo, respiraban entrecortadamente. Algo apartado, el cuerpo inmóvil del tercero dejaba ver una gran mancha de sangre junto a su cabeza. Asomaban esponjas rosadas, flores en ese campo rojinegro; eran pedazos de su cerebro.

Los dos sobrevivientes no podían moverse. Cada uno empuñaba una pistola, que los británicos apartaron de una patada. Parecían estar muy malheridos; la sangre manchaba el duvet de sus parcas y comenzaba a desparramarse por la nieve. Tenían una expresión fiera. Uno de ellos, aunque débil, los miraba desafiante. El otro parecía desvanecido, y en su cabeza también había sangre.

El sargento que comandaba el pelotón se calzó el fusil en bandolera y desenfundó una pistola. Se acercó al que estaba despierto y le apuntó a la cabeza:

—*The war is over for you, mate.*

Mientras lo iba a rematar, pensaba en la noticia que le habían dado el día anterior, en su hermano muerto a causa de las heridas sufridas en el hundimiento de la *Antelope,* y en su puta suerte de estar en medio de un puñado de asiáticos que lo despreciaban tanto como él a ellos, mientras los Paras habían entrado primeros en Stanley.

—No me mates —dijo el moribundo, y con la mano alejó el arma de su cráneo, como quien corre una cortina. Hablaba con dificultad, y el sargento vio que tenía la boca herida. Debió ser un gran esfuerzo, porque el brazo volvió a caer al instante.

Uno de los soldados bajó su fusil, tomó el brazo del sargento y dijo con un espantoso acento:

—*Don't shoot'em, sarge. Brave men. I feel it. Let's take'em to the doctor, sargent. Good warriors deserve respect.*

Los dos prisioneros fueron llevados a bordo del buque hospital *HMS Uganda* y los internaron en camas contiguas. Al menos en dos oportunidades intentaron asesinarse y debieron ser separados, permaneciendo desde entonces aislados y con custodia armada. Interrogados por los ingleses, ambos manifestaron ser oficiales de las Fuerzas Armadas argentinas, aunque solo fue posible verificar uno de

los rangos, correspondiente al teniente de Infantería de Marina Perdías.

El otro prisionero, el que tenía la mandíbula destrozada por una de las balas recibidas y no podía hablar, pidió papel y lápiz y comunicó por escrito que estaba dispuesto a conversar con un oficial de igual rango y jerarquía. Ahora escribe sin cesar, a pesar de las indicaciones para que descanse.

Segunda parte

LA DISIDENCIA

1. LA CAMPAÑA MILICIANA

Fragmentos de la Orden General para la Campaña Nacional de Milicias "Compañero Carlos Caride", *julio de 1976. Subrayado con lápiz rojo en el original.*

1.3. *Líneas de acciones milicianas*

El objetivo central de las milicias es desgastar al enemigo masificando la resistencia organizada. Es necesario dispersarlo sobre el territorio para hacerlo más vulnerable.

Para dispersarlo es necesario multiplicar el accionar de las Fuerzas Populares.

Acá, debemos: a) desgastar; b) masificar; c) organizar.

a) desgastar: es necesario realizar pequeñas acciones, pero en forma sostenida y permanente.

b) masificar: significa incorporar a las acciones a sectores cada vez más amplios, el tema de todo miliciano debe ser: "No irás a dormir sin haber realizado la acción del día contra el enemigo" […]

1.4.1.2. *Acciones ofensivas*

1) *Propaganda* permanente sobre los ejes que va determinando el partido para las agrupaciones. Para esto deben utilizarse todos los recursos existentes; tales como cadenas de rumores, obleas, pintadas, gancheras, boletines telefónicos.

2) *Protección popular* de los militantes y sectores populares. Esto significa hacer la planificación para evitar que el enemigo se lleve compañeros de los lugares de trabajo, vivienda o estudio; corrillos en las proximidades de los controles de tránsito que hace el enemigo para advertir a los que se aproximan, distracción de las fuerzas enemigas durante los operativos rastrillo o procedimientos, formas de avisar a los compañeros cuando son vigilados o han sido allanadas sus viviendas, etcétera.

3) *Acciones paramilitares o militares* como sabotaje a la producción, a la administración pública. Expropiación de recursos (comestibles, ropa) en las grandes concentraciones de estos elementos. Destrucción de las constancias de deudas (casas de crédito, boletas de luz, agua, etc.). Ataques contra bienes del enemigo. Ataques contra personal del enemigo (botones de fábrica, etc.). Acciones de propaganda armada (desfiles en ferias, etcétera).

2. EL RÍO

—Los TIRAN al río —dijo Gari—. Me lo contó un compañero que tiene un trabajo en Aeroparque. Les inyectan algo para dormirlos, los cargan en aviones y los tiran aguas afuera.

Así era, entonces. En los minutos siguientes fue imposible cruzar la mirada con alguno de los compañeros. Nadie abrió la boca, solo se escuchaba el tema de Julio Iglesias que pasaban por la radio que, por seguridad, sonaba a todo volumen.

—Los tiran al río —repitió Gari al fin.

Ahora sí, como si lo hubiéramos ensayado, largamos el aire que habíamos contenido entre los dientes apretados, y nuestras miradas empezaron a buscarse para compartir perplejidad y dolor. En aquellos meses no había tiempo para desahogos; los compañeros caían con una velocidad que no daba tiempo a reaccionar, apenas alcanzábamos a cambiar de casa y avisar a quien se pudiera.

Permanecimos sentados alrededor de la mesa con la cabeza baja, como velando a un muerto ausente. Traté de imaginarme a Pulu, a Chechu y a Quilo cayendo al agua marrón y angurrienta. Era difícil. No es que no estuviéramos acostumbrados a la muerte. Los que hacía tiempo estábamos en la lucha ya habíamos enterrado a varios caídos. Cuando la Triple A salía de caza, lo habitual era encontrar un pingajo de carne y sangre, quemado o acribillado.

—¿Qué seguridad tiene de lo que dice? Se corren muchas bolas —preguntó el General.

Por su tono, la pregunta delataba las ganas de recibir una respuesta negativa. Aunque el General sabía que Gari no solía tragarse cualquier historia que le contaban. Blanco o negro era el esquema con el que entendía la realidad:

—Me consta —enfatizó Gari, que a veces disfrutaba alardear de que conocía palabras complicadas—. El compañero es de la UZI, somos amigos. Por eso me contó. Me dijo también que hicieron informes para la Conducción Nacional, que ellos ya saben esto desde hace tiempo.

—Y además, acuérdese de lo que contó hace un tiempo Nemo, General, lo del dique San Roque —agregó Cuca, mi compañera.

Nemo había ido a hacer prácticas de buceo a Córdoba y había encontrado cuerpos en el fondo del dique. No podía afirmar su procedencia, pero en mayo de 1976 nadie podía dudar al respecto.

Además, los vecinos aseguraban haber visto a los helicópteros mientras arrojaban los bultos. Inmersos en nuestra propia supervivencia, eran las dos primeras señales que teníamos de que no eran hechos aislados y que algo muy grande estaba sucediendo. Gari era más confiable que Nemo, a quien en su momento no lo habíamos tomado demasiado en serio porque era un delirante y pensábamos que lo más probable fuera que de tanto usar tubos de oxígeno se le habrían quemado las neuronas.

Cuando los de la Triple A mataban a alguien del territorio, a veces podíamos devolverles el golpe, aunque la mayoría de las veces apenas llegábamos a tiempo para consolar a los padres y hacernos cargo de los hijos. Daba mucha bronca pero era la guerra. Una vez bajamos a uno de ellos, un pesado de los astilleros bastante pajero. Mandamos a una compañera en minifalda a preguntarle algo, cualquier cosa, y cuando el tipo bajó la ventanilla en tren de galán salimos de la nada y lo quemamos. Fue una buena operación, limpia y rápida, pero a los pocos días la pesada empezó a matar militantes sindicales en represalia. Boletas más antiguas, seguro. "El cinco por uno, que yo recuerde —decía el Gari en broma—, desde el principio fue al revés en lo que a nosotros respecta." Esas cosas demostraban que aun en la pequeña escala la estrategia de ellos era la más efectiva, porque la gente se asustaba y nos abandonaba. De todos modos, hay que decirlo, nuestro grupo venía bastante indemne comparado con otros que conocíamos y con los que nos veíamos en citas horizontales a pesar de las prohibiciones.

—¿Qué hacemos? —preguntó alguien.

—Ponemos los fideos y después redactamos el informe para la Secretaría —contestó el General, que era nuestro responsable. Estaba serio.

3. EL LANAS

Fue la última vez que usamos aquella casa. El Lanas, que había participado de la reunión, no aguantó las ganas de ver a los hijos, que estaban viviendo con la madre en lo de sus suegros, cerca de Talar. El Lanas andaba cambiando de casa desde la Navidad del 75, cuando lo fueron a levantar a la salida del trabajo. Su mujer no quería saber nada con su militancia ni con los montoneros, aunque lo dejaba hacer, sin meterse. Le preocupaban sus hijos tan pequeños y no entendía cómo su marido, que era un obrero, andaba con gente que había matado a Rucci.

El Lanas decidió seguir con nosotros y eso le significó ver a sus hijos cuando podía, cada vez menos y en contra de cualquier medida de seguridad. Yo lo acompañé un día a la salida del colegio, en un 3CV ruidoso que era de lo más seguro, porque nadie iba a pensar que esa lata era un auto operativo. Compró unos topolines y los chicos estaban felices con su papá, que los llevó a dar vueltas toda la tarde y les mintió diciéndoles que el auto era mío. Eran bien vivos los pibes, nos quedamos tiesos cuando el mayorcito le pidió que los llevara de regreso a su casa, porque los milicos los podían agarrar.

A los tres días reventaron la casa del Lanas, una obra en un lote que venía construyendo de a poco desde el 71. Se ensañaron con los muebles y la ropa de los chicos, arrojados con estruendo a la calle para que los vecinos se enteraran. Manosearon a la esposa y le mandaron decir que si se aparecía por ahí era boleta. Rosi, la esposa del Lanas, en la siguiente cita lo mandó a la puta madre que te parió a vos y a los extremistas y le avisó que se iba a vivir con sus padres. Eso ocurrió en abril, y nuestro compañero aguantó sin ver a sus hijos hasta septiembre.

Contaban los vecinos que una mañana se apareció por la casa de los suegros y que no le dieron tiempo ni de tocar el timbre. Salieron de la casilla de al lado, lo encañonaron y lo metieron en un auto. Por la tarde faltó a la cita de control y tuvimos que levantar todo. La casa en la que Gari nos relató lo de los vuelos era una de las más frecuentadas del ámbito, así que decidimos no volver por allí. Una pena, porque era grande, con buenas salidas y bien ubicada. Los de Logística le habían hecho dos embutes perfectos, uno detrás de la cocina, y otro debajo del inodoro. Perdimos fierros, documentos y papeles de la Orga. Uno

de los compañeros que vivía en la casa se dejó el DNI legal. Lo tenía con él porque estaba por presentarse al servicio militar, así que quedó como desertor y encima de regalo les dejó una punta segura a los servicios.

Del Lanas no supimos más nada. Un compañero liberado días después, el Floro, nos contó que mientras estuvo detenido en la comisaría de Tigre vio cuando lo trajo Romualdes. También nos contó que al Lanas lo golpearon con un mango de pala que hacía un ruido terrible cuando le daban en la cabeza. Él repetía todo el tiempo "Carlitos, Marquitos", el nombre de los hijos.

Cuca, mi compañera, se encargó de pasarle a la mujer del Lanas el dinero que juntamos entre nosotros, cayéndole de improviso a la salida de la escuela de los chicos.

Con ella también fuimos varias veces hasta la casa que habíamos levantado para hacer controles, y nunca vimos nada raro.

4. EL ENEMIGO

ROMUALDES era una especie de bestia negra para los militantes de la zona. Lo responsabilizábamos de la muerte de por lo menos seis de nuestros compañeros. Era un animal, pero hay que reconocerle que tenía unos huevos como dos Fiat 600, porque se mostraba por zonas donde perfectamente lo podríamos haber boleteado, sobre todo en nuestras épocas de esplendor, digamos 1974, 1975. Detenía su Ford color caramelo en la mitad de la calle y descendía aparatosamente, las piernas separadas y la campera de cuero entreabierta, como para que no quedaran dudas de que andaba calzado. Entonces empezaba a caminar como a la hora señalada, sabiéndose visto desde dentro de las casillas, y arrastraba un poco los pies a efectos de patear cada tanto un cascote. Ponía cara de malo y *era malo*. Un pesado de esos que andaban sueltos por la calle para meter miedo y aislarnos, y lo bien que les había salido. Pero en el 76, ya no quedaba nada de aquel esplendor. Los milicos fueron solo la frutilla del postre, porque la gente ya había comenzado a abandonarnos gracias a bestias como estos y, claro, a nuestros propios errores.

Romualdes mostraba apego por los símbolos. Una vez, en diciembre del 75, velábamos a una compañera que había sido baleada mientras hacía una pintada. La chiquita, preciosa con sus tetitas paraditas y sus pecas, había llegado poco tiempo atrás desde un colegio de la Capital. Ivana se llamaba, y ahora estaba allí, en un cajón humilde envuelto con la bandera argentina. La cuestión es que en medio del velatorio oímos un estruendo terrible que venía de la calle. Era el hijo de puta de Romualdes, que irrumpió a los tiros de FAL y con casco de acero, parado sobre el techo de una camioneta, amenazando acá viene el discípulo de Villar, y está prohibido velar subversivos, y al segundo estábamos los más marcados rajando por los techos y las ventanas. A solas con el cajón —nos contaron después—, ordenó cargarlo y obligó a los padres de Ivana, dos ancianos judíos, a subirse con él y con el ataúd en la parte trasera de la camioneta. Fueron juntos y en silencio hasta el cementerio de La Tablada.

Ese era el tipo que ahora tenía las manos libres para cazar a la gente de la zona y al que nunca pudimos bajar. Gari solía repetir que se había dado cuenta mucho antes de que cambiaban los vientos por la actitud de los canas. Una vez lo siguió un patrullero y él se bajó a

hacerles frente: los botones dieron la vuelta y los montos terminaron persiguiendo a los policías. Sin embargo, ahora era exactamente al revés, los canas se mostraban agrandados y sabían que estaban ganando. Nos habían perdido el miedo. O nos lo habían pasado a nosotros.

Cuando el Floro nos contó lo del Lanas, recién lo liberaban de la comisaría. Regresó aterrado. Había pasado siete días adentro, junto con otros presos que habían levantado en la villa, en su mayor parte obreros de astilleros, gente que había estado con nosotros. El Floro era un maricón que se vestía de mujer y trabajaba en la zona. También era un viejo colaborador de la columna. Los canas se lo habían llevado para divertirse un rato y, mitad por lo que el Floro contó y mitad por lo que otros vieron, sabemos que la pasó muy mal, que lo tuvieron de sirvienta y hubo visitas de otras comisarías para pasárselo, porque era una especie de leyenda. Cuando lo vimos, rengueaba y estaba todo golpeado. Venía a despedirse, se volvía a Las Breñas.

—Yo escuché cuando fajaban al Lanas —nos dijo en voz baja, como si la bestia lo estuviera escuchando—. Le preguntaban por vos, Gari, por Chifa, por todos, pero más que nada por el General. El Lanas llamaba a los hijos entre golpe y golpe. Romualdes estaba a las puteadas, decía que los montos habían volado no sé qué de la luz y no podía usar la máquina, así que al pobre Lanas lo cagaron bien a palos. Se turnaban para que hubiera siempre alguien puteándolo y golpeándolo, pero no largó nada. La mujer fue a preguntar por él y la hicieron pasar a verlo, la mina lloraba y le pedía perdón, pero después lo puteó un rato bien largo y se tuvo que ir porque los policías ya se la querían coger a ella también, la manosearon toda los hijos de puta. Antes de largarme nos juntaron a los más perejiles y nos llevaron a ver al Lanas. Costaba reconocerlo de tan cagado a golpes que estaba. Romualdes se paró frente a nosotros, con el Lanas tirado en el piso delante de sus pies. Dijo que la Armada Argentina y la gloriosa Policía Federal estaban librando una guerra santa en la Argentina y que por eso pasaban estas cosas, que eran necesarias porque había ovejas definitivamente descarriadas o algo así. Entonces, agarró un librito y nos dijo que nos perdonaban la vida, que nos teníamos que ir a la mierda pero que antes quería contarnos una historia que había leído y lo había impresionado mucho. Decía que había un sultán que odiaba a los judíos y que para sacárselos de encima y tener una excusa para matarlos dio la orden que a todos los que entraran a su reino les pidieran que dijeran algo sobre ellos. Si decían la verdad, había que ahorcarlos, pero si mentían, había que fusilarlos. Un día llegó un judío al que le preguntaron y contestó: Hoy seré fusilado, y hubo que soltarlo. “¿Ven?”, dijo Romualdes, “tuvieron que liberarlo, los cagó por la puta lógica de su respuesta, que les planteaba un dilema”.

Entonces desenfundó y dijo: “Nosotros no podemos enfrentar ese tipo de problemas, y nos quedamos con la esencia de la historia: el deseo del sultán era limpiar su territorio de judíos, acabar con el sionismo, como nosotros. Terminar con los bolches judíos comunistas que encima se dan el lujo de llamarse peronistas. Si cantás y decís la verdad o mentís, no cuenta, sos el enemigo, y si no decís nada, sos un enemigo y encima peor, porque te convertís en ejemplo. Así que acá los matamos a todos. Anótenselo”. Y entonces ¡pum, pum! Le metió al Lanas dos tiros en la cabeza.

Floro temblaba mientras relataba. Luego nos abrazó, nos dejó las llaves de su casilla y nos pidió con rabia y en voz baja y firme:

—Por favor háganlo mierda a ese hijo de puta, muchachos. Pobre Lanas. Y créanme que ladra mucho pero, se los digo yo, Romualdes es un maricón.

5. BAJO SIETE LLAVES

CUANDO comenzaron a caer cada vez más compañeros, se hizo evidente que algunos de ellos entregaban información al enemigo. Recuerdo los efectos que tuvo para todos la caída de Quieto, a fines del 75, porque era un referente, y después se supo que había entregado casas y otros datos de la estructura. Lo discutimos, algunos compañeros decían que sí, pero que no había cantado gente. De todos modos, el hecho de que lo agarraran desarmado en una playita y desobedeciendo las consignas de la Orga de no ver a los familiares no fue algo bueno.

Y ahora sucedía que los compañeros caían uno detrás de otro y la mayoría en citas, no en combate. Aunque fueran unos pocos los que cantaran, la forma en la que estábamos organizados multiplicaba los efectos. Algo pasaba, algo no funcionaba bien. Se hablaba de que resistir la tortura era una cuestión ideológica, y que ese era un espacio más donde se daba la batalla contra la oligarquía y el imperialismo. Los compañeros que pasaron por esa situación sostenían que a veces no era tan así. Gari, por ejemplo, contó que cuando a él lo torturaron, en el 75, pensó que no iba a poder mirar a la cara a su viejo, un antiguo miembro de la Resistencia, y que por eso aguantó. Pero llegaban rumores de que a alguna gente la habían quebrado al torturar a sus hijos delante de ellos. ¿Qué se suponía que uno tenía que hacer?

Mi temor no era tanto caer y ser torturado, sino no resistir lo suficiente y cagar a los compañeros. Lo discutíamos gran parte del tiempo, en las reuniones, en los escasos momentos de intimidad con alguien, y estoy seguro de que lo pensábamos todo el tiempo.

Fue por ese entonces que llegó la orden de que cada uno de nosotros debía llevar una pastilla de cianuro. En caso de caer, había que tomarla para no llegar vivo a la tortura y evitar el riesgo de que entregáramos datos. El Popi trajo la noticia y se lo notaba muy contrariado. Sabía que iba a ser una medida muy discutida, aunque personalmente la compartía y, en definitiva, una orden no se discutía. Era, además, un reaseguro para los que se sintieran débiles.

—Los del ERP no hacen eso —objetó Maca.

—Los del ERP ya ni existen, y en lugar de andar con una pastilla se regalan atacando un cuartel, como en Monte Chingolo —contestó seco el Popi.

No era una discusión fácil. No me imaginaba cayendo y entregando

datos sobre el General, Chifa, Gari o Cuca, pero lo más probable es que muchos de los compañeros que no habían resistido la tortura también hubieran pensado lo mismo que yo.

—No, macho, no es así —dijo Gari de pronto—. Todos sabemos que nos pueden matar, y es un riesgo que decidimos correr hace tiempo. Pero esto ya es salir a la calle medio entregado, ¿no?

—Nosotros no tenemos un panorama tan amplio como los compañeros de la Conducción, no estamos en posición de evaluar la escala de las caídas —contestó el General saliendo en auxilio del Popi, que acomodaba unas capsulitas sobre la mesa, antes de repartirlas.

—Si uno se mata para no cantar es una victoria sobre el enemigo, eso creo yo.

Gari agarró una de las pastillas, y nos la fue mostrando uno a uno. Nos la ponía delante de la cara. Estaba enojadísimo:

—Pero loco, piensen un poco. Hay puertas que no se pueden abrir, que tenemos que tener cerradas bajo siete llaves —vaya a saber de qué película había sacado la frase—. El suicidio es una. ¡Nosotros no somos suicidas, somos revolucionarios! ¿Qué arma es esta, compañeros? ¿Qué es eso de salir a la calle con una pastillita de mierda? ¿Eso no desmoraliza? No, hay puertas que tienen que quedar cerradas. Si las abrimos aunque sea un poco, si empezamos a ver una luz, algo se va a romper en nosotros. ¡Ni siquiera deberíamos pensarlo! Hacernos matar, sí, ¿pero salir dispuestos a matarnos?

Resopló, con la cara roja por el enojo, y terminó:

—Entonces va a ser lo mismo cantar o no cantar, porque vamos a terminar muriendo todos.

Cada uno de nosotros agarró la pastilla que le tocó y la guardó. Recuerdo que en ese mismo momento decidí que no la iba a usar. Vi los rostros de algunos, y estuve seguro de que tampoco lo harían. Aunque pensé en las últimas palabras de Gari y me pregunté si no habríamos abierto alguna de esas puertas hacía tiempo.

6. EL FLORO

CUATRO o cinco de los cumpas acompañamos al Floro hasta Chacarita a tomar el tren. Era una madrugada de un frío insoportable. Los zanjones estaban escarchados y las palabras pedían permiso para salir. Era un poco arriesgado mostrarse en grupo en la salida del barrio, pero bueno, era el Floro que se iba. Le compramos medialunas y yerba, le dimos una dirección segura para escribir y nos prometimos las cosas que siempre se prometen en las despedidas, solo que esta vez realmente no sabíamos cuántos íbamos a estar vivos para el reencuentro pactado.

El que más fuerte lo abrazó fue Luis. Eran inseparables a pesar de que habían estado a punto de matarse a palos hacía cosa de dos años, cuando se estaba organizando la Agrupación Evita en la villa. Una mañana se apareció el Floro a la cabeza de una comisión de maricones diciendo que *ellas* querían militar en la agrupación. Era un domingo; habíamos organizado una choriceada cerca del río con el fin de juntar dinero para el viaje de verano de los chicos de la villa, y Luis se encargaba de la parrilla. Era peronista hasta la médula y defensor a ultranza de Evita, que le había regalado la máquina de coser a la madre y la bicicleta a la hermana mayor. Le gustaba contar que, asomado a la ventana de su casa, la había visto saludar desde el tren. Que por su barrio no pasara ningún tren o que hubiera nacido después de la muerte de Eva jamás le hicieron variar un ápice de su historia.

Ese día Luis estaba bastante tomado, y cuando se le apareció aquel carnaval de negrazas bigotudas pintadas de carmín se le subió la tanada a la cabeza y empezó a gritar que era una falta de respeto a la compañera Evita que una manga de putos viniera a decir que querían militar con los compañeros.

Al principio todos se rieron, pero Luis no paraba de putear y de gritar cuanta barbaridad se le ocurría para que los otros se enojaran. La gente del barrio no entendía nada y nosotros no sabíamos si reírnos o llamarlo al orden, no fuera que los compañeros de la JUP, y sobre todo las compañeras, nos tomaran por trogloditas.

Luis aprovechó un silencio que se hizo entre las carcajadas y agregó, serio:

—Yo digo que si vamos a hacer la revolución con unos cuantos maricas, a la primera de cambio vienen los de la jotaperra y, además

de correrno a tiros, a la mitad de la agrupación le van a hacer el orto y van a ir a fanfarronear por ahí.

Terminó su arenga despejando como al descuido con la cuchilla la tabla de madera de piolines y pedacitos de chorizo, y apoyó los dos puños sobre una de las mesas. Los tablones se doblaron sobre los caballetes por su presión paquidérmica, como para disuadir cualquier disidencia.

El Floro se le plantó del otro lado del mostrador, y con los brazos en jarra le dijo:

—¿Qué andás diciendo, vos?

Era bien maricón el Floro, y lo orgulloso que estaba, aunque su físico —los brazos, sobre todo— no tenía nada que envidiarle al de Luis, que se quedó mudo ante su reacción. Pero no iba recular, y le soltó otra frase de las suyas, tan ordinaria que el cielo se nubló por un instante ante la blasfemia. Floro no lo dejó terminar: le despachó una piña que lo sentó de culo y quedó desparramado entre las bolsas con felipes y los baldes con hielo. Tardó casi quince minutos en levantarse.

La cosa quedó ahí, y que yo sepa, la Organización nunca se pronunció al respecto, ni en nuestro caso ni en general. Nuestra Agrupación Evita tuvo unos cuantos de la compañía del Floro. Luis se resignó:

—Es cierto que varios de nuestros compañeros se la comen, pero bueno, en definitiva, el peronismo es un movimiento.

Desde aquella piña memorable, Luis se volvió inseparable del Floro. De todos modos, debió hacer la autocrítica por el incidente. Vino un responsable que le soltó un discurso acerca del hombre nuevo, a quien le respondió que a él, Luis Gurrieri, no le gustaban los putos y que nada de hombre nuevo, que el hombre estaba bien como estaba, machito y sin las bolas de adorno. Entonces lo sancionaron obligándolo a organizar una acción de propaganda en apoyo de la Agrupación Evita.

Justamente por esos días andaba detrás de una morochaza de esas que llenaban toda la mitología criolla nacional y popular. Luis se inspiró en ella, y como era una bestia no tuvo mejor idea que organizar una pintada que abarcaba todo el paredón de la fábrica Gamuza que daba a la vía del Mitre.

Escribió bien grande:

VIVAN LAS NEGRAS PUTONAS
CONSTRULLAMOS LA AGRUPACIÓN EVITA
MONTONEROS

Entonces las que se enojaron fueron las compañeras. Nueva autocrítica y sanción por desviaciones pequeñoburguesas, fallas al mostrar prejuicios sexistas y ni hablar del “construllamos”, puesto que uno de

los trabajos que hacía la Agrupación Evita en el barrio era alfabetizar.

El General lo amonestó de la boca para afuera, porque así como era de bruto, en la acción Luis era de fierro. Tenía esa lealtad visceral que sale del afecto, esa comunión que es inexplicable en términos ideológicos y que lo transformaba en un cuadro revolucionario sin posibilidad de argumentar su adhesión a la causa más que con un porque sí. No le cabía en la cabeza que alguien pensara distinto y no viera las ventajas de construir una sociedad *à la* peronista. Jamás se quedó hasta el final en una reunión de discusión, jamás leyó un documento entero, como no fueran partes de guerra. Se aburría.

Luis ahora lloraba abrazando al Floro, que se iba a Las Breñas. Condujo la chata de regreso, en silencio, como todos.

7. EL POPI

Luis cayó al poco tiempo, el mismo día que el Popi, que era el último responsable que nos habían mandado como una especie de interventor. El Popi era un cuadro político y se agarraba la cabeza con tipos como Gari, Chifa o Luis. Venía de la JUP, estaba claro, y tenía una preparación impresionante. Citaba de adelante para atrás y de atrás para adelante cualquier documento interno de la Orga, y era el encargado de darnos cursos de formación política. Cuando llegó a nuestro grupo se presentó como el Furia. Fue justamente Luis el que enseguida se dio cuenta de que el flaco no tenía ni idea de cómo había que actuar en la calle. Lo puso en evidencia un día, cuando fuimos a mover un auto y él quiso ponerse al frente, como jefe nuevo que era. Se equivocó tantas veces mientras intentaba aflojar los tornillos de la patente que Luis lo fulminó:

—Dale Popi, se hace así. No, así no. Con ganas, Popi. Nos va a caer toda la yuta por tu culpa, jopende.

Pobre pibe, el cargo le quedaba grande. Nos reímos de él durante todo el viaje de regreso. Sin embargo, el día que hicimos la formación en el Puerto de Frutos nos demostró que estaba lejos de ser un pobre pibe, aunque valor y pericia no se le hubieran dado juntos. Cuando la cana cerró la calle y parecía que no teníamos escapatoria, él cruzó el auto y disparó como una fiera para cubrirnos, hasta que se le acabó la munición. Entonces trató de volarse con una granada mientras los policías lo rodeaban y le gritaban que se rindiera. Como no le sacó el seguro, lo agarraron sin darle tiempo a tomarse la pastilla. Lo molieron a palos antes de subirlo al patrullero. Popi nunca habló, porque nadie cayó después de que se lo llevaron. Jamás pudimos recuperarnos de aquel día. Tuvimos que dispersarnos, sin dinero, sin nada.

Luis cayó esa misma noche. Después de lo ocurrido en la feria, salió toda la policía a la calle. Él no quiso faltar a una cita acordada con gente del sindicato a la que tenía que pasarle un material. Se subió a su Peugeot rumbo a la plaza donde se los cruzaba siempre. Podíamos imaginarlo agarrando el volante con una mano y el fierro, disimulado en la puerta del auto, en la otra. Dos cuadras antes de llegar escuchó los disparos y aceleró, mientras sacaba la escopeta del embute bajo el tapizado. Cruzó el auto haciendo chirriar los frenos, y se paró sobre el

techo para tirarles con más puntería a los milicos.

El padre nos contó tiempo después que tenía un tiro en la frente y que parecía reírse. Tuvo que pagar para que le devolvieran el cuerpo del hijo.

No muchos tuvieron la suerte del Popi o Luis, que cayeron en combate. A la mayoría los levantaron cuando salían o llegaban a citas envenenadas. Como si estuviéramos enfrentando a un pulpo que nos iba devorando a todos, un pulpo que tenía un tentáculo para cada uno de nosotros.

8. PATRIA O MUERTE

Fragmentos del Parte del Secretariado Político Nacional a los compañeros milicianos. *Montoneros.*

15 de septiembre de 1976

Debemos ir despacio. El tiempo juega a nuestro favor. Sin arriesgar más de lo necesario. Golpeando en cientos de lugares, permanentemente. Nos han dado duro. Muchos de nuestros mejores compañeros brindaron su vida por lealtad a su pueblo. Otros pocos prefirieron colaborar, entregando datos al enemigo. Esos pertenecen a la galería de los miserables y sus propios hijos escupirán su nombre. Pero los otros, la mayoría, los que nos dieron con su muerte un ejemplo de coraje, no murieron en vano.

Que cada uno de ustedes, los que participan de esta campaña miliciana, ponga su esfuerzo consciente sabiendo que es un paso más en el desgaste a la Dictadura de los Monopolios.

Hay que regular la bronca con inteligencia.

Es necesario dar pequeños combates y ganarlos todos.

Nuestra lucha será dura. Ninguno de nosotros pelea engañado o inconsciente de ello. Pero nuestro triunfo será seguro, porque el pueblo empieza ya a mostrar sus garras. Miles de acciones para que el enemigo tenga que dispersarse en miles de lugares.

Miles de acciones para que sepan que se enfrentan con todo un pueblo.

Que cada compañero de cada ciudad en el Norte, Centro, en Buenos Aires o en el Sur, que cada obrero en su fábrica, cada ama de casa, cada empleado, cada estudiante, cada campesino, se sienta unido a nosotros en esta lucha y sea miembro orgulloso de las Milicias Montoneras. Compañeros, a cumplir con nuestro deber.

9. DOMINGO EN EL PUERTO DE FRUTOS

CUANDO pasó lo del Lanas y cayó la casa, nos encontrábamos en pleno armado de la campaña miliciana. Aunque todo se nos había complicado, seguimos adelante con las tres acciones a nuestro cargo. La primera era una operación de propaganda armada. Teníamos que copar el Puerto de Frutos, en Tigre, un domingo; hacer una formación con los milicianos en homenaje a los caídos y cantar el Himno, reventar unas bombas panfleteras y escapar. Entre oficiales, aspirantes y milicianos sumábamos más de cuarenta compañeros. La cuenta que hacía la conducción de que cada miliciano "traía" tres "activistas" no nos daba, así que la mayoría éramos combatientes y cumpas más comprometidos.

La mañana de la operación había un sol rajante pero hacía un frío de morirse. El frío era un aliado, porque los abrigos favorecían el disimulo de los fierros. Especulábamos con que por ser domingo encontraríamos bastante gente paseando, comprando naranjas baratas, canastos y sillas de mimbre. De a poco, aunque en los tiempos previstos, nos fuimos ubicando. El asunto no iba a durar más de diez minutos. Los que funcionaríamos de retenes en caso de que hubiera problemas ya estábamos listos. Gari llevaba un FAL metido en un tubo como si fuera un equipo de pesca. Iba a ser nuestra carta fuerte si se armaba un tiroteo. Yo simulaba revisar un cuaderno apoyado sobre el techo de un auto. De reojo veía muchas caras conocidas que se iban mezclando con la gente y confluían hacia el centro del mercado. El Puerto de Frutos era un largo pasillo que llegaba hasta el río, ocupado a ambos lados por puestos que vendían dulces, muebles de madera del Delta, y ese tipo de cosas. En la mitad del pasillo, aproximadamente, había un quiosco que vendía choripanes, grande y con techo de chapa.

Planeamos hacer la formación frente a él, y reventar las bombas panfleteras a ambos extremos del mercado mientras que el General se subía al techo del puesto y arengaba a la gente. Estábamos bastante cerca de la prefectura y de la comisaría de Tigre, pero era un riesgo calculado. Entre el estruendo y el zafarrancho los compañeros podrían dispersarse sin mayores problemas, cubiertos por nuestras posiciones.

A una señal, el General avanzó decidido hacia el puesto de choripanes y encaró a quienes lo atendían. Con notable rapidez se amontonaron en un rincón detrás del mostrador, mientras nuestro jefe

se trepaba al techo. La cosa arrancó bien, porque no llamó la atención hasta que no estuvo bien afirmado sobre la chapa, con las piernas abiertas, una mano atrás y la otra lista para la arenga.

—¡Comando Héroes de la Resistencia, atención!

Como por encanto, frente al mostrador se formaron unos quince compañeros, que se cuadraron y comenzaron a cantar el Himno. Cuando terminaron, el General empezó a hablar. Las caras de la gente eran de concurso, algunos se quedaron petrificados en su sitio, pero muchos empezaron a correr por los laterales. Había una viejita que se escondía detrás de un plantín de jazmín del país, que llevaba apretado con fuerza entre los brazos.

—… el ejército gorila, brazo armado de la oligarquía y el imperialismo asesina, secuestra y tortura a los combatientes del pueblo, que con justicia empuñan las armas en la lucha por la liberación nacional. Acá mismo, a unas cuadras, el día del golpe se llevaron a muchos hermanos, esposos y padres de ustedes, que simplemente iban a trabajar…

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Me queman el negocio, guerrilleros de mierda!

Un olor a tela quemada llenaba el aire y subía una gran humareda por el tiraje de la parrilla. Muerto de miedo, uno de los empleados había arrojado su delantal al fuego. El patrón del boliche llegó a las corridas. Alguien le habría avisado. Sin decir agua va, le dio una trompada a uno de los milicianos que continuaban formados escuchando al General:

—… vecinos, no colaboren con la dictadura. No sean cómplices. Hoy les decimos, como dicen las paredes en miles de lugares de este país: el enemigo es injusto e inhumano, resistir es justo y humano. Por eso hoy queremos recordar a los héroes y mártires de esta lucha sin cuartel contra la opresión que libran codo a codo el Ejército Montonero y el pueblo argentino.

Sonó una sirena mientras los compañeros trataban de ayudar al pibe que sangraba como un chancho por la nariz. Al patrón lo controlaron entre dos o tres y le pegaron un poco, como para que se calmara. El Gari sacó el FAL y apuntó hacia la calle desde donde se escuchaba venir la sirena, pero alcanzamos a agarrarlo y meterlo en el auto. Arrancamos y, de acuerdo con el plan de escape, todos fueron ocupando los coches que tenían asignados. A lo lejos reventaron las panfleteras, y los volantes se alzaron como palomas. Ahí quedaron, porque el mercado se había transformado en un desierto lleno de gente cuerpo a tierra y otros que gritaban corriendo sin ton ni son. La anciana seguía aferrada a su jazmín.

—¡Vivan los Montoneros, carajo! ¡Viva la Patria!

Nuestra salida, sin embargo, fue precipitada. Como brotados debajo de las baldosas, aparecieron patrulleros que cortaron uno de los

escapes, mientras los policías se parapetaron aunque no abrieron fuego. Que hubiera tanta gente jugó a nuestro favor. Nos embretaron hacia una sola salida, y debimos apresurarnos para llegar antes de que la cerraran. Desde el fondo de la calle, detrás de nosotros, aparecieron dos patrulleros blancos y negros de la provincia y el Falcon caramelo que se nos vinieron encima. Romualdes, porque era él, con medio cuerpo asomado por la ventanilla comenzó a dispararnos.

Les arrojamos miguelitos, y fue entonces que el Popi se quedó. Tanto que había jodido con la pastilla, el Popi, y se lo llevaron vivo. Hubo que levantar todo a las apuradas.

10. SELVA

HACÍA un tiempo que el General estaba enamoradísimo de una compañera. Pertenecía al Área Federal y era responsable de la documentación de la zona, lo que los obligaba a encontrarse para tratar diferentes cuestiones, porque él era nuestro responsable militar. En aquel tiempo, cualquiera que realizara tareas de conducción se la pasaba de reunión en reunión y de cita en cita, y entonces cada dos por tres delegaba en algunos de nosotros los encuentros que no fueran muy importantes.

Así contacté a Selva, la mujer que desvelaba al General, el cuadrazo que se había casado con la Organización. En realidad, me reencontré con Selva, a quien había conocido años atrás y con quien había salido. Verla de nuevo y engancharnos fue cosa de un instante. Esto ocurrió en abril de 1976; además de hamacarnos para combatir contra los milicos teníamos que inventarnos minutos entre nuestras respectivas tareas para vernos.

Aunque yo ya tenía una compañera, Cuca, y estábamos muy bien, necesitaba encontrarme con Selva. Nuestras citas eran un oasis en medio de tanta acción y angustia. A veces estábamos tan cansados que nos quedábamos dormidos mientras el agua para los arlistanes se evaporaba en la pava.

Selva tenía un hermoso pelo castaño que le caía sobre la cara pecosa. De mi misma edad, parecía mucho más joven, y eso me gustaba. Unos amigos de ella —que además eran compañeros de lucha — nos prestaban una casa preciosa en Villa Martelli, con una habitación al fondo que daba a un terreno con tomates y zapallos.

Selva me daba bienestar, era como el reposo del guerrero. No sé si yo la amaba; el General, sí. Tan aplomado en la discusión política o en un enfrentamiento, y con Selva parecía un colegial inexperto. Nadie le había conocido jamás una mujer, y justo se vino a deslumbrar con ella.

La cosa empeoró cuando un día el General me tomó de confidente y me dijo que creía que amaba a Selva y que, aunque no pasaba nada entre ellos, en la próxima reunión iba a intentar encararla e invitarla a salir. Dado que yo la veía seguido por las citas, me pidió que tratara de averiguar qué pensaba de él.

Me sentía el peor de los hijos de puta, pero no pude dejar de verla.

No me animaba a contarle la verdad, lo que a mí me pasaba con Selva, porque ya era tarde para hacerlo y porque me habrían despromovido. El General era de los que sostenían que alguien que no le es fiel a la compañera no podía serle fiel a la Organización. Estaba de acuerdo con los casamientos oficiados por curas de la Orga. Pero además pesaba la confianza que me dispensaba, que me hubiera elegido como su confidente. No éramos amigos. Amigos éramos con Gari, con Chifa; el General era un compañero y, como jefe, un tipo que iba al frente.

Con Selva nos comunicábamos las citas a través de Pichila, un chico de la UES que era su primo. Yo lo llamaba a lo de la madre y le pasaba, por ejemplo, una cita para la semana siguiente. Una noche, Romualdes levantó al Pichila en el paredón de la cancha de Platense. El imprudente estaba solo y salió a pintar después de pasarle la cita a Selva.

Nos teníamos que ver en un local que quedaba en Jean Jaurès y Viamonte, frente a una escuela. Yo me salvé raspando. Cuando bajé del 29, en San Luis y Anchorena, ya me olía algo, y entonces apareció una vieja que venía apuradísima diciendo que estaban allanando una imprenta de los extremistas. En esos momentos no se piensa: corrí lo más rápido que pude y desde la esquina vi el Falcon caramelo que tanto temíamos, el pulóver a rayas marrones, verdes y ocres de Selva, su pelo castaño que desaparecía adentro del auto, empujada por uno de los pesados de Romualdes. Me fallaron las piernas y sentí náuseas, pero di la vuelta como pude hasta Córdoba, donde me tomé el 106 a Liniers.

Tendría que haber levantado todo: ella sabía hasta mi nombre legal, porque nos conocíamos de antes. No lo hice, tan alterado estaba, y a la noche llegué a casa temiendo que la hubieran reventado. Pero no había sucedido nada. Cuca me esperaba en la puerta. Una vez adentro, me preguntó qué me pasaba que estaba pálido, y le inventé que me había encontrado una pinza en el camino y que se habían puesto más pesados que de costumbre.

A la mañana siguiente, mientras caminábamos en nuestra cita, el General me informó que se levantaban los contactos con la compañera Selva, que no se tenían noticias de ella desde la tarde anterior, y que por unos compañeros se sabía que su primo, Pichila, tampoco daba señales de vida. Por seguridad, decidió que íbamos a esperar un nuevo enganche del Área Federal.

Estaba serio. Me pregunté si ya sabría de mi relación con Selva. Pensé que me iba a encarar para enrostrarme mi deslealtad. Yo estaba destruido por la caída de Selva y hubiera querido contarle todo. Pero no lo hice. Después de permanecer un rato en silencio, me pasó dos citas con las respectivas recomendaciones, se tomó el 117 y se fue.

No pude hablar con nadie de mi dolor.

11. NO QUIERO ENTREGARME VIVA

FRAGMENTOS de la contratapa de Evita Montonera, *núm. 13, abril-mayo de 1976.*

Moni era soldado del Ejército Montonero. Su compañero pertenecía a una Unidad Básica de Aspirantes.

"El día 7 de mayo mi compañera y yo decidimos ir a la casa de mis viejos, donde yo me iba a cambiar de ropa y haríamos tiempo. Llegamos 11:30 horas. No notamos nada anormal.

"A las 14:30 aproximadamente Moni se encontraba leyendo y yo estaba cambiándome. Empiezan a romper los vidrios de la puerta. Salgo al comedor y Moni estaba sacando los fierros del embute. Me acerco a la escalera y pregunto 'qué pasa' para confirmar quiénes eran. Me dicen que abra que es la cana.

"Nos calzamos las armas y les mandamos una granada, empezando a retirarnos. Salimos al patio vivando a Montoneros. En ese momento uno o más tiradores concentran el fuego sobre nosotros. Agazapados tratamos de cubrirnos por el fuego, pero eso resulta imposible porque no podíamos localizar los puestos de tiro del enemigo.

"Salimos hacia el baño, pasando por un pasillo donde no hay parapeto alguno, porque del lado donde estaba el enemigo hay sólo una baranda de rejas.

"Cuando llegamos al baño, Moni me dice que está herida y se recuesta en la pared (dentro del baño). Veo que se está aflojando por la herida en el pecho, pierde mucha sangre. Dice que no quiere entregarse viva, que la ayude a matarse…" (del relato del compañero de Moni).

Ambos compañeros anteponen la Revolución y la Organización a su propia vida. Con su resistencia metro a metro, con el pedido de no ser entregada viva de la compañera, y la valiente actitud del compañero al ayudarle a cumplir esa justa orden de la Organización:

"Su seguridad y su amor por el pueblo y por la Organización demostrado en su práctica diaria y en su combate desigual, no me hacen dudar de cumplir con lo que me pide."

12. BASTA POR AHORA

Después de la operación del Puerto de Frutos se precipitaron algunas situaciones que se venían acumulando con mucho malestar. Nos llegó un documento escrito por otra gente de la Columna Norte, en el que proponían descentralizar a los militantes. Había que repartir dinero y documentos y sacar de circulación a la gente más quemada o complicada. Ellos sabían más que nosotros y aseguraban que dinero había, pero que la Conducción no quería que se utilizara para eso. También se rumoreaba que los jefes ya estaban fuera del país, y aunque fuera una cuestión básica de seguridad, no dejaba de molestarnos que nos exigieran tanto esfuerzo mientras ellos estaban en Cuba o en cualquier otro lugar, a salvo.

Estos planteos deberían haberse debatido en un plenario, a fines del 76 o a principios del 77, pero el argumento de la Conducción era que precisamente por las condiciones de seguridad no era aconsejable montar una reunión de semejante magnitud.

Entonces bajaron un documento larguísimo explicando la postura de la Conducción que terminaba por justificar la adopción de un recurso extraño: una votación a favor o en contra de la propuesta de la Columna Norte, pero no del tema operativo, sino simplemente de la realización del Congreso. Fue el Gari quien dijo que tanto luchar por la revolución y cuestionar a la democracia burguesa y ahora los que votábamos éramos nosotros. Únicamente se iban a contar los votos de oficial para arriba. El documento nos llegó dos o tres días después de la caída del Popi y de que mataran a Luis, y unos diez antes del desastre en el barrio, hecho que nos terminó de decidir, o mejor dicho impulsar, porque decididos ya estábamos.

El General nos reunió una noche en una carpintería. El olor a madera recién cortada era muy fuerte y la gente estaba muy molesta porque allí, por una mínima cuestión de precaución, no se podía fumar. Después, de todos modos, tuvimos que prender unos espirales por los mosquitos. Gari estaba muy enojado porque a Luis lo quería mucho, y no le bastaba la explicación de que llegaron hasta él por algún dato o indicio obtenido tras la operación de la formación. Me parece que era el que más exteriorizaba lo que sentía la mayoría: que nos estaban cazando como se les ocurría.

Algunos opinaban que había que salirse; otros, hacer como proponía

la crítica a la Conducción: dispersarse, no dejar tantas puntas, dejar de funcionar a lo loco, porque cada cita era una lotería y últimamente teníamos todos los números. Había que resguardarse hasta que la represión se apaciguara un poco.

Aunque no éramos muchos, discutimos horas y horas. En realidad no se trataba de una discusión, porque estábamos todos de acuerdo en votar en contra de la Conducción y abrirnos. Necesitábamos procesar otras cosas que estaban en juego, que excedían esa toma de posición. No estábamos discutiendo una salida política, la elaboración de un documento, o una acción. Lo que estaba sobre la mesa eran nuestras vidas, por elección, cortas y muy intensas. Entonces cada argumento se parecía más a una despedida que a una justificación. Cada racionalización de la derrota era más un pedido de perdón a nuestros muertos que de fundamentación.

Muchos de los que estábamos allí militábamos juntos hacía años, y continuábamos porque éramos amigos, y no solo compañeros. Fue muy duro pelearnos y decirnos algunas cosas que parecían irreparables, sobre todo porque no sabíamos qué nos podría pasar cuando saliéramos. Claro que pesaban, además, las acusaciones de deserción, el juicio revolucionario y esos temas de los que circulaban rumores pero nunca nadie había tenido un dato concreto. Finalmente, votamos una postura que era de disidencia: no dejábamos de pertenecer, pero no funcionaríamos hasta no tener garantizadas de nuevo las mínimas condiciones de seguridad. De quince que éramos, solo el General y otros tres votaron en contra. Como él era el responsable, le iba a tocar la más fea: informar.

Esto se logró a la enésima ronda de intervenciones, y ya amanecía. Cantó un gallo, hacía un frío de morirse y entraban tímidos rayos de luz por algunos agujeros en las chapas del techo.

—¿Qué voy a hacer? No comparto —dijo—, pero en nuestro ámbito las cosas funcionan así. Tampoco podría arrestarlos a todos por deserción, ¿no? Redacten un documento explicando la posición, y yo lo entrego a la Secretaría. Eso sí, hagamos de a poco el desenganche. Sigamos atendiendo a los compañeros que tenemos colgados y que no vinieron hoy. Cada uno de ustedes tiene que explicárselo a sus grupos a cargo. Los entiendo, compañeros, pero no comparto que dejen ahora. El enemigo no puede sostener esta presión mucho tiempo más.

No me acuerdo qué más dijo; para mí es como si hubiera terminado de hablar en ese momento. Todos teníamos en la cabeza una lista de cosas que había que comenzar a resolver: dinero, documentos, traspaso de citas, y por supuesto, duelos y despedidas. Porque estaba claro que dejar de funcionar significaba, por una cuestión de seguridad elemental, dejar de vernos.

Con Gari nos fuimos a ver a la madre de Luis, que trabajaba de

maestra en una escuela. Estábamos sorprendidos de que desengancharnos fuera tan fácil y, mientras se nos iban ocurriendo cosas para hacer de despedida, los dos pensamos en lo mismo: Romualdes. Más que a los compañeros, esa boleta iba a ser un servicio a la humanidad. Quedamos en reunirnos para organizarlo.

—Loco, yo voté por separarnos —dijo Gari, bajito, en el asiento de atrás del 136—. Pero no sé cómo carajo se hace.

Por la ventanilla vimos que había un control, y nos pusimos tensos, pero no detuvieron el colectivo. Había unos cuantos trabajadores que comenzaron a insultar a los milicos y a los extremistas por la demora, y respiraron con alivio cuando el chofer aceleró, a ver si todavía los colimbas se arrepentían. Era un día menos de descuento.

13. EL BARRIO

EXPLICAR la decisión a cada uno de nuestros soldados y simpatizantes fue complicado. Había de todo, caras de alivio y de bronca, insultos y reproches. En mi caso, la mayoría quiso continuar, así que de a poco se los fui pasando al General, que iba a aguantar como pudiera hasta entregar nuestro documento, no fuera cosa que lo que no lograron los milicos lo hiciera la Orga.

Con Gari intentamos matar a Romualdes. Conocíamos a un cana que además de bancar a varios pasadores de quiniela, cada tanto nos había deslizado datos que resultaron buenos. Pero ahora se trataba de algo más peligroso y no le teníamos confianza, así que empezamos por constatar la información que nos pareció más inocente: Romualdes iba cada miércoles por la mañana al cementerio de San Fernando a llevarle flores a su madre. El botón nos pasó otros datos, pero nos quedamos con ese y funcionó. Luli, una compañera, volvió del chequeo diciendo que el comisario llegaba solo, compraba un ramo de claveles rojos en la entrada y se quedaba un rato acomodándolos frente a una cruz en la parte nueva del cementerio, cerca de algunas de las tumbas de compañeros del Área Sindical.

Nos pasamos una semana entera hablando con Gari de cómo hacerlo, pero cada vez que conseguíamos juntar a dos o tres compañeros para la contención y la logística, alguno caía, y había que comenzar todo de nuevo. Alguien se había quebrado y estaba hablando, o la pesada había descubierto un método más eficaz de tortura, porque se llevaban gente todos los días y en las situaciones más impensadas.

Finalmente, en la mesa de un café, después de evaluarlo con frialdad, decidimos levantar la ejecución, porque no disponíamos de las mínimas condiciones de seguridad para hacerla.

Aquella noche, cuando regresé a casa, Cuca no estaba. El corazón se me detuvo por un segundo. Miré la ventana y tampoco estaba la maceta que significaba “todo bien”. Era una señal de alarma y huida que habíamos convenido hacía tiempo, así que con lo puesto di media vuelta y corrí a tomarme el colectivo que me dejara más a trasmano del lugar adonde ahora me dirigía, el departamento de una hermana de Cuca en la estación de Ramos Mejía. Recién entonces me percaté de que aunque todavía no había oscurecido del todo, en la calle no había

nadie. Palpé el arma en la cintura para darme confianza, pero no me alcanzó. Caminaba con la cabeza baja, muy apurado, hasta que alguien me paró con un golpazo brutal en el pecho. Saqué la pistola y le apunté, pero por suerte vi a tiempo que era un vecino. Ni se asustó. Me miró con una bronca bárbara y me dijo:

—Andate, pelotudo, de una vez. Rajá, mejor rajá; déjennos de joder de una vez.

Cuando llegué al departamento, Cuca me abrazó y estuvo un rato largo sin hablar.

—Pensé que no ibas a ver la señal —dijo al fin—. Cayeron de golpe, venían casa por casa pateando puertas y sacando a la gente a la calle. Se ve que tenían el dato de la zona, pero no la casa exacta, y a los gritos preguntaban por Maca y por mí. Venían con un flaquito todo golpeado, lo paraban enfrente de cada casa y le preguntaban si era la nuestra. Yo lo vi muy de lejos, pero creo que lo reconocí, era del grupo de Maca. La Pancha me dejó rajarme por su casa, desde donde todavía se escuchaban gritos. Le mandé un aviso a Maca, no sé si habrá llegado. Zafé porque eran unos desprolijos que vinieron sin ningún dato preciso.

Tomó aire como si fuera la última vez, y casi me arranca un brazo:

—Basta, terminemos, vámonos de acá, nos van a matar a todos.

Le conté a Cuca lo del vecino.

—Es que la piba de los Fredes se asustó con tanta policía y salió corriendo. Le pegaron un tiro, pensaron que se quería fugar. Yo escuché los gritos del tipo mientras me escapaba.

Después supimos que el peine que pasaron no fue improductivo. Atraparon a tres pibes del Movimiento Villero Peronista que estaban escondidos hacía tiempo sin tener a dónde ir, ni siquiera el departamento de una cuñada del que los echaron al minuto de haber entrado. Gritaban bien fuerte “¡Vivan los Montoneros!” cuando los fusilaron en un campito del barrio, para que los vecinos escarmentaran.

No eran de los míos, yo no trabajé en ese barrio, pero pesaban igual.

14. SUS PROPIOS ESFUERZOS

FRAGMENTOS de la "Cartilla de funcionamiento de militantes", *División de Logística del Ejército Montonero, octubre de 1976.*

Emergencias

Esta es la situación más determinante de la actividad de un revolucionario, aquí se demuestra la actitud ideológica ante el enemigo, se demuestra el fruto del entrenamiento militar, aquí, en síntesis, se verifica cómo nos hemos constituido.

1) Hay un diagrama de funcionamiento militar dentro de la Unidad. Siempre hay un compañero que es el RETÉN.

2) Estando el compañero responsable en la Unidad, él será el encargado de dirigir el enfrentamiento.

3) Cuando el responsable no esté lo será esta cartilla.

4) Verificar que todos tengan sus armamentos provistos.

5) Ante la presencia del enemigo, comprobar, ante todo, la calidad y la cantidad de fuerzas.

6) El RETÉN abrirá fuego solamente al transponer la puerta de entrada el enemigo. Esto dará tiempo al resto del equipo a retirar sus efectos personales, tomar su armamento y huir por la salida de emergencias.

7) Pasado el primer momento y al comprobar que hay resistencia el enemigo se retirará para dar lugar a una ofensiva más técnica (gases, copamiento de terrazas, utilización de tanquetas, etc.). Ese momento debe ser aprovechado por el RETÉN para escapar.

8) Al subir la escalera de escape, arrojar una granada al corredor lindero, pues por allí tratará de penetrar el enemigo. Tratar de hacer una cortina de fuego para poder retirarse por los techos.

9) Los compañeros que huyan no deben hacerlo juntos, sino separados, pues de ese modo dificultan su captura. A partir de ese momento quedarán librados a sus propios esfuerzos para salirse del medio y llegar a algún lugar seguro.

10) Por ningún concepto deben volver a sus casas, solo deben reengancharse por teléfono con el responsable de logística o ir al lugar de reunión.

Estas pautas generales solo intentan ser una síntesis de experiencias y métodos ya practicados; creer que aplicándolos de manera mecánica

podemos estar tranquilos es peligroso.

Solamente la práctica del militante regula creativamente estos asuntos a partir de estas normas básicas.

15. MÁS CERCA

MIENTRAS nos acomodábamos con Cuca, yo seguí yendo a trabajar. Pero lo de acomodarse es relativo. Para dormir, por ejemplo, nunca fuimos a tantos telos en nuestra vida. O nos tomábamos ida y vuelta la costera a La Plata, micros a Rosario, cosas así.

Un día, a la salida del trabajo, Gari y Chifa me esperaban en el quiosco de enfrente. Seguí de largo haciendo un gesto como que los había visto, y esa noche me los encontré en Liniers, cerca de San Cayetano, de acuerdo con el antiguo mecanismo que teníamos. Pedimos una cerveza con algo para picar. Los maníes estaban horriblemente salados.

—¿En qué andás?

—Nada, loco, laburando, como quedamos.

—¿Se extraña la joda?

—La verdad que no, recién ahora puedo dormir un poco.

—Perdió Maca ayer, se la llevaron de la escuela.

—¡No! Maca no, si estaba recontra desenganchada.

—Alguno que tiró una cosa vieja para zafar, o algún milico que quería el premio por productividad.

Maca era de JTP y había militado fuerte en el gremio docente. Yo la conocí cuando en el Tigre velaron a Rosa Casariego —otra maestra—, el Huesito y uno más que no me acuerdo. A mí me llevaron para la seguridad.

—¿Qué sabés de los demás cumpas?

—Por ahora, vivos. Nosotros también estamos perdidos como vos.

—Ayer la levantaron a Luli. Por eso los reuní.

Luli nos conocía muy bien a Gari y a mí. Del mismo grupo, amiga de mi mujer desde antes de la lucha, sabía nombres legales, trabajos, todo.

—¿Cómo sabés?

—Yo estaba viviendo con ella y otros compañeros, y no volvió. Tienen que levantar todo, nosotros ya lo hicimos. Por la casa no hubo novedad, pero no está para regalarse. Rajen, ¿tienen dónde ir?

—No —contestamos a dúo.

—Bueno, ahuequen. No vuelvan por el laburo. Yo les puedo dar unos mangos —se limpió los dedos engrasados del salame, rebuscó en los bolsillos y tiró un puñado de billetes sobre la mesa. Era mucha

plata.

—¿De dónde los sacaste?

—Volví al primer amor —y se reía.

Chifa siempre alardeaba con que antes de engancharse había vivido del robo, “pero nunca a laburantes”.

—Lo hice al pasador de quiniela. Total, seguro que así como llevaba, traía. Antes de darme la guita me contó que el cana que lo cuidaba ya no está más, que Romualdes lo bajó. Tiene ojos en el culo ese, ¿eh?

—Loco, cómo nos perdimos a Romualdes —dijo Gari con los ojos vidriosos.

—¿Se sabe cómo perdió Luli?

—Sí —dijo Chifa con sequedad—, pegando obleas. ¡Pegando obleas! ¿Pueden creer? Dicen que estaba en un grupo que en lugar de guardarse cada vez hacía más cosas: pintadas, pegatinas, hasta le colgaron una bandera a un camión del Ejército que iba para Campo de Mayo, con una gente suelta del ERP.

—Bueno, parece que ahora les ahorramos el laburo a los milicos. Ya algunos ni se guardan. Se ponen un cartelito de montos para que los agarren.

16. AGITACIÓN Y LUCHA

FRAGMENTOS del documento "Campaña Nacional de Propaganda Oficial 1º Francisco Urondo", *Partido Montonero, octubre de 1976.*

Síntesis de la Orden General de la Campaña Nacional de Propaganda impulsada por el Partido Montonero

El partido se propone concentrar el esfuerzo de estos meses en un Plan de Agitación y Lucha. Todos nuestros análisis políticos desembocan en la misma conclusión: solo la movilización de la clase obrera que arrastrará después a los sectores populares, solo la participación activa de las masas en la Resistencia puede cambiar la relación de fuerzas, puede acercarnos al equilibrio de fuerzas con el enemigo.

Todos los esfuerzos políticos y militares que realicemos en los próximos meses se subordinarán en última instancia a esas finalidad: llegar al pueblo con nuestra propaganda es ganarle una batalla al enemigo […].

Las obleas: consideramos que son el medio principal de esta campaña. Es un medio sencillo para todo peronista revolucionario, aunque este solo pueda participar de la pegatina. Hay seis modelos de obleas que aparecen en esta Evita para que con las consignas centralizadas a nivel nacional, la campaña tenga más fuerza por la uniformidad del color y las consignas básicas.

Estas obleas deben llegar especialmente a los trabajadores peronistas, debemos pegarlas masivamente en todos los lugares de circulación, ferrocarriles, paradas de micros, ferias, supermercados. Es importante que la clase obrera vea nuestra propuesta extendida. Pegar en todas partes rompe el aislamiento que pretende el enemigo, demuestra la extensión del poder popular […] *(el resto es ilegible)*.

Tercera parte

LA CIUDAD

1. CUARTELES DE INVIERNO

¿CUÁNTO tiempo pasó? Varios años. Nos borramos lo mejor que pudimos. Evitamos los contactos, dejamos de circular por lugares conocidos. Nos esforzamos en creer que los sueños recurrentes eran malas pesadillas. A veces era posible, a veces no.

La ciudad gigante se había vuelto un territorio extraño, por momentos alucinado y, sobre todo, amenazador. Había días que me resultaba por completo ajena como si nosotros, Cuca y yo, viviéramos en otra dimensión, y me parecía, cuando caminaba por la calle, que era capaz de pasar a través de la gente. Otros, en cambio, las paredes se llenaban de ojos y oídos dispuestos a delatarnos. Por la noche, una frenada, una acelerada, un portazo eran suficientes para sacarnos de la cama y descubríamos que nuestros reflejos solo se habían dormido.

Por la mañana abría el diario y los compañeros se me aparecían en los titulares: "Mueren tantos subversivos en un enfrentamiento". Bastaba leer eso para traducir las noticias a caras conocidas, gestos, conversaciones.

El padre de Cuca murió en el invierno del 77, y con algo de plata que dejó pusimos una fiambrería, que atendíamos juntos. Los únicos que sabían dónde vivíamos eran Gari y Chifa, pero no volví a encontrarme con ellos hasta el Mundial.

Eran días de desasosiego, signados por la certeza de que nos habíamos preparado para morir, pero no para la derrota. Y peor aun, la derrota no vino de golpe, sino que todos los días se metía un poco más en el cuerpo.

No sé si ese invierno fue especialmente frío, pero yo lo recuerdo así. Me envolvía un vacío helado, como si las voces de la gente, incluso cuando se dirigían a mí, llegaran a través de una pared.

Antes de instalar el negocio trabajé de peón de taxi. Fue insoportable. Había que escuchar de todo y ver a la gente contenta por el rumbo que habían tomado las cosas. Los pasajeros que yo llevaba estaban satisfechos porque con el golpe nos habían empezado a reventar. Y era raro, porque al mismo tiempo que escuchaba, parecía que solo la "guerrilla" era la que mataba. Nosotros éramos los asesinos.

A la noche había pinzas y controles por todos lados. Una vez iba cordoneando despacio para levantar pasajeros y de repente se me

cruzaron dos canas con el fierro en la mano, campera de cuero y bigotazos. Me ordenaron a los gritos que parara y los llevara para el lado de Constitución. Corté bulones todo el trayecto, mientras los tipos vociferaban desaforados que me apurara, sacaban el arma por la ventanilla y golpeaban la puerta del taxi. Por suerte se trataba de un robo común, pero después de dejarlos tuve que detenerme en una esquina para respirar; y cuando bajé, las piernas me temblaban.

Ahora que tenía más tiempo, me acordaba muchas veces de los compañeros, de la locura de estar cita tras cita, cuidándonos invariablemente las espaldas. Sin embargo, era un tiempo que yo no quería que regresara y habitara mi presente. Había sido todo tan intenso y vertiginoso. El recuerdo tenía la misma intensidad, y el dolor no cesaba, como una herida que no terminaba de cerrarse. La ciudad se había poblado de fantasmas, y lo único que podía hacer era mascar rabia y tristeza y aceptar, de vez en cuando, la invitación de las ánimas para salir a caminar.

2. LA MAMÁ DE LULI

ALGUNAS personas se habían quedado más solas que nosotros, como los padres de Luli. Era un matrimonio de trabajadores que se habían esforzado muchísimo para que la hija estudiara, y de un día para el otro debieron hacerse a la idea de que no la iban a ver nunca más. En la Navidad del 77, Cuca quiso visitarlos. Vivían en un barrio de la provincia, con calles de tierra y descampado. Llevamos pan dulce, sidra y un pollo, como para no ponerlos en compromiso.

Cuando llegamos a la puerta y golpeamos las manos para que salieran, los vecinos se asomaron y nos miraron con cara rara. Era una casa de material, la típica vivienda obrera construida durante los fines de semana, con ladrillos comprados peso sobre peso. La mamá de Luli entreabrió la puerta. Apenas nos vio, los ojos se le iluminaron, aunque su expresión era triste.

—Pasen, pasen, chicos. Qué sorpresa —dijo, y gritó para adentro—: ¡Viejo, vinieron unos amigos de Ignacia!

El esposo llegó chancleteando, nos dio la mano muy seco y se fue a sentar a la cabecera de la mesa, mientras la mamá de Luli disponía platos y cubiertos y servía lo que habíamos traído. Costaba comenzar a hablar, inhibidos en parte por la actitud del hombre que tamborileaba los dedos sobre la mesa, con los labios apretados y la mirada fija en la puerta de chapa. Detrás de él podíamos ver un modular lleno de fotos de la hija, platitos de esos dorados horribles y adornos de caracol que decían “Recuerdo de Santa Teresita”.

—Queríamos hacerles compañía, saber cómo están… —empezó Cuca.

—Y bueno, hijita, tirando, tirando —contestó la mujer—. Esperando saber algo de la nena.

—¿Con quién pasaron la Nochebuena?

—Solos. Ni siquiera los vecinos nos vinieron a saludar. Desde que tomaron a la Ignacia nos apartaron como a leprosos, ¿sabés? Y eso que nos conocemos hace años, si somos de los primeros que nos mudamos acá. El viejo debe de haber dado una mano en la construcción de la mitad de las casas de la cuadra. Pero la gente tiene miedo, es eso, qué culpa van a tener.

—¿Supieron algo de Luli?

—Nada, no. Conseguimos un abogado que nos redactó el *hábea*

córpu. Pero nos dijo que no se hacía cargo de presentarlo, que se lo iban a llevar a él también. Vinieron unos chicos que estaban viviendo con ella y nos dijeron más o menos en qué calle se la habían llevado, y nosotros fuimos a preguntar. Timbre por timbre tocamos, pero nadie nos quiso decir nada.

—La piba está muerta, la mataron los milicos —dijo el viejo de pronto.

La mamá de Luli suspiró. Lloraba pero era un llanto que no le impedía hablar, al contrario, parecía que ayudaba a que las palabras fluyeran, como si su marido no hubiera abierto la boca.

—Hace unos meses vino uno que andaba con ustedes, Juan creo que se llama —era el General, y dimos un respingo, porque hacía mucho que no escuchábamos de él—, y nos contó que sabían que a la gente que los militares agarran la tiran viva al río. Que era duro pero que él sentía que era su deber decírnoslo. Y yo lo abracé y le di un beso bien fuerte, porque era la mejor noticia que me podían dar, ¿saben?

El viejo se agarró la cabeza, pero no dijo nada, y nunca una mesa de Navidad me pareció más obscena que esa, porque la mamá de Luli se calló un segundo, se secó los ojos, nos miró como si sus pupilas fueran anclas y nosotros la única tierra a la vista, y preguntó:

—¿Ustedes se acuerdan cómo le gustaba nadar a la nena, no? Seguro que pudo llegar a alguna parte y está esperando que todo se tranquilice para venir.

3. ARGENTINA CAMPEÓN

Recién después del Mundial volvimos a vernos seguido con los muchachos. Nos llamábamos cada tanto, pero la verdad es que yo evitaba los reencuentros, a pesar de que algunas veces nos habíamos cruzado con Chifa y con Gari. Vinieron cuando nació mi hija, y me prestaron plata porque Cuca tuvo que hacer reposo durante todo el embarazo, en el hospital. Ella decía que eso era por todos los disgustos que le habíamos dado a la bebé, viviendo a salto de mata, y se puso a llorar a mares el día que el doctor nos advirtió que si no se tranquilizaba la íbamos a perder. Decía que éramos unos hijos de puta por no haber pensado en la bebé, y yo me enojé y le contesté que sí habíamos pensado, que por eso habíamos asumido un compromiso que a muchos les había costado la vida. Hacía tiempo que no andábamos bien, pero nos habíamos bancado todas juntos, y pensábamos que teníamos que seguir. Éramos pareja más por lealtad que por amor. No sé si era bueno o malo, pero así era.

Cuando nació nuestra hija la llamamos Macarena, por nuestra compañera. No recuerdo con nitidez esos primeros meses. Yo no sabía muy bien cómo encariñarme con ella, no podía verla porque en realidad estaba mirando hacia otro lado, hacia mis muertos, que parecían haberse venido encima, todas sus muertes juntas cuando yo debería haber estado feliz. Me deprimí, y fue entonces que en medio de una tremenda borrachera compartida con Chifa y Gari, les propuse juntarnos a ver algún partido, cuando empezara el Mundial.

Todos teníamos televisor, pero decidimos encontrarnos en un bar, en alguna zona que ninguno de nosotros hubiera caminado en exceso, por precaución. La calle estaba llena de banderas argentinas y Clemente se peleaba con Muñoz por lo de los papelitos. No había que ser un genio para darse cuenta de que los milicos querían aprovechar la volada para ganarse a la gente, y la verdad era que les estaba saliendo más que bien.

Una mañana, desde la ventana de una oficina, salieron millones de papelitos, y el festejo le vino bien a algún cumpa todavía activo, que aprovechó para decir lo suyo. En medio de la vereda alcancé a ver un piloncito que no se había separado al caer y que tenía impreso un gauchito que decía *Argentina campeón, Videla al paredón*. Lo levanté y después de leerlo lo tiré como si quemara, mirando hacia uno y otro

lado. Un tipo que estaba de pie a mi lado también levantó un papelito, me miró intencionado, se lo guardó y no dijo nada.

Lo cierto es que con la excusa del Mundial nos volvimos a ver con regularidad, como si fuéramos un grupo de amigos de esos que se juntan en una mesa de café una vez por semana. Al principio no hablábamos demasiado de lo que había sucedido, pero de a poco nos fuimos aflojando, perdimos algunos reflejos de la clandestinidad y comenzamos a reírmos de algunas cosas como lo hacíamos antes, sin esa sensación de amenaza permanente. La mayor parte del tiempo se nos iba pensando en qué nos habíamos equivocado. Era muy difícil. Los muertos revoloteaban sobre nosotros con sus alas de plumas grises y la única forma de conjurarlos era rememorar los años en que estábamos todos, 1973 y 1974, y te acordás cuando hicimos un auto que era de unos compañeros y otro de un mago y no loco mejor contate de nuevo cuando Luli no se quiso poner la peluca rubia… Silencio entonces, porque el fantasma de Luli pedía permiso para decir que ya no estaba, y regresábamos bruscamente a nuestra realidad, en la que éramos sobrevivientes y la mayoría de la gente de la que estábamos hablando estaba muerta.

—El Pola quedó tarado con todo esto —contó una noche Chifa—. Tenía una cita con la mujer en una plaza, para buscar a los pibes. Estaban separados, ¿se acuerdan? Buen tipo, el Pola. Bueno, cuestión que llegó a la cita, y nada. Se quedó muchísimo más de lo que tenía que quedarse, y nada. Ni la mujer ni los hijos aparecían. No tenía forma de saber dónde estaba viviendo su mujer con los nenes, porque estaban compartimentados y ella estaba bastante enojada con él, se acuerdan que él le había hecho un planteo de que no podía seguir con la Orga y la pareja, o algo así. Bueno, el Pola consiguió ubicar a sus suegros, que estaban desesperados porque hacía varios días que no veían a su hija y a sus nietos. El flaco enloqueció: va todos los días a la cita, a la misma hora, se queda sentadito en el banco de plaza, mirando a la nada, aguanta quince minutos, y se va. Es un peligro, debe tener la suerte de los locos porque todavía no lo levantaron, y hace como tres meses que hace lo mismo.

Se hizo un silencio. Me vino la imagen del Pola, con su cabeza pelada en forma de huevo y la barba larga. Era un tipo bromista y muy voluntarioso. Había participado en el Operativo Dorrego y todos nos acordábamos de su discusión con un teniente del Ejército, que lo miraba raro porque trabajaba a la par de los colimbas. ¿Qué había pasado con todas esas fuerzas, esas voluntades? Gari me leyó los pensamientos:

—Yo no entiendo, loco, no entiendo. Mi viejo es peronista, me educó en eso —bajó la voz, porque un par de cabezas se levantaron en otras mesas, y no estaba como para hacer propaganda—. Lo cagaron a

palos por hacer huelgas, estuvo preso, pero si algo aprendí de él es a militar con alegría. Yo mamé la alegría del pueblo, loco. ¿Dónde quedó? ¿No era para eso el sacrificio? Sí, un caño y a guardarse en una casa que nos aceptaba porque éramos parte de ellos, aunque le faltáramos el respeto a la hija si podíamos y nos mamáramos de tanto en tanto.

Hablaba solo, con el relato de un partido de fondo, en esa voz baja y firme que suena a persona indignada:

—Es más que eso —siguió monologando Gari—. Perdimos porque en un momento la gente no sabía por qué hacíamos las cosas. No alcanzaba con que lo supiéramos nosotros.

El vino estaba bueno, calentaba el corazón helado por los recuerdos de los últimos tiempos.

—Hace dos o tres meses me crucé con el flaquito aquel de la fábrica de cortinas metálicas, el que atendía Luis —asentimos con la cabeza, y Gari siguió, como desenrollando las palabras—. Me contó que estaba llegando a una cita con un compañero cuando escuchó un tiroteo. En realidad, oyó uno o dos tiros de un arma chica y un montón de chumbazos de Itaka y nueve. Se le subieron los huevos a la garganta, porque debían haber enganchado al compañero. Se hizo el boludo, dobló la esquina y vio a la gente que se amontonaba alrededor del cuerpo del flaco con el que se tenía que encontrar. Le habían dejado la campera de cuero toda agujereada. Se mezcló entre las personas, como un curioso más. Contaba que había dos viejas que comentaban y que una decía que qué barbaridad, un chico tan joven, qué pena. Pero lo que lo mató fue la respuesta de la otra: “Lo que más me duele es que una no se explica por qué se hacen matar”.

Dejó de hacer gestos imitando a la mujer y estalló en insultos. Le pedimos que se controlara. Otra vez nos miraban.

—¡Me cago en el silencio! ¿Se dan cuenta? ¡Si una vieja de mierda no sabe por qué nos revientan es que nos estamos haciendo matar al pedo!

Pensé: ¿cómo “nos estamos haciendo”? ¿Por qué habla en presente? Ni Chifa ni yo acotamos nada, y se hizo un silencio incómodo mientras los fantasmas aleteaban otra vez. Me pasé la mano por la frente, levanté el vaso y dije:

—Salud.

—Salud —contestaron mis compañeros.

Pagamos y salimos al frío de la noche. Acompañamos a Gari a tomar el colectivo y luego con Chifa caminamos unas cuadras juntos. Cuando llegamos a la esquina de la parada de mi colectivo se detuvo, y agarrándome de la manga me miró serio y me dijo:

—Te quiere ver el General. ¿Le doy la dirección de tu boliche?

4. A GANAR EL MUNDIAL

Fragmentos de las Directivas al Ejército Montonero para la Ofensiva Táctica "Mundial 78", *Estrella Federal, órgano oficial del Ejército Montonero, núm. 4, abril de 1978.*

El heroico Ejército Montonero debe complementar y darle mayor potencia a las acciones que desarrollarán el Partido Montonero y el Movimiento Peronista Montonero, actuando todos bajo una sola consigna: "Argentina campeón, Videla al paredón. Montoneros". Para ello debe cumplir con las siguientes directivas:

1) Prepararse para la ofensiva táctica evitando el desgaste previo.

2) Concentrar en el tiempo la capacidad de hostigamiento. Ese tiempo es precisamente el tiempo que dura el campeonato mundial de fútbol.

3) Priorizar con toda claridad, durante el desarrollo de esta ofensiva táctica, la línea antidictatorial y antirrepresiva. Concluida la misma, se retomarán los lineamientos emanados de la Secretaría Militar del Partido.

4) Está terminantemente prohibido realizar operaciones militares que afecten directamente o perjudiquen a: a) los partidos de fútbol: b) los equipos o delegaciones extranjeras; c) los periodistas argentinos o extranjeros; d) los turistas o espectadores de los partidos de fútbol.

5) Está prohibido realizar operaciones militares de cualquier tipo a distancias inferiores a 600 metros a la redonda de los estadios donde se disputen encuentros.

6) Cada uno de los compañeros de nuestro ejército debe transformarse en una oficina de prensa informando de todas las operaciones realizadas, o cualquier tipo de denuncia, llamando telefónicamente a: a) las agencias de noticias internacionales; b) Radio Colonia; c) los periodistas extranjeros que estarán en los hoteles céntricos de cada subsede; d) los diarios argentinos. Deben desmentirse todas las informaciones falsas que publique la prensa del régimen, incluidas las operaciones falsas que puedan realizar con nuestra firma.

Compañeros del glorioso Ejército Montonero: la orden de combatir está dada; es el deber de cada uno de ustedes llevar a cabo la misión con éxito al grito de:

¡LIBERACIÓN O DEPENDENCIA! *¡PATRIA O MUERTE!*
¡VENCEREMOS!

COMANDANTE MARIO E. FIRMENICH
COMANDANTE EN JEFE DEL EJÉRCITO MONTONERO

5. VUELVE EL GENERAL

DESDE aquella noche transcurrieron varios meses y a la rutina de los días se agregó el encuentro esporádico con los muchachos. Con Cuca nos pasábamos todo el día cortando fiambre y quesos, y probablemente hastiada de tanta rutina, a mi mujer se le ocurrió poner un televisor en el negocio. Fue un berretín que le dio después de que mis viejos nos regalaran uno traído de Uruguayana que no funcionaba. Lo menos que podemos hacer es entretenernos un poco, se justificó. Así que llegó el televisor y con él más clientes. El negocio había ido progresando de a poco, la gente ya nos conocía y habíamos armado pequeñas rutinas, esas que nos atan a la vida.

—Buen día.

—Buen día. ¿Cómo está, doña Luisa?

—Bien, corazón, bien. Un poco jodida sin las pastillas, pero bien.

—¿Qué va a llevar?

Y la pregunta era retórica, porque la mujer siempre se llevaba queso Mar del Plata, salamín, aceitunas, maní salado y papas fritas para el *vermú* con el viejito. Le entregábamos todo, cobrábamos y siempre el mismo comentario, todos los días, y siempre nosotros riéndonos y haciéndole el cumplido de que cómo el patrón no veía la belleza que tenía al lado, que cada día estaba más buena moza con los ruleros vieja de mierda y andá a la reputamadre que te reparió, qué me importa y el viejo tiene razón no debería tocarte ni con un palo. Pero eso nada más lo pensaba yo mientras le alcanzaba el envoltorio de papel sulfito.

—A ver si con esto me lo entono y se acuerda de mí, que me tiene abandonada. Mi abuela decía: la que se acuesta con viejos, tiene que hacer como el gato, antes de comerse el bofe, hay que cachetearlo un rato.

—Jajajá —eso sí que había estado bueno, me había hecho reír en serio, perdón por la de antes, pero es que estás fea, viejita, y dónde estaba Luis para seguir con la broma hasta el infinito.

—Buenas tardes, doña Luisa, que lo disfrute con salud.

Y otra vez me quedaba pensaba en ellos. Yo estaba ahora vivo, caminando, atendiendo un negocio, criando una hija, porque algún compañero no me había cantado, pero también por un azar, la diferencia en minutos por la que cayó Selva, a la que sí habían

entregado. Que a lo mejor me entregó a mí. No solo rompieron nuestras estructuras, nuestras relaciones, sino sobre todo la confianza a ciegas en el compromiso de todos los compañeros, que era mucho más fuerte que el compromiso con la Orga o con un proyecto político.

A pesar de habernos desenganchado, el peligro no había desaparecido. En Lugano mismo, que estaba lleno de peronistas, al año de instalarnos una clienta se acercó para pedirnos disculpas porque —nos dijo— al principio entre los vecinos pensaban que éramos una pareja de extremistas. En una revista habían salido las instrucciones para detectarlos y recomendaba prestar atención a los matrimonios jóvenes recién mudados. Y los montos con nuestros documentos de quinientas hojas y "1.1.1a2.c." y la puta que los parió, y la vieja aprendiendo en *Gente* o *Para Ti* a detectarnos.

Desde que Chifa me había nombrado al General, esperaba con mucha ansiedad verlo de nuevo. No volvimos a mencionar la conversación, y yo no le preguntaba ni para qué quería verme, ni cuándo lo haría. El General no era mi amigo, ni del Chifa, ni de nadie: había sido nuestro responsable. No había tuteos con él. Tampoco ese apelativo a medio camino entre el afecto y la jerga castrense que había pasado a formar parte de nuestro trato habitual: "Compañero, no afloje", "Compañero, cubra a la compañera". Ese compañero que era como decir hermano, o sos igual que yo, es lo mejor que te puedo decir, porque éramos muchos y no podíamos conocernos todos y ya nos volveríamos a llamar Pedro o Juan cuando tuviéramos el poder.

Pero el General era la confianza en la Orga, el compromiso llevado a la práctica las veinticuatro horas del día bien diferente de aquellos pendejitos que nos bajaban para encuadrarnos cuando empezábamos a hacer planteos. Era fierrero porque consideraba que era necesario serlo y no porque hubiera empezado a militar en una época en que primero se aprendía a cuidarse y después a discutir de política. Chifa y Gari eran el movimiento, eran el peronismo que nunca se iba a morir, pero el General era la Orga, la materialización de la posibilidad de organizarse. Y era mucho más joven que nosotros: en el ochenta tendría veinticinco cuando todos estábamos llegando a los treinta.

Una tarde entró en mi negocio, y yo, entre perplejo y emocionado, con la cabeza metida en la heladera mientras acomodaba las hormas de cremoso, oí la voz de las reuniones:

—Buenas tardes. Cien de salchichón y cien de salchichón primavera para unos sánguches, por favor —tenía un tono divertido, porque siempre nos reíamos cuando armaba sus sánguches así, hace un siglo, mientras nos juntábamos a preparar cosas.

Cerré la puerta metálica con un golpe, y miré de reojo a Cuca, cuya expresión delataba sorpresa y enojo, y también vi los ojos serios y tristes del General que siempre parecían hacer un esfuerzo extra para

reír, y que ahora lo estaban haciendo porque me había encontrado. En ese mismo momento mandé a la mierda la fiambrería, y a la vieja y a mi casa de Lugano y hubiera saltado sobre el mostrador gritando para adentro por fin por fin aunque no sabía por fin qué y él volvió a hablar y dijo:

—Hola, Ismael. Pasó mucho tiempo. Hola, Cuca, cómo está.

Me quedé paralizado; Ismael era mi nombre de guerra y desde el 76 nadie lo usaba, ni siquiera Chifa o Gari cuando nos veíamos. De nuevo la miré a Cuca. Estaba seria, con las dos manos apoyadas sobre el mostrador, observándonos como detrás de un vidrio. Ya no parecía enojada; los ojos le brillaban y lloraba en silencio. Ni siquiera era un llanto, apenas una lluvia suave que le iba cubriendo el rostro y la volvía hermosa como nunca la había visto. Por suerte la nena dormía, y Cuca pudo así encontrarse con sus compañeros muertos, mágicamente convocados por la visita de nuestro antiguo responsable.

—Hola, General. Mucho tiempo, es cierto. Chifa me dijo hace meses que me quería ver.

—Sí, sí, así es. Quería regalarle un libro. ¿Leyó a Joseph Conrad?

—Algo. *Lord Jim*, creo, pero hace mucho.

—Ah, Ismael, pero ese libro es la historia de una culpa y la convivencia con ella, yo le traigo otra cosa —apoyó un paquete envuelto sobre el mostrador, con cuidado de no mancharlo—. Esta es la historia de dos oficiales de Napoleón, Féraud y D'Hubert, Ismael. Un día deciden batirse a duelo, y desde entonces, mientras Europa se cae a pedazos, siguen combatiendo cada vez que pueden. Es su guerra personal, Ismael. Pero no quisiera contarle más.

Me sentía mareado mientras lo escuchaba hablar. No podía pensar más que en imágenes, y eran muy rápidas e inconexas, como ocurría durante una operación, que solo una vez terminada lograba componer en su totalidad, como si fuera un rompecabezas, uniendo el fragmento de lo que había visto o hecho con lo que los compañeros me contaban.

—¿Y para qué me lo trae?

—Porque me acuerdo que le gustaba leer, Ismael, y que a veces se quejaba de que nuestro "trabajo" —enfatizó la palabra, porque una clienta metió la cabeza por la puerta de la cortina metálica, a ver qué pasaba— no le dejaba tanto tiempo. Léalo, y después me comenta.

Y dejó el libro envuelto sobre el mostrador, me miró esta vez con la expresión que yo siempre le había conocido, saludó a Cuca —sin nombrarla— y se fue.

Cuando pude, rompí el envoltorio y me encontré con un librito que tenía un húsar en la tapa: *El duelo*. Y empecé a leer del enfrentamiento de estos dos oficiales de caballería. Féraud, impulsivo y belicoso, D'Hubert, reflexivo y celoso del deber, y cómo cruzaron armas cada vez que pudieron por vaya a saber qué remota ofensa, que en

definitiva era lo menos importante, porque lo que se enfrentaban eran dos naturalezas, y eran esas dos naturalezas las que a la vez hacían que se enfrentaran. Y así siguieron hasta que la *Grande Armée* se desangró en Rusia, y en ese campo de batalla se reconocieron guerreros semejantes, aunque luego de la caída de Napoleón el duelo continuó. En la página 88 me encontré con un párrafo subrayado en rojo y una tarjeta. El párrafo hablaba de Féraud y otros veteranos tras la expulsión de Napoleón a Elba:

> Continuó irreconciliable, ocioso y siniestro. Buscó en oscuros restaurantes la compañía de otros oficiales de media paga que acariciaban sucias pero gloriosas y viejas escarapelas tricolores en los bolsillos superiores y abrochaban sus raídos uniformes con los prohibidos botones con águila…

La tarjetita que marcaba la página me citaba en el local de Promúsica de la calle Florida, un día y una hora de la semana siguiente.

6. DUCTIA

CUANDO llegué, lo encontré haciendo tiempo frente a una vidriera que exhibía órganos electrónicos, bandoneones y un montón de instrumentos de viento de un dorado hiriente. El General me vio, me hizo un gesto como para que lo esperara sin entrar y me preguntó:

—¿Le gusta la música medieval?

—No sé —dije encogiéndome de hombros. Esa pregunta era lo que menos me esperaba—. En mi vida he escuchado.

—Bueno, entonces perfecto. Tenemos un rato hasta que empiece el concierto, pero mejor si nos ubicamos cerca del escenario, así ve los instrumentos. Esta gente es muy buena y trabaja con reconstrucciones según ilustraciones antiguas.

Caminamos por la alfombra entre órganos y baterías, subimos una escalera y nos ubicamos en la segunda fila. La sala estaba semivacía, debía de ser una de esas extravagancias que uno intuía que le podían gustar al General, y digo intuía porque por esto de la militancia sabía muy poco de él.

—¿Leyó el libro?

—Sí —contesté—. Me gustó, están muy bien los personajes, pero si me pregunta, yo estoy con Féraud. —Pensé en preguntarle por qué había subrayado ese párrafo, pero no lo hice, porque evidentemente me lo iba a responder de algún modo esa tarde.

—¿Cuántas veces pensó en los compañeros desde que nos separamos, Ismael? Yo, muchas —arrancó sin siquiera dejarme contestar. Hablaba con vehemencia, y como susurraba las cosas en mi oído, los acentos enfatizaban más su discurso—. Muchas, muchas veces. En los que estaban a mi cargo, en los amigos, en amigos que usted no conoció y claro, como sabrá, en Selva. Quiero agradecerle por haberme escuchado en aquel tiempo, Ismael. No sé si fue bueno cargarlo a usted con una preocupación personal.

Quería mandarlo a cagar, la verdad. ¡Si supiera! Logré recomponerme con rapidez y le pregunté:

—¿Supo algo de ella después de que cayó?

—No, sobre ella no. Sobre el que la levantó. Fue Romualdes. Que entre paréntesis, no era de la policía, sino un oficial en comisión de la Armada, que hasta hace poco estaba en la Escuela de Mecánica.

—Sabe mucho, usted.

—Sí, sí, yo seguí en la UZI un tiempo más, y ahí me enteré.

Suspiró, y miró al costado un segundo, porque un tipo de una pelada perfecta nos observaba con interés.

—¿Es sérpico?

—No, tranquilo, me parece que marica, nada más —dijo el General. Acercó de nuevo su boca a mi oído, y siguió—: No nos distraigamos, esto va a empezar. Mis padres no son peronistas, Ismael. No vengo de casas como las de Gari o Chifa, yo tuve que aprender a ser del pueblo. Dejé muchas cosas por la Orga, me costó mucha pelea asumir mi militancia, y cuando lo hice me dediqué por completo a ella. Yo rompí todos los puentes con mi pasado: la universidad, una familia cómoda, una novia que de un día para el otro me pareció una imbécil y hueca.

—No sabía —dije, por interrumpirlo. ¿A qué venía todo esto? ¿Quién no había pasado por lo mismo que él?

—Sí, salí como tres años, estábamos por casarnos, típica cosa de clase media. Pero bueno, para mí, militar fue la mejor decisión. Con sus pros y sus contras, claro. Muchas veces hubo que apoyar cosas que uno no compartía pero así bajaban. Militar en Montoneros me compensó con creces cada cosa que dejé: yo sabía que el sacrificio era para que mi pueblo estuviera mejor. Los compañeros caídos fueron mi brújula. Yo quería que algún día, un pelotón de combate, una campaña, llevaran mi nombre, Ismael. Y esa posibilidad, la de que otras acciones similares a una en la que yo hubiera muerto fueran bautizadas con mi nombre, como un compromiso y homenaje, me emborrachaba de entusiasmo… Ssh, va a empezar.

La gente aplaudió cuando los músicos y cantantes aparecieron. Venían con vestidos de época, en ocres y amarillos, y arrancaron con una música muy movidita y alegre. Eran varias danzas que sonaban frenéticas, con muchas flautas agudas y tambores. Cuando terminó, y entre los aplausos, el General retomó:

—Después vino lo fulero, ¿no? Tantas bajas que empezaron a parecer sin sentido. Hay un documento de la Orga, ¿sabe? Calcularon cuatro mil caídas el primer año… Sí, sí, no me mire así. Va a seguir. Espero que no le moleste que tengamos que hablar así… ¡Ah, nada más adecuado! —hojeó el programa—. ¿Entiende inglés? No, bueno, ahí está el título: *Oh, muerte, méceme hasta dormir.*

Una chica se adelantó y empezó a cantar una melodía muy triste y dulce, acompañada por un instrumento que parecía un violoncello, y que el General me dijo que se llamaba viola da gamba mientras explicaba:

—Dice, fíjese, Ismael, por eso me gustan estas composiciones: "Llévame a un tranquilo descanso, deja que mi fantasma culpable deje mi pecho preocupado, deja que las campanas anuncien mi muerte". Más o menos dice eso, algo me pierdo. Cuatro mil compañeros, sí, y lo

del río es cierto, ya les voy a comentar mejor.

Yo pensaba a un millón de revoluciones por minuto: ¿cuatro mil? ¿"Les"? ¿Qué quería decir todo eso? ¿Por qué "fantasmas culpables?" ¿Sabría de Selva? No creo, tenía demasiado estilo, y aguantar tres años para esto…

—Escuche ahora, dice: "Adiós, adiós, abandono mis placeres, dejo solas a mis penas, mis dolores no sufrirán por falta de fuerza para prolongar mi vida…".

Se callaron la viola y la mujer, y la sala en semipenumbra me pesó como plomo. Las cortinas gruesas del telón parecían sudarios y me asusté por lo que la imaginación me había hecho ver.

—Es muy fuerte —dije— tanto dolor.

—Ahí está Ismael, ahí está el punto. Me pregunto, desde entonces, ¿tanto dolor para qué? Y esa es solo una parte de la pregunta.

—¿Cómo una parte? —empecé a entender hacia dónde iba.

—Quiero decir, si nos preguntamos para qué tanto dolor, entonces recordaremos lo que fuimos cuando tomamos las armas, cuando gritamos junto a miles que hoy nos cierran la puerta.

Hubo que callarse una vez más porque ahora retomaba con ímpetu una serie de danzas, mucho más alegres que lo que acabábamos de escuchar al comienzo. Un aplauso más prolongado que el resto me hizo comprender que se venía el intervalo. El General continuó:

—Por eso *El duelo*, Ismael. Esos veteranos que se juntan a añorar a Bonaparte, esos duelistas que se buscan a pesar de envejecer y de que el mundo cambie y no los necesite, en realidad añoran lo que fueron. Pero no con nostalgia, creo yo, sino porque no pueden ser otra cosa. Nosotros tampoco. ¿Qué es usted, Ismael? ¿Qué soy yo?

Quisiera poder saberlo, hijo de puta, y poder descansar. ¿Por qué había ido a encontrarme con él, si para mí estaba todo tan bien, si yo no me quería despertar?

—¿Qué hicimos junto a miles? —continuó, implacable.

No dije nada, mudo por su pregunta y por entender que esa sensación que tuve al volverlo a ver era la respuesta. Adelantó la cabeza para dejar de hablarme al oído, enfrentó mi mirada, y esos ojos duros y heridos me preguntaron más que sus palabras:

—¿Qué hicimos junto a miles? Eludir esa respuesta es un engaño. Podemos olvidarnos de los que cayeron, ignorar a los que nos buscan, pero ni siquiera eso es lo más importante. La gran pregunta es: ¿qué es, Ismael, lo que no podemos dejar de ser?

El lugar al que me habían llevado sus preguntas me mareaba. Sentí el sudor sobre mis labios, como antes, pero estaba en un concierto, y no en la calle o a la salida de una fábrica. Me dolía la mano que aferraba con fuerza la butaca, como si temiera que me fueran a secuestrar en ese mismo momento. Vi mis nudillos blancos y me

sorprendió que estuvieran sujetando un apoyabrazos y no la caña de alguna de nuestras banderas, o un fierro, paso compañeros tenemos que colocarnos al frente griten ahora les pusimos la gente en la calle vos llevás la cuatro cinco dónde están ahora las columnas estamos solos ahora solos para hacer esto que tenemos que hacer porque a la Historia la vamos a sacar buena.

—¿Por qué me dice esto? —pregunté al fin—. ¿Por qué tanto después?

—Porque tenemos muertos que llorar, que vengar… o que olvidar. Pero más que nada, porque sé que no podemos ir en contra de nosotros mismos. Piénselo, y véngase el miércoles que viene a lo de Chifa.

Lo miré con asombro y hasta con bronca. ¿Chifa? ¿El Chifa estaba conspirando con el General, y no me había soltado nada? Mi perplejidad apenas me dejó hablar y preguntarle:

—¿Para qué?

—No se enoje con él —dijo, haciéndose cargo del reproche—. He ido hablando con cada uno a su debido tiempo. Y en cuanto a su pregunta, ahora no le puedo adelantar nada. Les diré todo a los compañeros cuando nos reunamos.

Comenzó la segunda parte del concierto, más breve, pero a esa altura mi cabeza estaba en cualquier parte. Las palabras del General me habían llegado muy hondo.

¿Hasta qué punto mi dolor por la derrota era por la caída de Selva y la imposibilidad de exhibir ese dolor? ¿Hasta qué punto buscaba la revancha en lugar de la victoria de mi idea? ¿Hasta qué punto, en realidad, obtener la revancha habría sido la posibilidad de que la idea venciera?

El General no volvió a decirme nada, salvo casi al final:

—Escuche esto que viene ahora. Lo escribió Alfonso X, un rey de España que decidió reunir un conjunto de artistas y hacer una recopilación musical como nunca se hubiera visto, las cantigas de Santa María. Un trabajo monumental, Ismael, una obra del poder y de la voluntad al servicio del arte. El rey quería que Dios dijera lo que deseaba a través de él. Su sueño era que la Virgen hiciera de él su trovador. No, no me mire así. Sáquele lo religioso, si le molesta, y quédese con la mística, si es que puede encontrar la diferencia. ¿A que ahora le suena más conocido? ¿No le huele un poco a nosotros, compañero? —saboreó la palabra—. Porque eso es, una obra mística, y cuando uno tiene esa sensación lo mejor es aceptarlo, publicarlo, y trabajar para ello. Asumirse como artesano, Ismael.

Ahora se adelantó un músico que tenía una especie de violín, con la barba hasta el ombligo, y que saludó con una reverencia.

—Un rebab, Ismael. Dicen que es el instrumento más parecido a la

voz humana. Escuche. Esperé todo el día para llegar juntos a esta pieza.

Comenzó a interpretar una música tristísima y con un sonido primitivo, que la hacía parecer tan antigua que uno se podía imaginar edificios de piedra. Era un hombre corriendo, cayéndose y levantándose una y otra vez. Era digna, sonaba como una rebelión contra la suerte. El tema se repetía, iba y venía desde los graves que desgarraban de pena hasta unos tonos más agudos y perturbadores que parecía que iban a romper las cuerdas.

—Es una ductia —dijo el General—. Va y viene, ¿se dio cuenta? Hay mucha pena ahí, pero la música sale de ella, sube hasta el enojo, para volver a caer, una y otra vez, siempre sonando igual, siempre sonando con la misma fuerza, hasta que los graves y los agudos se unen en un solo sonido y se distinguen al mismo tiempo. Cae y se levanta, cae y se levanta, porque no puede hacer otra cosa. —El General terminaba de poner en palabras lo mismo que yo había imaginado.

Jamás volví a escuchar una melodía como esa, ni a tener la sensación de aquella tarde: que todo volvía a comenzar, porque en realidad nunca había dejado de suceder. Cuando finalizó el concierto, le agradecí por el descubrimiento musical, pero eludí confirmarle si lo iba a ver la semana siguiente. No dijo ni palabra. Solo me volvió a preguntar, antes de despedirnos:

—¿Qué es, Ismael, lo que no podemos dejar de ser?

7. LA ÚNICA VERDAD ES LA REALIDAD

Llegué a la reunión cortando clavos igual que en las mejores épocas. La casa de Chifa quedaba en Martelli, relativamente cerca del viejo territorio, por el que yo no había andado más que dos o tres veces desde el 76, y ya eso fue un sacudón. Cuando golpeé salió a abrirme un compañero al que le decíamos Nemo, y me quedé paralizado porque a él sí que no lo veía desde entonces. Ni siquiera abrimos la boca, nos dimos un abrazo de aquellos —la presión de los cuerpos delató el arma que Nemo llevaba en la cintura—, y por sobre su hombro vi a Gari, a Chifa y al General que estaban de pie, mis dos amigos también con una mano llevada a la espalda. No podía haber mejor entrada en clima.

Sobre la mesa había unos vasos a medio llenar con vino, salamines sobre una tabla y migas de felipes cascarudos como barro seco. En la cabecera —donde seguro se sentaba el General— se veían unos papeles que sin leerlos reconocí como material de la Orga.

Me costaba hacerme a la idea de que estaba allí. Pensaba qué le iba a contar a Cuca, pero sobre todo me preguntaba por qué había ido. Y era raro, porque solo me imaginaba los rostros de los ausentes, y a la memoria me llegaban, por ráfagas, escenas en las que yo estaba con ellos, con Gari, con Chifa. La habitación de la casa no alcanzaba para albergar a todos los cumpas con los que yo estaba en ese momento: Macarena, pizpireta, guiñándome un ojo; Lanas, reventado de laburar; Pulu y Chechu, esperando que pasáramos a “varios” en la agenda de la reunión para plantear sus eternos problemas de pareja; Quilo, siempre con ganas de matar a alguien; Popi, como un granadero de la Casa de Gobierno; Floro, con los canutos asomándole debajo del maquillaje y el olor a colonia que irritaba la vista; Luli, molesta mientras sostiene un lente de contacto para camuflaje, uno de los primeros que veíamos. Todos allí, nubes de humo más débiles aun que la de los cigarrillos que descansaban apoyados en el borde de la mesa.

—Bueno, no falta nadie —dijo el General—. Los reuní para proponerles un asunto, y puedo adelantarles que es algo que he venido haciendo con otros compañeros, de lealtad y compromiso probados, en reuniones semejantes a esta.

En esas pocas palabras, el General ya era el que había conocido: firme, claro, consciente del valor agregado que su historia y su

personalidad les daban a sus palabras.

—Hoy —siguió después de cortarse una rodaja de salamín, agarrarlo con la mano izquierda mientras con la derecha se acercaba un documento a la vista— quiero decirles lo que sabemos, más o menos, que ha pasado.

Tragó, nos miró serio y continuó en un tono neutro:

—Tenemos unos ocho mil compañeros asesinados o desaparecidos, varios miles en las cárceles, otros miles en el exterior. Lo que Gari contó hace años, compañeros, multiplíquenlo por las provincias y ciudades de la patria, y vamos a poder hacernos una idea de la magnitud de la represión. La mayoría de los compañeros ha sido chupada y llevada a algunos lugares clandestinos, como la Escuela de Mecánica de la Armada. Los han torturado para quebrarlos y sacarles información, y no se ha sabido más de ellos, pero presumiblemente los han asesinado y han escondido sus cadáveres.

Ninguno de los oyentes decía nada. Un aire espeso había descendido sobre nosotros, como una niebla maligna de un cuento de Lovecraft. Gari estaba con la cabeza baja y la boca fruncida. Chifa miraba fijamente al General, Nemo hacía dibujitos con una birome, y yo… yo solo escuchaba:

—Nos han dado como en bolsa, compañeros, lo mejor es no engañarse. Han hecho lo que han querido. Apilaron cuerpos y los dinamitaron, se armaron campos de concentración en Campo de Mayo, en Córdoba, vaya a saber en cuántos lugares más. Nos madrugaron, no tuvimos tiempo de ver que nuestra propia estructura favorecía su método de inteligencia y aniquilamiento. Un solo quebrado puede llevarlos a treinta o cuarenta compañeros, y con que solamente uno de esos treinta o cuarenta se dé vuelta… Bueno, la cadena se repite.

—Nosotros no estamos en posición de opinar sobre eso, General —dijo serio Chifa—. Yo confío en los compañeros como confiaba antes y pienso que para que haya habido esos casos el castigo tiene que haber sido terrible.

—Terrible, sí, terrible es la palabra, y no quisiera que tomaran lo que digo como un juicio sobre la conducta de los compañeros. Trato de pintarles la situación en la que estamos, los riesgos que van a correr, que aunque parezca ridículo recordarlo son más grandes que hace dos o tres años, porque estamos solos de verdad.

Nos miró uno a uno, y repitió:

—Porque lo que nos va a salvar va a ser estar solos.

Sabía crear suspenso, sin duda. Ahora venía la cosa:

—La organización, como saben, no modificó su estrategia para enfrentar a la dictadura. Cuanto peor mejor, recuerden. Y yo sé que ustedes, sobre todo ustedes, son de los que piensan que cuanto peor,

peor. El 76 y el 77 fueron una masacre, el 78 lo mismo, y desde hace un año, no es mucho lo que sé y sólo en forma fragmentaria por compañeros que me han contactado, hay compañeros que regresan al país en el marco de un plan de Contraofensiva. La Conducción plantea que la dictadura está agotada y que se van a encontrar con la reacción popular simplemente con que…

—¡Estos pajeros siguen sin entender nada! ¿Cómo no los van a estar haciendo mierda? Siguen con el elitismo de vanguardia. ¡No entienden nada! ¿Para qué carajo nos trajo acá? ¿Para engancharnos en esa mierda? ¿Para que nos maten? —saltó Gari.

—No, Gari, le pido que se calme y me deje terminar. No va por ahí mi propuesta —el General no se descontrolaba nunca—. Yo pienso que los compañeros están equivocados, sin duda, pero también *siento* —y enfatizó la palabra— que algo tengo que hacer, sobre todo por nuestros muertos. —Después de nuestra conversación en el concierto eso es lo único que no terminaba de creerle.— No, los jefes están meando fuera del tarro, pero bueno, aunque la mayoría de nosotros se haya desenganchado, para los milicos nosotros somos montos, ¿o no es así? Sí, la Conducción Nacional vive en la luna, manda documentos que dicen que hay que crear Centros Primarios de Reunificación Peronista en cada barrio, en cada fábrica, como si esto fuera el 70, o el 75. Pero también es cierto que si ahora salieran de acá y los levantaran, si les dijeran a la patota que ustedes rompieron con la Orga en el 76, se les reirían en la cara y les darían más picana que nunca. Pienso que para estar en guerra basta con que el otro nos considere enemigo. Ustedes, además, han estado en muchas. *Hemos* estado juntos en muchas. Algo habrá que hacer con eso.

Nuevo silencio. Yo me sentía incómodo por una idea que se había ido formando en mi cabeza. Y esa idea era la certeza de que, propusiera lo que propusiere el General, yo le iba a decir que sí.

—Compañeros, nos han derrotado militarmente. Sería una locura plantearse algún tipo de resistencia o construcción de poder de tipo militar. Lo que yo propongo, lo que quiero hacer con ustedes, lo que pienso que vamos a poder hacer, es una acción de propaganda armada muy grande, muy importante, visible para el mundo, nacida de nuestras entrañas y nuestra historia.

Nuestro antiguo responsable se puso de pie. Hizo una pausa teatral mientras levantaba una mano igual que en los mejores tiempos. Tomó un sorbo de vino, como si estuviéramos en formación, aunque nosotros lo mirábamos desde nuestros respectivos asientos, con cara de asombro, y eso lo agrandaba en la desproporción de los gestos y lo que decía:

—… una acción tan nuestra que la dictadura no pueda retroceder tras ese gesto, después de la denuncia que hagamos.

Y entonces lo largó:

—Compañeros, vamos a armar un grupo de combate, vamos a prepararnos, vamos a cruzar los Andes como el Libertador José de San Martín, le vamos a quitar a la dictadura el símbolo de sus manos manchadas de sangre de argentinos, y el 17 de octubre de 1981 desde las montañas vamos a transmitir una proclama al mundo, una denuncia de sus crímenes, y le vamos a armar un quilombo diplomático con Chile del que no va haber vuelta atrás.

Terminó de hablar y se quedó de pie, con el vaso en alto. Nos miramos unos a otros, en silencio, perplejos. El silencio fue roto por Gari, que llenó su vaso, se puso de pie y simplemente dijo:

—¡Salud! —y se lo tomó de un trago, como para no arrepentirse.

Entonces Chifa dio un salto:

—¡Iiiiuuuuuuuuuuu! —gritó como cuando íbamos en camión a alguna parte, como había aprendido de los entrerrianos de Astarsa.

Y veo como si fuera hoy la expresión de felicidad del General, las caras decididas de los compañeros, y quisiera que alguien pudiera contarme qué expresión tenía yo, que también me había levantado, brindado, y dicho que sí.

Iiiiiuuuuuuuuuuu, sí.

8. TESTIMONIOS

FRAGMENTOS del Testimonio de Jaime Dri, *Secretaría de Prensa del Movimiento Peronista Montonero, 1978 (año de la organización del Movimiento Peronista Montonero).*

Ya en la Escuela de Mecánica de la Armada, fui confinado en la sala de torturas nº 14, ubicada en los sótanos del Casino de Oficiales.

Allí me tocó presenciar el horrible espectáculo que ha sido denunciado tantas veces: hombres y mujeres encapuchados, esposados, con grillos en los pies, ignorando cuándo serán llevados a la tortura o a la muerte, alejados de sus familias, de todo apoyo legal o periodístico, arrojados al arbitrio exclusivo de los torturadores.

En Nochebuena se nos concedió un terrible privilegio: durante diez minutos pudimos levantarnos la capucha y darnos un abrazo. Eso me permitió encontrarme con Norma Arrostito, la inolvidable gaviota, que fuera fundadora de Montoneros. Norma fue asesinada posteriormente por la Marina de Guerra.

Pocos días después, personal militar del Segundo Cuerpo de Ejército me traslada a una dependencia clandestina que dicho cuerpo tenía en Funes, cerca de la ciudad de Rosario, ubicada a 350 kilómetros al norte de Buenos Aires.

Fui conducido hasta una casa ubicada en un barrio residencial. Se la conocía en la jerga del Ejército como un "chupadero", porque a los secuestrados vivos a quienes tratan de hacer colaborar los llaman "chupados". Esta suerte de laboratorio de la represión sirve a un fin particular: formar y preparar a compañeros quebrados física y moralmente para convertirlos en agentes que luego habrán de infiltrarse en nuestras filas. Ya sea para operar militarmente contra nuestra conducción o para simular la existencia de una "disidencia montonera" que intente fisurar nuestras fuerzas.

[…]

Como elemento central de esta denuncia quiero destacar dos aspectos poco conocidos en detalle hasta el presente.

Uno, es el grado de desmoralización que impera en las filas de los represores, y otro, la creciente transferencia de estos oficiales al exterior, por ejemplo a París.

La desmoralización de algunos de estos oficiales se hizo patente en

varias expresiones vertidas delante de nosotros, en las que no recataron sus temores. Por ejemplo, el capitán de Corbeta Jorge Acosta, más conocido como el Tigre, Santiago o Aníbal, manifestó que después del Mundial nadie para “la que se viene”, aludiendo a la vindicta popular.

9. SOLO LO IMPRESCINDIBLE

DURANTE un tiempo mantuve en secreto la reunión con el General y no le conté nada a Cuca. Sin embargo, ella no era tonta, había estado tan metida como yo en el frente territorial y no le costaba darse cuenta de que desde el regreso del General, cada dos por tres tenía algo que hacer afuera, o me veía con excesiva frecuencia con Gari o Chifa.

Un día de esos que volvía de una reunión con los muchachos, la encontré sentada a la cabecera de la mesa, con el cenicero al lado, varios puchos apagados y uno prendido, como si fuera mi responsable y estuviera por reprenderme o pasarme un documento. Estaba seria y hermosa. Cuca siempre me había parecido una mujer hermosa —cuando la conocí, en los años duros, y ahora, que teníamos una hija y estábamos por dejar de vernos—. Lo digo así porque al entrar y verle la cara me di cuenta de que el momento había llegado. ¿Lo busqué? Creo que no, pero tampoco hice nada por evitarlo. Hacía rato que las cosas no estaban bien entre nosotros, como si haber escapado del peligro nos hubiera quitado los últimos motivos para estar juntos, luego de que los milicos habían matado tantos otros.

La boca de Cuca que había gritado duro duro duro conmigo y me había besado y hecho reír, ahora era una línea rígida y delgada que no sabía cómo mandarme al carajo. Y lo peor es que yo, mientras descubría lo que iba a pasar, me iba sintiendo paulatinamente aliviado. De algún modo, sentía que la volvía a querer.

—¿La nena? —pregunté, manteniendo la farsa del regreso casual.

—Con mi vieja, hijo de mil putas —me contestó con rabia—. "La nena, la nena." Ni el nombre de tu hija te sale.

—No estás enojada por eso.

—¿Sabés que tenés razón? No es eso, no. Hace tiempo que sé que Macarena te da lo mismo. Y te entiendo. Vos no querías tenerla. Me duele en el alma, pero te entiendo.

Cuca era de las que actuaban sin hacer bandera. Nosotros íbamos enfierrados a una acción, pero ella se metía en un barrio cuando la patota ya la hacía muy difícil. Cuca había perdido tantos o más compañeros que yo. Ahora, mientras me hablaba, me reencontraba con aquella estudiante de Psicología que me había fascinado.

—Lo que más bronca me da es que estés en algo y me dejes afuera. Hace meses que estás en algo, y te callás.

Me sorprendió, la verdad. De los dos, fue ella la que no quiso saber más nada con la Orga, y ahora me salía con eso.

—¿De dónde sacaste que ando en algo? Si sabés perfectamente que desde que nos vinimos al barrio…

—No me tomés por pelotuda, te lo pido por favor. Te cambió la cara, mi amor. Hace unos meses que estás como hace años que no te veía. Y no es porque hayamos encontrado una forma nueva para coger, me parece. De eso hace tiempo que no sabemos.

—Y bueno, debe ser el tiempo, pude pensar, las cosas se nos van dando de a poco en el negocio…

—¡Me cago en el negocio! ¡Dejate de joder con esas boludeces!

La que estaba gritando era la Cuca de antes.

—No sé de qué me hablás, qué te pasa, solamente me estoy viendo con los muchachos —pude decir.

—Pasa que encontré esto, boludo, que no sabés cuidarte ni en tu casa. ¿En qué andás? —y me arrojó un documento del 76 que nos había pasado el General—. Te reengancharon, y ni siquiera me consultaste, ni siquiera me lo propusiste, si estábamos juntos, si hicimos todo juntos: nos rajamos los dos, nos cuidamos los dos, luchamos los dos.

Me miró seria, y dijo con dureza, lapidaria y anunciando la revancha que a la vez me liberaría:

—Te cagaste en mí. No te quiero ver más.

Y sí, no podía decirle nada, aquello era mío. Éramos los últimos montoneros, hubiera dicho el General, éramos los que quedábamos, pensaba yo. Ni siquiera me había acordado de Cuca mientras el General nos hablaba, y la sangre volvía a correr por mis venas, mientras retornaba la alegría, la alegría de la lucha y respiraba la certeza de que íbamos a enterrar la derrota y, con ella, a todos nuestros muertos.

—No puedo contarte nada, Cuca. No quiero arriesgarte ni a vos ni a la nena.

—Qué decís, con qué cara me venís a hablar de riesgos. No vuelvas a pisar más por acá. Si te cagaste en mí, ni vuelvas por esta casa.

Y comenzó a llorar. Yo no podía, hacía tiempo que no podía hacerlo. La última vez, creía recordar, había sido por Selva. Cuca me estaba liberando.

—Andate, no vuelvas más. Agarrá tus cosas, ahí tenés la caja de hoy.

Cuando nos despedimos fue raro. Porque en sus ojos vi cansancio, enojo, pero también amor y, por fin, orgullo, aunque su voz solo expresara reproches.

La calle me tragó con un bolso al hombro, un poco después.

10. EL GENERAL SAN MARTÍN Y LA HERENCIA DE LAS ARMAS EN LA ARGENTINA

Fragmentos de la Carta de un oficial del Ejército Montonero al general Carlos Alberto Salas, presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano, *4 de septiembre de 1976*. *Subrayado en el original.*

Señor General:

Este sistema corrompido, los militares indecentes que secuestran, torturan, violan, mutilan y matan prisioneros inermes en defensa de los negocios del general López Aufranc, presidente de Acindar, ya no puede sostenerse, por más baños de sangre con que pretendan ahogar el clamor de todo un pueblo. Porque además, contra este sistema fundado en la negación de todos los valores que San Martín consagró con su vida ejemplar, surge hoy una fuerza organizada.

Si ellos son hijos de Canning, de Rivadavia, de Mitre, de Sarmiento, de Roca, de Justo o de Braden, nosotros lo somos de Rosas, de Dorrego, del Chacho, de Felipe Varela, de Scalabrini Ortiz, de Perón. Y hemos aprendido con Evita que solo la fuerza del pueblo organizado podrá derrotar a la fuerza de la antipatria.

¿A cuál se parece el ejército que San Martín organizó en el Plumerillo para llevar a Chile la guerra, "vestidos con bayeta o en pelotas como nuestros paisanos los indios", con armas rudimentarias fabricadas por el cura Beltrán, llevando a lomo de mula hasta el forraje para los caballos a través de la cordillera?

¿Al ejército cipayo que se entrena en Washington y dispone de todos los medios económicos para llevar a cabo una sucia guerra de exterminio?

¿O a este Ejército Montonero que estamos construyendo, improvisando soldados con abogados como Belgrano y con trabajadores explotados como los que guerrearon desde San Lorenzo hasta Ayacucho, sin más plata que la que hemos sabido conseguir jugándonos la vida, sin otras armas que las que podemos recuperar de los cuarteles y comisarías o de las que fabricamos con tecnología argentina y capital argentino expropiado a monopolios extranjeros?

Creemos como usted, General, que la unidad nacional es un bien

precioso para cuyo logro no deben escatimarse esfuerzos ni sacrificios. Pero todos deben saber que por la fuerza ya no nos van a obligar a nada, que este ya no es el pueblo de agricultores y pastores que solo tenía frágiles lanzas para oponer a los rémington extranjeros, que hemos estudiado las leyes de la historia, que ningún grado de violencia que se nos pueda aplicar podrá devolverle vida a este régimen moribundo […].

Es seguro que existen, ente usted y nosotros, distintas apreciaciones, sobre estos y otro asuntos. Pero es un deber de hidalguía militar reconocer en sus palabras del 17 de agosto una buena fe, una limpieza de propósitos dignos de encomio. Los hombres como usted siempre tienen un lugar disponible a nuestro lado, en este nuevo ejército que estamos creando de la nada, como lo tuvo que hacer San Martín para construir una nueva patria, grande, potente, generosa, como la que alentó en los sueños el Libertador.

Respetuosamente, un oficial del Ejército Montonero.

POR EL PUEBLO Y POR LA PATRIA… ¡MONTONEROS HASTA LA MUERTE!

11. RECUPERACIÓN

PERÓN dijo que todos tenemos miedo, pero que el cobarde es el que tiene más miedo que vergüenza. Apoyado contra la pared, mientras esperaba que los compañeros terminaran con lo suyo, recordé la frase.

Antes del golpe del 76, llamábamos a un trabajo como este una recuperación: quitarle las armas a un policía, "hacer" un auto, un camión que transportaba leche o cualquier otra mercadería. Cuando aquella mañana, al repartirnos las tareas, el General utilizó la palabra, Chifa se le rio en la cara.

—Tres de nosotros van a recuperar un vehículo —había anunciado solemne nuestro jefe, en lenguaje-documento.

—Eso era antes, General —interrumpió Chifa con sorna—, vamos a chorearnos un auto, y punto.

Recuperación o robo, ahora yo estaba transpirando y me temblaba el cuerpo del miedo. Tanteé el arma en la cintura, pero no fue suficiente para tranquilizarme del todo. Habían pasado varios años y temía haber perdido la mano, por eso Chifa propuso que yo hiciera de campana, mientras él y un compañero nuevo que le decían Angueto levantaban el auto.

Pensé en la Cuca y en la despedida que habíamos tenido, y por un momento tuve unas ganas tremendas de salir corriendo y volver a casa, deseé que todo fuera una proyección de mi voluntad, un espejismo; que mi mayor preocupación volviera a ser que el pedido de fiambrín llegara a tiempo, que los vecinos nos quisieran, elegir el jardín para mi hija. Pensé que me iban a matar, pero al mismo tiempo yo mismo me dije que éramos unos fantasmas tan desteñidos que probablemente ya no fuéramos una amenaza para nadie. Si caíamos, íbamos a aparecer en los diarios como un vulgar delito común. Pero también así, contaban los más viejos, había sido al principio.

Cada tanto las luces de un auto irrumpían en la noche cerrada. No había luna ni alumbrado y esa claridad momentánea perturbaba. A la luz de uno de ellos vi cómo, a unos metros, los compañeros se acercaban al coche y se movían con eficiencia.

Todo esto es más largo de contarlo que de vivirlo. Sin embargo, mientras pasaban los minutos que duró aquella acción, sentí como si un viejo animal volviera a vivir dentro de una cueva abandonada, y yo era tanto la cueva como la criatura. Y el animal tomaba conciencia de

la longitud de sus patas, y desperezaba sus músculos, y cuando me salí de ese pensamiento descubrí que tenía los puños tan apretados que los nudillos se me habían puesto blancos.

Chifa detuvo el auto a mi lado y subí. Ya estaba hecho. A veces no hace falta derramar sangre para sellar un pacto, para volver a una hermandad, para recuperar un pasado que nos legitime.

12. LA CASA

La idea se le ocurrió a Gari. Ya estábamos por irnos a Mendoza y se apareció con la propuesta de volver a la casa que habíamos levantado cuando cayó el Lanas.

—Ninguno volvió a andar por la zona —insistió—. Pero quien más quien menos todos empezamos ahí. Quiero que vayamos a ver qué quedó.

Era cierto. Era nuestro lugar histórico. Había estado "tapada" hasta el 76. En esa casa grande habíamos planificado cosas importantes, y también nos habíamos enterado de las caídas de muchos compañeros. ¿Cómo no regresar antes de salir para los Andes?

Propuse hacer algunos chequeos previos en la zona y estuvieron de acuerdo. A pesar de que era arriesgado, ninguno se opuso a la idea. Creo que era porque todos teníamos la sensación de que de esta sí que no volvíamos, y queríamos despedirnos de nuestros lugares. La primera mañana que fui cortaba clavos del miedo. El barrio, sin embargo, se veía tranquilo. Me crucé con gente por la calle pero como fui en horario de trabajo, en su mayoría eran señoras mayores o mujeres con niños, y nadie me reconoció. Me quedé un rato por la zona, pasé dos o tres veces por la puerta; daba la impresión de que hacía años que nadie vivía ahí.

Como a la semana fuimos. Éramos Chifa, Gari, Nemo y yo. No le dijimos al General, y después nos arrepentimos. Probablemente no hubiera podido; en esos días estaba ocupado con Angueto arreglando detalles para la salida, micros y uniformes, dinero y un montón de cosas.

Apenas abrí la puerta nos asaltó un olor a encierro que nos dio seguridad y, a la vez, nos llenó de pena. Parecía que desde nuestro abandono nadie había estado por ahí. Tapamos las ventanas con diarios y prendimos las velas que habíamos llevado por precaución, porque pensábamos que ni luz habría, y teníamos razón. Nadie hablaba, estábamos sentados alrededor de la mesa y la luz amarillenta dibujaba nuestras caras, serias y reconcentradas. Éramos muchos menos los presentes que los ausentes, cualquiera de nosotros tenía más muertos en la cabeza que los vivos que ahora estábamos ahí. Permanecimos varios minutos en silencio; a veces no hay necesidad de organizar los homenajes, surgen, simplemente.

—¿Por qué vamos, muchachos? —dijo Nemo de pronto.

Nunca hablaba mucho, pero preguntó lo que todos estábamos pensando.

Nadie contestó de inmediato. Como en ráfagas, venían imágenes de los ausentes, fragmentos de charlas o discusiones, hasta que tuve lo suficiente para armar mi respuesta:

—Por los muertos, Nemo. ¿Por qué más?

Yo pensaba en Selva mientras hablaba. En sus ojos marrones, en su camisa desabrochada para mí, en la transpiración que le perlaba la piel algunas tardes que pasamos juntos. Recordé que estuve a una cuadra de caer con ella, o de salvarla, y que la duda de qué hubiera sucedido entonces me iba a acompañar hasta el fin.

—Eso —se entusiasmó Gari—. Los compañeros se merecen que hagamos algo por ellos. Y esto es político, además. Vamos a dejar pegados a los milicos con la denuncia.

—Están de joda, ustedes —dijo Chifa con sorna—. ¿Quién carajo nos registra estos días? Vamos a limpiarles el culo a los cóndores, nada más. Avívense.

—¿Y entonces vos por qué vas?

—Porque me gusta la joda, porque tengo mis muertos, y porque me aburro, una mezcla de todo lo que dijeron ustedes.

—No me parece mucho motivo —le dije por decir.

—Eso es porque ustedes los intelectuales les dan quinientas vueltas a las cosas, y se enroscan tanto que se les gasta la vida, se les cae el pelo y les crece la panza pensando. ¿Qué te acordás vos del 73, Gari, a ver?

—Me acuerdo la vez que les fuimos a pasar discos a los pibes de Virreyes, y mojaban los churros en el dulce de leche. ¡Un asco, era!

—¿Vos, Ismael?

Tardé en contestarle, pero vi el 25 de mayo de ese Año de Gloria, el tren a Retiro que parecía que se iba a salir de las vías de la cantidad de gente saltando que llevaba a Plaza de Mayo, y sentí en los huesos un día que no terminaba nunca. Sonreí, vencido:

—Está bien, Chifa, tenés razón.

—Y claro, viejito. Dejate de giladas. Si lo más probable es que te maten, lo peor que podés hacer es que eso te pase con la idea de que te estás muriendo al pedo.

—Brindo por eso —dijo Nemo, y dio con los nudillos en la mesa, porque no teníamos ni agua.

—Salud —dijo Chifa—. Miren lo que nos contó el General de la Contraofensiva. ¿Les parece que esos compañeros eran unos boludos? Se pueden haber equivocado en la apreciación política, y bueno. ¡Pero se la jugaron, viejo! Yo respeto eso. Nosotros, al final, nos abrimos cuando se puso espeso, ¿o no?

—Sí —interrumpí—. Pero era por una cuestión política.

—Política las pelotas. Era también porque nos faltaba este motivo que nos trajo el General, nada de documentos internos. Si hubiéramos estado más calentitos, o con alguno para hacer, como Romualdes, a que ahora alguno de nosotros no estaba acá.

—Ese es el marxismo que se puso la camiseta peronista —dijo Chifa imitando a Perón—. Se nos metió en el movimiento, nos borró el humanismo justicialista. Todo está pensado ideológicamente, como partido.

—Dijo el General que ahora somos Partido Montonero…

—¡Va fanculo! Yo soy peronista y montonero, o sea: ¡bien nieto de puta!

—¿Ves Nemo? ¿Está claro, Ismael? ¿Te queda claro ahora? —Chifa estaba inspirado, iba de uno a otro de nosotros, acercándonos la boca al rostro, como si quisiera comernos—. ¡Pequebuses! ¡Somos pequebuses! Al final vamos por nosotros, y por suerte tenemos a los muertos, que son la bandera.

—Está bien —rezongó Nemo—. ¿Y los pendejos?

—¿Qué pendejos?

—Esos, los que enganchó el General. Deben tener apenitas más de veinte años.

—Sí, ya sé para dónde vas —lo cortó Gari—. Y son de la UES, y estaban enojados con los papis, y se comen las eses para hacerse del pueblo, y se comieron cuanto documento de moral de la Orga conocieron, y deben tener la madre moishe y el viejo psicoanalista. Loco, entraron cuando muchos ya se iban. ¿A qué edad empezamos nosotros? ¡Si yo estuve con vos la primera vez que fue de tirar tiros y llegaste tarde a la escuela, ibas de guardapolvo, hijo de puta! ¿Vos sabés hacer otra cosa? Ellos tampoco. Y también tienen sus muertos.

—Está bien, pero a mí me asusta. Son más milicos que el General. Se cuadran y todo. Tienen lo fierrero y nada más.

Pensé: a lo mejor la revolución se hace con esta materia, con las tripas, y después viene otro y la escribe. Si se gana, todos los argumentos son pruebas de lo acertado de la idea y de las convicciones. Si se pierde, acaso ni siquiera se pueda contar por qué combatimos.

Me acuerdo que aquella tarde, en la casa, amé en silencio a mis compañeros. No hubiera podido estar en otro lado que no fuera allí. Valía la pena caer con ellos. Después de la conversación, volvimos a quedarnos callados, alrededor de la mesa, con la mirada baja. Parecía una sesión de espiritismo. Pero no vinieron espíritus. Las almas que habíamos convocado eran las nuestras.

Era diciembre de 1980. Fui a ver a Cuca antes de irme, y me recibió con una frialdad esperable. Hablamos un rato, finalmente me abrazó,

me acarició y me deseó suerte. Sorprende cómo a veces lo que une a dos personas queda reducido a tan poco, apenas una caricia con guantes puestos. Macarena no estaba. Ni siquiera me di cuenta de que no me llevaba una foto de ella. Me iba a la aventura, como decían los libros de la colección Robin Hood, con mis compañeros, el único lugar que reconocía como propio.

Cuarta parte

LA MONTAÑA

1. CUANDO LLEGA EL MOMENTO

Fragmentos de la Resolución núm. 001/78, *Montoneros. Subrayado en el original.*

Objetivo: Implantación y utilización de uniforme e insignias del Ejército Montonero y de las Milicias Montoneras
Fecha: 15 de marzo de 1978

Visto y considerando:

Que la corrección de las estrategias centrales y de las políticas desarrolladas históricamente por nuestro partido, así como su inquebrantable consecuencia en la defensa de los intereses populares manifestada en los años de lucha, ha ido y continúa multiplicando nuestra representatividad y prestigio en el Pueblo Argentino.

Que ello está avalado, además, por haber ocupado siempre las primeras líneas de combate en el terreno político como en el militar, como lo demuestra la sangre derramada de nuestros gloriosos mártires.

Que en la actualidad esta representatividad se ha incrementado a partir de la heroica resistencia de nuestro pueblo, que orientada y encabezada por nuestro partido, nuestro ejército y el Movimiento Peronista Montonero, ha coronado con éxito la maniobra de Defensa Activa que hizo detener la ofensiva del enemigo.

Que, por ello, nuestras fuerzas están ahora en condiciones de comenzar a ejecutar una nueva maniobra consistente en la preparación de la Contraofensiva popular contra la Dictadura […].

Que al logro de estos objetivos también contribuyen en un modo importante algunos elementos formales, siendo el principal de ellos el uso del uniforme que distinga a nuestras fuerzas y exprese formalmente el aspecto militar de esta guerra integral de Liberación que estamos librando.

Que todos los miembros del Partido Montonero son a la vez, mientras permanezca esta situación de guerra, integrantes del Ejército Montonero u oficiales de las Milicias Montoneras.

Que la adopción y utilización de uniformes para el Ejército y las Milicias Montoneras es un derecho ganado legítimamente a través de largos años de lucha heroica y consecuente; es una expresión del

poder acumulado en esa lucha; y es una necesidad para la consolidación y organización de las fuerzas a los efectos de preparar y lanzar luego la Contraofensiva popular.

La Conducción Nacional del Partido Montonero y Comandancia en Jefe del Ejército Montonero,

RESUELVE:

1. Implantar el uso de uniforme para el Ejército Montonero y las Milicias Montoneras cuyas características se especifican en el Anexo I.

2. Determinar las insignias indicativas de armas y grado especificadas en el Anexo II.

3. Establecer las condiciones de su utilización compatibilizándolo con el carácter clandestino de nuestras fuerzas conforme a las disposiciones enumeradas en el Anexo III.

2. CAMUFLAJE

—… Y SALVO la estrella de comandante —siguió explicando el General — que va a ser roja, las insignias que usamos son las mismas que las del Ejército argentino: el segundo comandante, dos estrellas doradas; el mayor, una estrella dorada; capitán, tres estrellas plateadas; teniente primero, dos; teniente, una plateada y una dorada, y la plateada es la que va del lado de afuera de la charretera; subteniente, una estrella plateada; sargento, tres tiras en forma de "ve" corta, amarillas sobre fondo azul.

El viento soplaba con bastante fuerza, pero no molestaba, más bien hacía un calor agobiante, y todos nos queríamos ir al tinglado a descansar un poco, después de haber estado de fajina toda la mañana, que orden cerrado, que desplegarse, que cuerpo a tierra, la pendeja que daba la instrucción nos tenía locos. Había estado en el Líbano antes de regresar en el 80, y se la pasaba todo el día diciendo que nos iba a preparar para una guerra en serio. El Gari, desde el vamos, había querido pegarle, pero decía que a una mina no se le pega más que con la chota, mientras resoplaba, entre lagartija y lagartija.

Uno de los compañeros levantó la mano:

—¿Y quién es el comandante? —hasta esos primeros días, por cuestiones de seguridad, habíamos desdibujado la cosa, y no quedaba claro, de afuera, quién era el número uno.

—Con los compañeros de la conducción de la Columna hemos pensado y decidido que ese lugar no está ocupado por la actual dirigencia del llamado Partido Montonero. Pensamos que se han desviado del sentido original de nuestro movimiento cuya vanguardia armada fuimos y somos los auténticos montoneros, de los que nos consideramos expresión genuina. Muerto Perón, entonces, nuestro comandante es el pueblo argentino.

Habíamos quedado naturalmente en el centro, frente al grupo de unos veinte compañeros, y el General aprovechó para hacer una presentación más formal, ya que uno de los grupos había llegado esa mañana. Como eran muy jóvenes, se habían armado como pantalla de cobertura el "minuto" de que eran un grupo en viaje de egresados:

—Yo soy el General, y soy mayor; a mi izquierda, el capitán Chifa, que será el segundo al mando de ustedes; a mi derecha, los tenientes primero Gari y Nemo, y los tenientes Ismael y Angueto. A la

compañera Amanda, teniente primero —ella estaba en el medio del grupo, y no con nosotros, así que la señaló al final—, ya la conocieron hoy a la mañana, en la práctica.

Todos se rieron. Parecía una de esas películas de guerra en las que los paracaidistas aparecen en los momentos previos al embarque, y hacen chistes, se muestran fotos y esas cosas.

Amanda era una chica de un metro ochenta, flaca como la esperanza y medio destartalada pero para todos era Miss Siete Días, porque en el grupo había solo dos pibas más. Y digo pibas porque desde el principio hubo una divisoria de aguas clara: los pendejos y nosotros, que éramos minoría. Ellos, entre veinte y veinticinco años, todos UES y recontra Montos; y nosotros, pisando los treinta, y casi todos peronistas montonerizados. De todos modos, esta división era mejor que entre pendejos y gerontes, eso estaba claro. "El mundo es de los audaces", gritó Gari aquella mañana, alzado apenas vio a una de las pibas haciendo los ejercicios, con unas tetas que parecían la oferta del paraíso rebotándole entre salto y salto, como diciendo imaginame arriba tuyo. De inmediato la bautizó "Pechos de Saba", porque acababa de leer *Las minas del Rey Salomón*.

El uniforme era de color azul y camisa celeste, y dábamos gusto de prolijitos y monocordes. El General había ideado otro minuto genial como cobertura: nos hacíamos pasar por un campamento del Ejército de Salvación, que se estaba preparando para misionar en distintas reservas de la Patagonia. El uniforme era bastante similar, aunque el azul de ellos era más oscuro, y el nuestro parecía el de bomberos voluntarios; no llevábamos las insignias nuestras sino las del Ejército de Salvación y podíamos izar bandera y hacer formación, porque estos evangélicos eran bastante milicos también, si hasta tenían grados y todo.

Angueto había llegado un tiempo antes y alquilado a la intendencia de un pueblo cerca de El Plumerillo el camping municipal. Era un lugar ideal porque permitía realizar largas caminatas, tenía tres galpones y baños y un bosque plantado de álamos que nos preservaba de miradas indiscretas y al mismo tiempo facilitaba la práctica militar. Estábamos un poco aislados, ventaja y desventaja a la vez: sin inserción en la población civil, que tampoco buscábamos, pero con posibilidad de ver y tener tiempo para prepararnos si sucedía algo.

El intendente era un radical que se había puesto al servicio de los milicos, que tenían guarniciones por la zona y era lo único que nos preocupaba un poco. Pero el tipo estaba fascinado con la posibilidad de que treinta bocas se alimentaran de su economía y mostraba curiosidad por "nuestra religión", porque era *un hombre cosmopolita*, así que cada tanto nos visitaba. Nosotros debimos aprendernos los cánticos, la ideología, la moral, todo lo que hacía a un cristiano

protestante.

El intendente apareció por el campamento por primera vez una tarde, cuando estábamos en formación. Nos encontró haciendo la "V" frente a la bandera argentina después de un homenaje a Lambers, el de la UES. Pero el acto estaba repasado al dedillo y el General le explicó enseguida:

—Los dedos en "V" son la promesa de nuestra victoria en la lucha por la salvación de las almas basada en nuestros dos símbolos, "sangre y fuego", los mismos de nuestra bandera de guerra, ¿lo ve? —y señaló hacia el mástil que estaba al lado de la azul y blanca—. El rojo es la sangre de Cristo, señor Intendente, que murió por nosotros; el amarillo, que representamos con la llama, es el fuego del Espíritu Santo, y el fondo azul es el cielo y la pureza de Dios. Son nuestros símbolos más elevados y la base de nuestra religión.

Mientras tanto, nos habíamos formado y arrancamos a capella:

> Extiende Dios tuuus aaalas
> beeenditas sobre míiiiii
> permite que deescaanse
> trá-anqui-lo fiádoen-ti
> pe-erdona mis pee-ca-doooos
> y guár-da-meeee del Mal
> dirige Tú miis pa-a-sos
> hacia el reii-no
> ce-les-tiaaaaal.

Era conmovedor ver a la bestia del Gari poner los ojos en blanco con las manos agarradas sobre la bragueta, en pose escolar mirando a lo alto, y a Chifa bajar la cabeza en un "amén" que parecía salido de las entrañas. El Intendente también se conmovió, y sólo nos pidió que no hiciéramos mucha bambolla con el cura, que por él estaba bien pero que el sacerdote del pueblo era un poco quisquilloso.

Hay que decir que sobre todo con los pendejos, los más montoneritos, la moralina del Ejército de Salvación se adecuaba a la perfección. Lo del arrepentimiento, por ejemplo, era casi como los documentos de autocrítica que nos obligaban a hacer antes, pero atemorizaba verlos creerse eso de la salvación por el fuego y la sangre que redimía. Creo que el General no se imaginó hasta qué punto la pantalla que había armado se ajustaba a la gente que tenía a cargo. Probablemente esto sucedía no porque los chicos fueran fanáticos, sino porque eran mucho más jóvenes que nosotros, y la muerte de tantos amigos de algún modo les pesaba más: era como si ellos buscaran un destino semejante antes que vengarlos, imitar su suerte más que cobrarla.

Gari y Chifa se agarraban la cabeza. Enloquecido con la tetona, la "Pechos de Saba", Gari la encaró una tarde para ir a tomar juntos unos

vinos a la alameda, previo arreglo con nosotros para “liberarle” el quincho. La piba no solo lo sacó corriendo, sino que se quejó con su responsable:

—Loco, menos mal que perdimos. Mirá si estos pibitos tomaban el poder. Nos iban a pasar por las armas a todos. Entre crítica y autocrítica no les debe quedar tiempo para vivir —reflexionaba el Gari con amargura a la luz de las estrellas, entre vino y vino con los cumpas.

3. EL EJÉRCITO DE SALVACIÓN

La más dura sin dudas era la teniente Amanda. Era un cuadrazo temible, cuerpo y alma con la Organización. Angueto no le sacaba la vista de encima y decía que era de la Checa, ese mítico grupo de compañeros que, se contaba unos años atrás, era el encargado de ajusticiar a los traidores y desviados. Y que seguramente la había enviado el Pepe Firmenich para ejecutarnos a los disidentes:

—No se olviden —decía muy serio— que tenemos condena a muerte de la Orga desde el 76.

Nosotros le contestábamos que ya estábamos muertos, pero no lo dejábamos conforme. Él había tenido un compañero condenado por un tribunal revolucionario y se había abierto cuando le ordenaron que lo fuera a detener para ejecutarlo.

Más de una vez le preguntamos al General por qué nos habíamos enganchado con gente como ella y los otros pibes, y había sido lapidario:

—Los que son como nosotros están muertos, presos, estudiando Psicología o vendiendo biyuta en Barcelona. A estos pendejos los necesitamos, así cuadrados y todo, para hacer el cruce. Y la verdad es que pienso que si hubiéramos tenido tiempo y los cuadros como la Amanda hubieran crecido y llegado a la conducción, no nos habrían ganado tan fácil.

—Lo que quiera, General —le retrucaba el Chifa—. Pero una buena poronga no le vendría nada mal. Esa chica está nerviosa, y nos va a dejar piel y huesos. Tengo una sobrina a la que he cagado a palos por mucho menos de lo que esta pendeja nos grita.

—Disciplina, compañeros, es la responsable del entrenamiento, y sabe su trabajo.

Y claro que lo sabía. Salto de rana carrera mar y toma y cambio de posición y cubrir al compañero, arriba abajo y le pesa el culo compañero ahora por pelotones hasta el arroyito carrera libre un dos tres un dos tres. Y ese sol rajante que nos partía la cabeza y que parecía tener un acuerdo con las rocas para transformar el campamento en un horno.

Las caminatas eran los momentos más duros. Salíamos bien temprano por la mañana, cuando el sol asomaba y todavía estaba bastante fresco, disfrazados con los uniformes azules y una mochila

cargada de piedras rumbo a las sierras que estaban más allá del horizonte. Llevábamos las insignias del Ejército de Salvación, por supuesto, la corona con la S y las espadas cruzadas, y al frente la bandera flameando, con el sol al centro y el "sangre y fuego" bien grande sobre el amarillo:

Caminando voy
a Canaán.
Caminando voy
a Canaán.
Caminando voy
a Canaán.
Gloria a Dios
caminando voy a Canaán.

Arrancaba el General, que parecía que se había aprendido todo el cancionero, y se sumaban Amanda y el resto:

Ven tú también
a Canaán.
Ven tú también
a Canaán.
Ven tú también
a Canaán.
Gloria a Dios,
caminando voy a Canaán.

A esa altura, la boina era una bolsa de calor y chivo en la cabeza, y los pies rebotaban contra el ripio del camino, y la transpiración se pegoteaba con el polvo que levantábamos marcando el paso, y largábamos la tercera estrofa:

Si tú no vas
no me lo impidas a mí.
Si tú no vas
no me lo impidas a mí.
Si tú no vas
no me lo impidas a mí.
Gloria a Dios,
caminando voy a Canaán.

Al final, aplaudíamos todos. Hacia el mediodía llegábamos a la orilla de un río, dejábamos el equipo a la sombra de una arboleda y disponíamos de un tiempo de descanso, más o menos media hora, y comíamos algo. Entonces el General nos refrescaba el minuto:

—Somos una organización misionera, una avanzada para la evangelización. William Booth se conmovió por la pobreza que veía en Inglaterra y fundó un grupo que llamó Misión Cristiana, y que en 1870 bautizó como Ejército de Salvación para llevar al mundo de los pobres…

—¡La sangre de Cristo y el fuego del Espíritu Santo! —completábamos todos a coro.

—Perfecto. Nos preocupan los cirujas y borrachos, predicamos en las calles y estamos por la moderación en las costumbres como una forma de santificación: nada de fumar, alcohol o drogas. No creemos necesaria una organización similar a la Iglesia. El Ejército de Salvación…

—… se organiza en cuerpos de ejércitos y territorios. La salvación del hombre es universal, porque aún a aquellos que no quieren escuchar la palabra de Dios les llega; libre, porque podemos aceptar o rechazar la invitación de entregar nuestro corazón; y segura, porque cuando recibimos la gracia ya no podemos dudar de nuestra salvación —rematábamos en un alarido de conversos.

Cuando terminábamos de comer y de repasar el minuto, el General narraba algún episodio de la historia del cruce de los Andes para todos, pero eso parecía interesarnos bastante menos. Se arrodillaba en el medio de un círculo que formábamos y con un palito dibujaba las montañas, colocaba piedritas marcando los pasos y las columnas, y se empeñaba con pasión en una clase de historia militar:

—No hay comparación posible entre Napoleón y San Martín. El frente de operaciones del primero cuando cruzó los Alpes era cuatro veces más chico que el del Libertador: 160 kilómetros contra 800. Y el paso del San Bernardo está a 2.500 metros de altura, contra los 5.000 del Espinacito. San Martín cruzó cinco cordilleras, con un ancho de 350 kilómetros.

Cuando bajaba un poco el sol, era Amanda la que retomaba el mando. De nuevo ejercicios al ritmo del Señor. Nos poníamos de pie, brazos al frente, y arrancábamos:

> ¡Adentro, afuera, arriba, abajo
> siempre soy feliz!

Y tras hacer los movimientos correspondientes, aplaudíamos saltando en el lugar como si el Espíritu Santo hubiera entrado entre nosotros. Y terminábamos repitiendo los movimientos al ritmo de:

> Jesús vino por mí, entró en mi corazón.
> ¡Adentro, afuera, arriba, abajo
> siempre soy feliz!

El ejercicio nos hacía echar los bofes y maldecir a Elorrio, al cura Mugica y toda la yunta, pero bueno, era una excelente forma de mantener la cobertura junto con la práctica física. Como a la hora, el General borraba las montañas con el mismo palo con el que había dado la clase, dispersaba las piedritas y daba la orden de marcha:

—Comando Condarco: ¡march!

Así fue por semanas. Un día, durante una de esas caminatas, Nemo comenzó a cambiarles las palabras a algunas de nuestras canciones, adaptándolas a las del Ejército de Salvación:

¡Qué lindo, qué lindo, qué lindo que va a ser,
el Hospital de Niños en la Torre de Babel!

Sí, ahí estaba. Las canciones ya no nos molestaban y podíamos prolongar nuestros himnos de guerra hasta el infinito.

Lanusse se fue a pescar
a Santiago del Estero
Lanusse se fue a pescar
a Santiago del Estero
y los bagres que sacabaaaaa
¡eran todos misioneros eaéaeaé!

Y los muchachos saltaban rompiendo la regularidad de la marcha, hasta que Amanda nos volvía al orden. Cuando regresábamos a los galpones, con el sol poniéndose, el corazón perdía el miedo y la prudencia:

¡Si Evita viviera
sería misionera!
¡Si Evita viviera
sería mision-tera!

—¡Vamos, carajo! ¡Con todo!

—¡Canten, putos!

¡Si Evita viviera
sería montonera!
¡Aquí están, estos son
los soldados del Señor!
¡Aquí están, estos son,
los soldados de Perón!

Y Gari se daba vuelta, y les gritaba el nombre del Pocho en la cara a los pendejos, que a esta altura venían detrás de nosotros y lo único que decían era que el Viejo era un hijo de puta y un traidor.

Lo mismo que nosotros, pero no es lo mismo, como diría Chifa.

Cantábamos con nostalgia, en las duchas, mientras nos sacábamos el polvo y el sudor del camino, listos para la cena donde los “viejos”, como nos llamaba el resto, nos sentábamos aparte y hablábamos de nuestras batallas y mencionábamos nombres que para los pibes eran a lo sumo el de un comando o pelotón y para nosotros rostros de fútbol, de combate, de amor o de silencios compartidos frente al río.

4. HISTORIA MILITAR

PARA mayo de 1981 llevábamos cuatro meses de prácticas constantes. Los compañeros encargados de la transmisión aún no conseguían que los equipos funcionaran bien, y estaban a la espera de unos repuestos que el Angueto, a través de un traficante de Buenos Aires, prometía conseguir. Los radiotransmisores eran imprescindibles para el momento del cruce y la difusión del mensaje desde la Cordillera.

Ya no desentonábamos en la zona, porque parte del guion que actuábamos incluía conversiones, y entonces era muy frecuente que fuéramos a visitar casas o hacer actos en las esquinas cantando loas al ritmo de unas panderetas. A veces, durante una de esas visitas, luego de conversar acerca de la fe y esas cosas, la vecina nos decía:

—Ay, ustedes me recuerdan a estos muchachos tan buenos, que venían hace unos años.

El General tenía un berretín muy grande con la historia militar. Con toda la historia, en realidad, y sabíamos que había tenido peleas muy grandes, cuando era uno de los responsables nacionales de adoctrinamiento antes de juntarnos con las FAR, porque insistía en la necesidad de leer mucha historia para conocer las raíces profundas de la realidad argentina.

Así como Amanda era durísima en el entrenamiento físico, el General era implacable tirando fechas, nombres, acontecimientos. Pensaba que no nos podíamos sentir parte de la historia mientras no nos apropiáramos del pasado. En esos días, nos aprendimos de memoria todo lo relacionado con el paso de los Andes, o las campañas de San Martín: que cuántos pasos, que cuántos hombres, que el plan estratégico, que el engaño, que la aproximación indirecta. Como si además de fortalecer nuestros músculos, de tanto insistir con esos datos, los pormenores del cruce se fueran a incorporar a nuestra sangre previo paso por la memoria.

Una noche se nos apareció con unas hojas escritas a máquina llenas de anotaciones. Hacía un frío de locos y la reunión se realizó en el quincho, donde había una parrilla en la que crepitaban unos leños. No había más luz que la del fuego y un foquito a espaldas del General, que dejaba ver la atención de los compañeros en sus rostros desdibujados por las llamas, y yo pensé que de algún modo la escena acentuaba lo que nos unía a él. Lo seguíamos por respeto a su

voluntad, porque él encarnaba una idea, y no por su persona. El General actuaba nuestros deseos y pensamientos sin ponerles nombre, y por eso estábamos dispuestos a ir con él a donde fuera. Muy serio, dio inicio a un largo discurso:

—Faltan pocos meses para que iniciemos el cruce y quería proponerles, esta noche, que reflexionemos un poco acerca de por qué y cómo peleamos. En el capítulo XXXIII de *Los siete pilares de la sabiduría*, Lawrence de Arabia cuenta que estaba enfermo, y que los días que estuvo postrado le permitieron racionalizar la táctica que seguiría para conducir la revuelta árabe. Se ubicó en medio del desierto, que era donde combatía, y claramente vio la importancia de eludir el enfrentamiento, de concentrar la mayor cantidad de recursos en el lugar más inesperado y más débil del enemigo, que es lo que estamos haciendo. Ese principio, compañeros, es la base de la lucha de guerrillas, y si hoy estamos aquí es porque en algún momento olvidamos esa base. Lawrence también señala, en este texto, que la victoria se inclina por el que tiene la visión más clara de las cosas, tanto en sus fines últimos como en su realización concreta —el General hizo una pausa, como para recoger preguntas, pero en realidad no las esperaba, así que retomó con vivacidad—. En aquellos días de enfermedad, se convenció de que jamás podría combatir ejército contra ejército contra los turcos, y que el fin último, que era la libertad de los árabes, debía lograrse librando otro tipo de guerra. Yo quiero, compañeros, que estos meses aquí, y los que falten, funcionen para nosotros como la convalecencia de Lawrence: debemos mentalizarnos del verdadero objetivo y de su forma de lograrlo. Y como este guerrero, yo quiero que nos compenetremos con esta idea: debemos transformarnos nuevamente en una influencia, en una idea, como dijo él, algo "intangible, invulnerable, sin frente ni retaguardia, expandiéndonos como un gas". Porque la batalla que libramos, compañeros, no se resuelve por un conteo de muertos, por una batalla perdida, por un repliegue táctico o una declaración de victoria por parte de los milicos. Esta batalla es ideológica, y podríamos tener todas las fuerzas del mundo e igual perderíamos (y por eso a la larga los vendepatrias van a perder) si no tuviéramos claro por qué combatimos.

El General estaba en su salsa, arengándonos como en los años de gloria, seguro del objetivo de sus palabras y de sus acciones:

—Esto no es idealismo, compañeros. Una vez definido por qué combatimos, hace falta una metodología adecuada para lograr su concreción. Por eso la masacre no invalida el sacrificio de los compañeros, pero sí concurre a probar lo desacertado de su táctica. Déjenme que les lea un fragmento.

Nueva pausa dramática. Se puso en pie, con ceremonia, inclinando

las hojas para que la luz del foquito les diera más de lleno, aunque claramente se veía que se sabía el párrafo de memoria:

—"Consideraba las disposiciones de ánimo de nuestros hombres, su complejidad y su mutabilidad, y se proponía cultivar todas aquellas que prometían ser aprovechables para nuestros propósitos. Teníamos que disponer sus espíritus en orden de batalla tan cuidadosa y formalmente como otros oficiales pondrían en tal orden sus cuerpos. Y no solo los espíritus de nuestros hombres, aun cuando ellos estuvieran, naturalmente, en primer término; debíamos también disponer convenientemente los espíritus del enemigo en la medida en que pudiéramos influir sobre ellos. Y, luego, sobre los espíritus de la nación que nos apoyaba detrás de la línea de fuego." El párrafo es más largo, compañeros, pero aquí está lo principal que quiero transmitirles.

El General hablaba mirando hacia un punto fijo de la oscuridad exterior —vaya a saber por dónde andaban sus pensamientos ahora—, pero los ojos le brillaban de entusiasmo:

—El cruce que haremos significa justamente eso: es quitarle al enemigo un símbolo, es mostrarle su debilidad en el lugar más sacrosanto para su identidad, es decir el Ejército de San Martín, que es el argentino, somos nosotros. Este es un país que sigue emblemas: banderas, personas, territorios. Es un país que ama encolumnarse en el reclamo de ausencias: nos quitaron las Malvinas, Perón estuvo en el exilio. Nuestro movimiento es una muestra de eso. Aunque nuestro fin último sea una revolución social, mal haríamos en ignorar esas circunstancias. El cruce será una batalla por esos símbolos, un primer paso en la reinstalación de la idea, que somos nosotros, en el pueblo que nos volvió la espalda en gran medida por nuestros propios errores, pero sobre todo por los aciertos del adversario en la forma de combatirnos.

Hubo un silencio, después del impacto de esas palabras. Pero en tren de convencer, el General era implacable:

—Una cosa más antes de irnos a dormir, compañeros —dijo teatralmente cuando ya rompíamos la formación—. Aunque la imaginemos representada en un tipo particular de sociedad, nunca se olviden de que en última instancia estamos luchando por la libertad.

Los ojos se concentraron en él; intrigados, algunos; con sueño, otros; respetuosos, todos.

—Bueno, la libertad es un placer que solamente puede experimentar un hombre vivo. No vamos a hacer mártires en esta operación, no los necesitamos, ya tenemos demasiados compañeros muertos. No olviden eso, por favor. Buenas noches.

5. UL-URENZ

LUEGO de la arenga, revisamos las guardias y caminamos rumbo al galpón donde dormíamos con el General, Chifa y Gari, quienes, como era de esperar, fueron los primeros en acostarse.

—Si no tiene sueño, ¿le parece que caminemos un rato? —me dijo el General.

Acepté, a pesar de que hacía un frío insoportable.

Caminamos por el centro de la alameda, cuyas hileras perfectas encerraban una luna redonda y brillante que parecía que nos iba a devorar. Las montañas se recortaban contra un fondo tupido de estrellas. Lo único que se escuchaba era el rumor del agua en una acequia, y nuestros zapatos azotando el ripio.

—¿Qué le pareció lo que dije? —me preguntó al cabo de un rato.

—Creo que siempre es bueno que los compañeros estén compenetrados de la lógica de las acciones que emprenden, sobre todo si les va la vida en eso.

—Exacto —asintió complacido el General—, sobre todo porque no estamos en el 73, Ismael, y la victoria es un horizonte que ni siquiera se ve —suspiró, hizo una pausa, y agregó con suavidad—: Y sin embargo, aquí estamos.

—¿De verdad piensa que vamos a llegar? —hice la pregunta mecánicamente; mi cabeza estaba en otro lado, en una nada de la que había emergido para escuchar las palabras del hombre que caminaba a mi lado.

—Los árabes quisieron mucho a Lawrence, lo hicieron parte de sí mismos, Ismael. Lo llamaban "Ul-Urenz", lo más parecido al apellido del gringo. Y él los supo captar, y más aún, interpretarlos hasta el punto de instalarles una idea. Lawrence decía que los árabes son un pueblo impulsivo, y que las cosas abstractas, para ellos, eran el verdadero motivo que los movilizaba. Que eran como el agua, que desde el principio de los tiempos venían desgastando las rocas y que aunque se habían estrellado mil veces contra la piedra, algún día prevalecerían. Y que él, Lawrence, había levantado una de esas olas. Era un hombre muy escéptico, y sin embargo, optimista: decía que el reflujo de esa ola (no olvide cómo había sido derrotado políticamente tras el armisticio) se iba a sumar a la ola mayor el día que el mar volviera a agitarse.

—No entiendo del todo.

—¿No lo ve? Nosotros fuimos esa ola, Ismael, nosotros agitamos el mar de nuestro pueblo y atacamos los acantilados con toda la fuerza que nos salía de nuestras entrañas, pero sobre todo desde nuestra idea. Los milicos fueron muy hábiles: separaron la espuma de la masa de agua al obligarnos a cuidarnos, a tabicarnos, a perder el día en precauciones para sobrevivir. Reemplazaron la idea que nos alimentaba por la mera supervivencia, y nos vencieron. La alegría del 73, los millones de personas en Ezeiza, el aplauso cuando ejecutábamos a algún patrón, a algún cana muy odiado, eran la materialización de la idea, la que permanece, durmiendo o lamiéndose las heridas, en la memoria de nuestro pueblo.

—Al hacer el cruce, entonces…

—Estaríamos uniéndonos a ese reflujo, para el golpe más grande, quién sabe cuándo, pero estaríamos ayudando a la idea a crecer nuevamente, a salir de su tumba. Los compañeros no murieron solo para ser una bandera, Ismael. Si entramos en eso, la muerte va a ser un fin en sí mismo, no un medio para la revolución. Lawrence decía que estaba orgulloso de sus treinta combates en los que no había derramado la sangre de ninguno de sus hombres. En algún momento, la gente dejó de entendernos. La gente quiere trabajar, volver a su casa, estar un rato con sus hijos, y si es posible, que a los vecinos les suceda lo mismo. No se monta la felicidad únicamente sobre el sacrificio. Si es así, a la larga ataca la moral de combate, que es lo que nos pasó.

Nos detuvimos frente al puentecito que cruzaba un canal, un poco más ancho y caudaloso. La superficie de la corriente brillaba a la luz de la luna. Apoyados sobre la baranda, el General continuó con su monólogo:

—Yo me identifico con Lawrence en muchas cosas, Ismael. Una vez, observando un pez desde un puente, como ahora, dijo que los envidiaba, porque suspendidos en el líquido no padecían ni la presencia humana, ni dolor, ni sufrimiento, y el refugio del agua no solo les evitaba toda actividad nerviosa sino que los colocaba en una perfecta suspensión.

—Un perfecto monje, me parece —comenté, pero era algo que dije por decir, porque en realidad me preguntaba si el General había disfrutado de algo alguna vez en su vida. Todos sus días parecían ser una inevitable y triste prolongación de la búsqueda de algo que la justificara.

—Puede ser —sonrió ligeramente—. Pero lo que me gusta es que esa distancia que buscaba es la que le permitía poner lo mejor de su capacidad al servicio de sus hombres —se enderezó, y agregó con energía—, que es lo que yo quiero hacer. Él se definía como un

soñador diurno.

—¿Y qué es eso?

—Decía que hay dos tipos de soñadores. Los que duermen y por la noche, en sueños, visitan los rincones oscuros de sus almas, para despertar y descubrir desilusionados que todo lo que habían imaginado no era más que una ilusión.

—Parece muy normal.

—Pero los soñadores diurnos, Ismael, son los verdaderamente peligrosos. Ellos sueñan cuando están despiertos, y entonces pueden actuar sus sueños y hacerlos realidad.

El General, de pie en el medio del puente, había abierto los brazos y abarcaba alternativamente los árboles, las montañas, el cielo:

—Eso hice yo, decía Lawrence. Planté en los hombres una idea, les di un motivo, hice una revolución. No es poco como ambición humana, ¿no le parece? Tal vez valga la pena ser monje para lograrlo.

Apoyó la mano sobre mi hombro como un padre. Me miró de una forma extraña, venciéndome desde sus ojos, y me dijo sin sorna:

—En definitiva, hoy estamos aquí. Yo también estoy contribuyendo a darnos una idea, a salir del cerco del miedo y la derrota, aunque no veamos el resultado.

Volvimos lentamente y en silencio. Tal vez esa devoción por la idea fuera una forma de felicidad, pensaba.

—¿Recuerda nuestra conversación, el día del concierto? —preguntó de pronto.

—Sí, claro. El día de la ductia.

—Me pregunto desde entonces, Ismael, por qué está aquí.

—Bueno, lo dijo mejor que yo. Por los compañeros, porque esto somos, o mejor dicho, porque esto es lo que no podemos dejar de ser.

—Sí, Ismael, es cierto, pero en última instancia ni siquiera eso es lo más relevante. Somos polvo en el viento si nadie nos recuerda. Si muriéramos todos, ¿quién contaría nuestra historia? Necesitamos un mito, una bandera. ¿Cuántos cayeron ya? ¿Cómo va a ser la crónica de esta guerra? No lo sabemos, pero debemos apostar a ser una voz en ese coro, o el solista. Sin embargo, yo me refiero a su porqué más profundo. ¿Lo pensó alguna vez?

—No —dije secamente, lamentando que el galpón aún estuviera lejos.

—¿Qué es la culpa, Ismael?

—¡Carajo! ¿Para qué me melonea así? ¿Qué quiere demostrar?

El General me miró con una dulzura solidaria, como miraría a un novato alguien que ya pasó por una terrible experiencia, y anticipa en ese cuerpo nuevo los padecimientos que ahora son para él un recuerdo. Me hizo sentir incómodo.

—Porque usted es de algún modo como Lawrence, pero está

tironeado por otras cosas, Ismael. Porque el cuerpo no da para dos vidas, y a veces ni siquiera para una. Porque dejó una mujer y una hija por el recuerdo de los compañeros muertos, pero una noche eso le parece suficiente, y otras no. En algún momento, eso explota. Y si está solo, no es un problema, pero muchos compañeros dependemos de usted.

El General volvía a demostrarme su pasta de líder. Sabía decir las cosas de un modo que su verdad aliviara el dolor que producían.

—Estamos tan gastados que la esperanza se encuentra en los demás más que en uno. He elegido entre dos lealtades, General, entre mi deber con los compañeros, y mi deber conmigo mismo —dije convencido.

—Ismael, Ismael, ¿no lo ves? —creo que era la primera vez que me tuteaba, y fue la única—. Es que es lo mismo.

Casi frente a la puerta, al pie del mástil, me dijo de pronto con una solemnidad ridícula:

—Sé que amó a Selva, Ismael.

¡Hijo de puta!, pensé. Así que toda la sanata era para eso.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—El día que ella cayó, que le di la noticia en la cita, ni siquiera puteó como lo hizo por otros compañeros. Ya tenía indicios, y luego lo supe, y cuando nos volvimos a ver y le dije que había sido Romualdes, ni siquiera se sorprendió. Y porque aun cuando hablara de ella del modo más neutro, se le escapaba pasión por los ojos, Ismael.

—General, yo…

—No lo viva como una traición, porque para mí no lo es. Jugábamos con unas reglas que habilitaban estas cosas. En plena derrota, yo le envidiaba haber hallado esa fuente de energía. Sobrevivir también era eso, Ismael, aferrarse a algo o alguien como si fuera la única posibilidad de seguir pisando la Tierra. Si se fija, ambos nos entregamos a una pasión, aunque de modos distintos. ¿Quién es el más afortunado? Realmente no lo sé. Porque usted pudo *encamarse* con ella —casi frunció la nariz al usar una palabra que definitivamente no era de su vocabulario, pero eso hablaba de una concepción acerca de las cosas—, pero debió traicionar varias lealtades: a mí, a su mujer, a la Organización, en el orden que quiera. Yo jamás la toqué siquiera, y mi sentimiento por ella quedó en un estado tan puro como las teorizaciones de Lawrence de Arabia, pero tampoco tengo la carga que me parece que usted lleva.

—En definitiva —dije con amargura— la que no está es ella.

—Exactamente, Ismael. Frente a esa certeza, mal podría yo reprocharle algo, inclusive mal podría usted reprocharse algo. De algún modo, ahora somos tan fantasmas como ella.

Me dio la mano, como después de un combate, y me pareció una

vez más que era de los tipos más extraordinarios que había conocido, con esa capacidad para razonar sus sentimientos, transmitiendo la sensación, además, de que eso parecía bastarle.

—Ni siquiera le envidio la intimidad que tuvo con ella —me dijo con mi mano aún apretando la suya—, solamente la posibilidad de ese recuerdo.

6. OXIDADOS

La convivencia con los compañeros empezó a complicarse. La clave era la historia personal: la mayoría de los cuadros eran más jóvenes que nosotros, eran los típicos pibes del engorde del 73. Los compañeros, en esa época, estaban muy ideologizados y pensaban todo en términos de una organización revolucionaria. Eso no está mal, pero después del 73, la Orga había sido cada vez más fierrera y militarista, y en las acciones de estos chicos aparecía la misma marca. En algunos casos, venían participando desde muy jovencitos y siempre en estructuras militares, la principal razón por la que no nos tenían respeto y pensaran que Montoneros había salido de la nada, sin ninguna lucha del pueblo peronista detrás, ni resistencia.

La mayoría había empezado en la UES, en el 74 o 75, y de ahí habían saltado a milicianos. Habían llegado al peronismo a través de los montos, y entonces su objetivo era montonerizar a los peronistas. Lo único que sabían de Perón es que los había traicionado y del peronismo tenían la imagen de las patotas de la derecha que los habían perseguido cuando todavía padecían acné. Y las muertes les pesaban, de un modo u otro, más que a nosotros, porque justamente esa visión tan orgánica que tenían no les permitía ver más allá de la estructura del partido.

—Hablan del pueblo —decía Chifa— pero consideran que todos eran unos boludos llevados de la nariz por Perón y la Isabel.

Sí, los muertos les pesaban más que a nosotros, a lo mejor porque su contacto con ellos coincidió con la adolescencia mucho más que con la juventud. Dos o tres años son mucho tiempo en medio de la lucha. Ellos se habían fogueado en la época en que para hacer una pintada había que tomar tantas precauciones como para asaltar un cuartel: que retén, que campana, y así y todo caían.

Nos decían los “oxidados”, pero a la vez se quejaban de que ellos también se estaban oxidando con tanto subir y bajar cuestas y caminatas con una mochila cargada de piedras a la espalda. Que ellos eran soldados montoneros y no changarines o mulas.

Amanda resumió el planteo en una de las reuniones de conducción:

—Los compañeros necesitan recibir instrucción militar más compleja que la básica de autodefensa —tiró con firmeza.

—Nuestra operación no la requiere, compañera —dijo el General—.

Y sí en cambio todo el esfuerzo puesto en el estado físico y la resistencia.

—Los compañeros murmuran, General. Quieren ser por completo soldados.

—No disponemos de las armas, compañera, por más que quisiéramos hacerlo. Sabe perfectamente bien en qué consiste nuestro parque, y cómo la reducción de armamento al mínimo indispensable fue decidida como parte de las medidas de seguridad.

—Aun con las que tenemos podemos comenzar. Pero vamos a tener un motín o una ruptura si no hacemos algo.

—La compañera dice que les demos un chiche a los nenes, General —intervino Chifa mirándola de reojo. Él era quien más molesto estaba con todo esto, porque había sido instructor, y sentía que Amanda le quitaba el lugar que le correspondía.

—Digo que por actitudes como las del compañero, evidentemente individualistas y poco serias, la debilidad ideológica de cualquier organización aumenta. Y usted mismo, General, nos habló hace poco…

—¡Pendeja de mierda, yo me agarraba a tiros cuando vos estabas rindiendo Biología de 3º!

Chifa le gritaba en la cara, y Amanda ni se inmutó. Lo apartó con firmeza sin que pareciera un gesto violento:

—Nunca me llevé Biología, y en 3º hice mi primera práctica militar.

—Sí, con el manual Roqué.

—Compañero Chifa, el manual Roqué es posterior —respondió imperturbable.

La verdad es que a Amanda daba gusto verla moverse. No le tenía miedo al Chifa. Se apartó del hombrazo, y miró al General con sus ojos almendrados. Nunca había reparado en que así enojada podía ser bonita.

—Soy tan oficial como ustedes y lo que estoy haciendo es una propuesta de funcionamiento, que tenemos que discutir y ver si es viable o no. Una propuesta hecha en base al contacto directo con nuestra tropa y a lo que considero mejor para la empresa que nos proponemos.

Amanda se salió con la suya. Iba a haber instrucción militar además de los ejercicios físicos. Eso obligaba a algunos ajustes, porque deberíamos conseguir “algo más” que los chumbos y granadas que teníamos. Así que el General despachó a dos compañeros a Buenos Aires, para contactar a un traficante moishe con el que Montoneros tenía negocios desde siempre, que compraba y vendía de todo y para todos. Decían que incluso las armas para lo de Rucci las había provisto él.

Pero con esto las cosas empeoraron. Chifa y Gari, sobre todo,

estaban enojadísimos y lo demostraban cada vez que podían.

El 25 de mayo hicimos un asado con el pretexto de celebrar el de 1810, pero en realidad pensábamos en el de 1973. Fue un desastre, porque con la bronca que había nos emborrachamos y comenzamos a recordar —como no podíamos dejar de hacerlo— a todos los muertos, sobre todo Luis y sus asados.

—¿Y te acordás el quilombo que armamos en Devoto? Cuando veíamos salir a los compañeros, no lo podíamos creer. Cómo gritaba el Pochoclo, ¿te acordás o no, boludo?

—Uuuuh, el Pochoclo —asentía el de al lado con los ojos vidriosos —. El Pochoclo… —y de golpe se ponía serio ante la lucidez traída por el recuerdo—: El Pochoclo se dio vuelta como una media, el hijo de remil putas.

—Qué decís, cómo el Pochoclo…

—El Pochoclo, sí, que salía a lanchear como un hijo de puta.

—¡No puede ser!

—¿Pero qué te pasa que lo defendés tanto? Si todos lo vieron.

Más alejados, los pibes habían puesto música, algún disco de Sui Generis, seguramente. Fue demasiado para Nemo.

—Esa es música de putos y faloperos y encima a la mina que andaba con el Pochoclo le gustaba. ¿O no es así?

—¡Eso! ¡Eso!

—¡Sssssshhhh! ¡A ver si apagan, que acá estamos conversando de política, carajo! —ordenó una voz vinosa.

Los pibes nos ignoraron y nos miraron como a marcianos. Debíamos de darles lástima, borrachos y babeando nombres de muertos y de pasadas glorias, pero la verdad es que nosotros nos estábamos divirtiendo.

—¡A ver mocoso, apague eso, carajo!

—Es una orden.

—¡Essshho, una orrrrden!

Yo formé parte de un ejército de locos tenía veinte años y el pelo muy corto…

Y había que ver a los pibes cantando y vestidos con el uniforme azul y rojo, porque ni ese día se lo habían sacado.

—Estos son unos hippies de mierda. A ver, apaguen eso, ¡un poco de folclore, carajo!

—Vos, la tetona, apagá, bebé —dijo Gari, que estaba con la sangre en el ojo desde su rebote y además porque Pechos de Saba andaba con uno de los pibes.

Amanda, que tascaba el freno, se le vino al humo después de eso:

—¡Pídale disculpas a la compañera!

—¡Ni en pedo!

—Ya estás en pedo, boludo —dijo Angueto cagándose de risa.

—Ah, es cierto. Bueno, ni loco. La única verdad es la realidad, y la compañera tiene unas tetas marca cañón.

Amanda se puso firme:

—Pídale disculpas o lo denuncio al comandante.

—Denuncia las pelotas, compañera —dijo Gari, y sacó un fierro que tenía en la cintura.

Amanda retrocedió, y de golpe todos recuperamos la sobriedad.

—Bajá eso, boludo. Dejate de joder, ya está.

—Vamos a dormir, Gari.

—Pará pará pará —dijo Gari en tono didáctico, levantando un dedo mientras con la mano que sostenía el fierro acompañaba sus palabras —. La compañera quiere instrucción militar, y yo se la voy a dar.

Y sin decir agua va, le metió tres tiros al grabador, que estaba como a treinta metros en el medio de los pibes, que hicieron un tardío cuerpo a tierra.

—Tomá, pelotuda, ahora pedí que me sancionen —y le entregó la pistola a Amanda agarrándola por el cañón. Miró a los pibes y les dijo con desprecio—: Ustedes no son peronistas ni son un carajo. Yo soy peronista —y se palmeó el pecho. Después se fue debajo de un árbol, eructó y se durmió.

Ese día, el General había ido hasta el pueblo. Cuando regresó, sancionó a Gari. Amanda estaba enojadísima, y no había excusa posible que valiera. Nosotros tuvimos que autocriticarnos por la borrachera, pero a él lo despromovió a miliciano y le hizo cumplir arresto en uno de los galpones. Gari se empacó y dijo que no le importaba porque iba a poder dormir a lo loco. Amanda no lo dejó tranquilo, y lo obligó a alternar ejercicios y encierro.

7. BAJO LOS ÁLAMOS

En el campamento reinaba un clima bastante denso después de lo sucedido. Nos preocupaba, además, el ruido que podían hacer las prácticas de tiro, pero la verdad es que Amanda hacía las cosas bien, y espaciaba tanto los momentos de fuego real que a la larga el ruido seco de las armas se perdía como un dato más del paisaje.

Se habían dividido las aguas entre los más jóvenes y nosotros, que apenas nos dirigían la palabra cuando recibían las órdenes o debían informar, así que muchas veces nos sobraba tiempo, y entonces nos íbamos hasta un bosquecito de álamos pelados para que el General continuara dándonos cátedra de historia militar, más que nada cosas relativas al cruce de los Andes. Proseguíamos con el entrenamiento, todas las mañanas y hasta la media tarde, pero después el grupo más numeroso se iba a disparar. En cuanto a la parte física, habíamos desarrollado una gran resistencia, y las marchas se sostenían sin demasiado esfuerzo. El enfrentamiento, sin embargo, ya llegaba a los cantitos, y los pibes insistían todo el día con la misma cantinela:

> Vamos a hacer la patria peronista
> vamos a hacerla montonera y socialista.

Ese había sido y era nuestro objetivo, en el que se nos iba la vida, pero el mensaje implícito de los pibes era otro y nosotros terminábamos siendo el odiado enemigo con el que nos habíamos agarrado a palazos tantas veces.

Como en todo este tipo de internas, se daba un círculo vicioso: más te enemistabas con el otro, más te aferrabas a los tuyos; así que al menos en ese caso salimos ganando. Aunque el cruce parecía ahora tan lejos como las montañas azules, allá a lo lejos, y eso era algo que nadie decía pero que sobrevolaba el ambiente. Hacíamos las prácticas de marcha todos los días, esperando la fecha próxima al 17 de octubre, pero ya no nos repartíamos de acuerdo con las tareas en la marcha, y ni siquiera habíamos continuado la redacción del borrador de lo que leeríamos desde el Espinacito, el paso a 5.000 metros de altura.

Las charlas con el General parecían más bien liberaciones de su mente enamorada de los datos y las fechas: cuántos cañones y mulas

llevaba San Martín, la edad de sus comandantes, el color de los uniformes, en dónde y por qué tocaron el himno durante el cruce, los pedidos de dinero a Pueyrredón. Nuestro grupo se encontraba entonces en una especie de mar de los Sargazos, a la espera del viento que empujara de nuevo el barco rumbo al destino que nos habíamos fijado y por el que habíamos dejado los puertos seguros a nuestras espaldas.

Una de esas tardes nos encontrábamos bastante aburridos escuchando acerca de las ventajas comparativas del armamento de los granaderos a caballo. Solo se escuchaba la voz del General:

—El sable corvo tiene la ventaja de que presenta más superficie de corte en una longitud menor que la de una espada recta. En una carga de caballería, donde la velocidad es decisiva, este factor…

¡Bum!, oímos una explosión a lo lejos, donde los compañeros estaban haciendo las prácticas. Nos miramos sobresaltados:

—La teniente Amanda se pasó de la raya —dijo serio el General—. Habíamos quedado en que nada de explosivos, que eso iba a llamar la atención. Ahora sí que me va a escuchar —y se levantó sacudiéndose la tierra de los fondillos, seguido por nosotros que pensábamos disfrutar mucho de aquello.

Sin embargo, no encontramos lo que esperábamos. Pechos de Saba lloraba, llena de tierra y completamente sucia. Amanda se hallaba a sus pies, con medio cuerpo dentro del arroyito, que la despeinaba y se iba llevando su sangre aguas abajo. Los demás iban y venían como zombis sin saber qué hacer. Otros dos, que iban a ser la Sanidad durante el cruce, llegaban corriendo con unos equipos de primeros auxilios completamente inútiles.

Sacamos a Amanda del agua y vimos que la explosión le había arrancado un brazo y deshecho la mitad de la cara. Estaba muerta.

—¡La puta madre! —gritó el General, que parecía la ira de Dios—. ¡La putísima madre! ¿Qué pasó?

—La compañera nos quiso enseñar a activar una granada, General. Sacar y poner la chaveta. Lo hizo varias veces, pero en una de esas la granada explotó y la tiró ahí.

—Chifa, Ismael, tomen el mando y lleven a la tropa a los galpones. Angueto, Gari, traigan unas palas, una sábana, y conmigo, rápido. Los que quieran despedirse de su compañera, háganlo ahora.

Formaron una fila y la mayoría pasó con rapidez frente al cuerpo, que presentaba un aspecto horrible. Pechos de Saba se agachó y acarició lo que quedaba de pelo en la cabeza destrozada; habían sido amigas.

Con Chifa decidimos que no era bueno dejar a los pibes repartidos en sus camastros, y los reunimos en el quincho. Aunque nadie dijera nada, era mejor que estuvieran todos juntos.

—Nunca había visto un muerto —dijo uno de pronto.

—Yo sí, cuando velamos a mi abuelo, pero no así tan horrible.

—Qué cagada, loco. Qué cagada.

—Qué increíble el poder de una granada, ¿no?

—¿Saben cuántos años tenía?

—No, pero parecía mucho más grande.

—Y bueno, compañeros, es el riesgo. Nos podía pasar a nosotros.

Cada comentario realzaba el silencio y las miradas perdidas de los chicos, que estaban desencajados aunque se esforzaran por aparecer aplomados. Sin ponernos de acuerdo, ni Chifa ni yo abrimos la boca. Nemo miraba el techo acostado a lo largo de un banco, porque su compañera había muerto igual, armando un caño en una casa. Nos fuimos a sentar a su lado, uno a los pies, otro a la cabeza, y le dábamos palmaditas de consuelo.

Empezaba a ponerse el sol cuando aparecieron el General, Gari y Angueto, transpirados y serios.

—Con uniforme completo, en diez minutos, frente al mástil —ordenó secamente nuestro jefe.

Marchamos hasta el lugar del accidente. Unos metros más allá, al pie de unos álamos, habían abierto una fosa. El cuerpo de Amanda se hallaba a un lado, envuelto en una sábana; la pila de tierra removida, con las palas clavadas encima, al otro.

—Comando: ¡Alto!

El General se adelantó, interponiéndose entre la tumba y nosotros:

—Compañeros, hoy hemos perdido a una compañera de gran valor y entrega total a la revolución. No voy a decir mucho, cada uno de ustedes reflexionará sobre estos acontecimientos y sacará su conclusión.

—Compañeros: ¡firmes!

Se escuchó el taconeo mientras nos poníamos rígidos. El General avanzó hacia el abanderado y desprendió con delicadeza la bandera de guerra.

—Teniente Ismael, teniente Angueto, ayúdenme por favor.

Plegó la bandera y avanzamos hacia el cuerpo amortajado de Amanda. Mientras el General la sostenía, Angueto y yo la envolvimos en la bandera argentina, intentando acomodar en el medio el sol de hilos dorados. Una vez hecho esto, la depositamos en el pozo.

El General dijo:

—La compañera no era creyente, así que vamos a respetar eso. Pero si alguno de ustedes quiere rezar por su alma, tomemos este minuto.

Nos sacamos las boinas y bajamos la cabeza; muchos de los compañeros comenzaron a llorar y el minuto se hizo interminable. Después, rápidamente, cubrimos los restos de la compañera con la tierra dura.

Gari comenzó a cantar el himno nacional, y luego se le unieron nuestras voces y las de las compañeras, al principio débilmente, pero luego crecieron en fuerza.

Terminamos de cantar el himno cuando ya había oscurecido. En ese momento particular del crepúsculo, en el que la luz se transforma en penumbra, gritamos:

—¡Compañera Amanda, presente!

—¡Presente!

—Ahora…

—¡Y siempre!

—Ahora…

—¡Y siempre!

—¡Hasta la victoria siempre, compañeros!

Después desconcentramos. Gari y yo regresamos al rato y tapamos la tumba con unas chapas viejas. También hicimos explotar una garrafa para cubrir la explosión anterior y disponer de restos para mostrar, en caso de necesidad. Pero como habíamos avisado, esta vez nadie se sobresaltó.

8. COMUNICADO

El Plumerillo, 29 de mayo de 1981

En el día de la fecha, y en cumplimiento de sus tareas como instructora militar, ha muerto la compañera Raquel Eisenstein, teniente del Ejército Montonero en operaciones. En esta lucha sin cuartel contra la dictadura asesina y cipaya al servicio de la oligarquía vendepatria y el capital internacional las alternativas son la victoria o la muerte. La compañera Raquel reunía las mejores virtudes revolucionarias, consistentes en la entrega total a la Organización materializadas en una plena comprensión política y en su solidez ideológica. Ambas características la llevaron al sacrificio supremo por su pueblo.

Al entregar su vida en esta lucha, alimenta la noble tradición de mujeres argentinas que, al lado de sus hombres durante la Independencia, o poniéndose al frente de ellos, como Juana Azurduy, comenzaron a construir esta Patria que algún día será efectivamente Justa, Libre y Soberana. Esas mujeres argentinas que luego, mujeres del pueblo, fueron compañeras del trabajador y explotadas ellas mismas en las fábricas, y que desde la fundación misma de los Montoneros han empuñado el fusil en la lucha por la liberación nacional. Esas mujeres argentinas que parieron a la compañera Evita. Su nombre, su ejemplo, lo llevaremos como bandera a la victoria.

Compañera Raquel Eisenstein, ¡HASTA LA VICTORIA SIEMPRE!
PERÓN O MUERTE - VIVA LA PATRIA
MONTONEROS

9. DESBANDE Y BANDAS

A LOS DOS DÍAS, nos vino a ver una representación de los pibes para informarnos que se abrían, que ya no encontraban el sentido para continuar con la operación. La muerte de Amanda los había hecho reflexionar mucho y pensaban seguir funcionando pero de algún otro modo que no fuera mediante el gesto del cruce. Sabían que en la Capital se estaba trabajando e intentarían conectarse por ese lado.

El General les dijo que estaba bien, pero les pidió una semana para armar un buen minuto que justificara la desbandada del grueso del grupo del Ejército de Salvación. Ellos acordaron. No dudo de que fueran sinceros en su decisión de continuar militando, pero quedaba en claro que lo que estábamos proyectando no les cuadraba, y menos ahora que Amanda no estaba de fusible entre ellos y nosotros.

Por si fuera poco, por esos mismos días, de regreso del pueblo —adonde había ido a telefonear a los compañeros que estaban comprando las armas—, el General y el Nemo vinieron desencajados:

—Ahora sí que hay que levantar todo. Nosotros le estábamos comprando las armas a un moishe que abastecía también a la Marina, y resulta que parece que los hijos lo asesinaron a él y a la mujer, y los metieron adentro del baúl de un coche. Van a estar todos los servicios movilizados porque están buscando a los pendejos, y esto puede saltar.

—¿Qué hacemos?

—Por lo pronto, quedé con los compañeros en Buenos Aires que se desengancharan y esperaran nuestra llamada dentro de una semana. Las armas ya las tienen, esa guita la perdimos. Somos una punta chiquita, pero mejor cerrarla. Hay que levantar.

El General se metió las manos en los bolsillos y sentenció con tristeza:

—Se acabó la operación, muchachos, ahora sí.

—Y bueno, loco —acotó Gari, pragmático—, yo no tengo dónde carajo ir, así que los sigo adonde vayan.

Por la tarde, para cubrir nuestra salida, fuimos en delegación a ver al intendente, que se mostró desolado.

—Somos más necesarios en la Patagonia, don Ramírez. Así lo vio nuestra superioridad y llegó una orden del general en jefe para armar nuestra misión en la zona de Santa Cruz —explicó el General con aire compungido—. Incluso la teniente Amanda ya ha tenido que salir en

misión especial. Sentimos mucho esto, sobre todo lo abrupto de la partida, pero así es el servicio en esta lucha por las almas.

—No, si eso lo entiendo. Pero es una pena, si ya nos habíamos encariñado con ustedes —pareció pensar por un momento, y al fin dijo—: Bueno, pero una despedida no nos van a negar, me imagino. Nuestro pequeño pueblo aprendió a quererlos y nos gustaría demostrárselos.

Así que a la mañana siguiente llegamos bien temprano al pueblo en nuestros micros, tras revisar el campamento con lupa y cerciorarnos de que no dejábamos nada comprometedor.

Bajamos de los colectivos y formamos en la plaza del pueblo, sobre la avenida que daba a la intendencia. Frente a nosotros estaban formados los alumnos de la escuela, con sus guardapolvos y banderas de ceremonias, los chicos del Comercial, los agentes municipales, y la banda militar del Regimiento. Se nos subieron los huevos a la garganta. Un coronel de bigote imponente se adelantó hacia nosotros:

—Entiendo que usted comanda este destacamento del Ejército de Salvación —encaró al General—. De algún modo, somos colegas, y nosotros también vencimos en nuestra lucha contra el comunismo apátrida, que es una lucha espiritual que se libra a nivel mundial. Así que para mí será un honor que mis hombres desfilen acompañando a los suyos.

Dicho esto, se dio vuelta, y ladró:

—¡Agrupación ceremonial, detrás de su comandante, march!

Y unos cien milicos se formaron detrás de nosotros. El Gari estaba muerto de la risa:

—¡Y encima, con la bandera que traje!

Mientras tanto, el intendente se había subido a un palco. Primero la banda tocó el Himno Nacional, y después aquel se calzó unos lentes y leyó:

—Esta comunidad recibió hace unos meses a un grupo de hijos de la Patria enrolados en una noble misión: la de llevar la palabra de Dios a sus semejantes. Aunque nosotros somos católicos apostólicos y romanos, compartimos los fines últimos de tan alta tarea: la difusión del mensaje de paz y amor de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Aquí, tan cerca del lugar donde el Padre de la Patria —y escupió cada “p”— armó el Ejército Libertador con un puñado de argentinos bien nacidos, hoy debemos despedir a un grupo de compatriotas que van a llevar la palabra de Dios, pero también el ejemplo de nuestra actitud hidalga y criolla a los confines australes de la Patria, allí donde el vecino ingrato amagara hace poco tiempo con morder aviesamente la espalda del cuerpo generoso que lo había emancipado del yugo colonial hispánico. Por eso queremos pedirles, queridos hermanos en la Patria —nos miraba fijamente—, que acepten este pequeño

recuerdo de nuestra parte. Comandante, por favor —e invitó al General a subir al palco.

El General nos miró de reojo, y asentimos con la mirada, relojeando a la vez a nuestras espaldas, pero el coronel estaba más que entusiasmado con la parrafada antichilena y miraba vaya saber qué punto del panteón nacional. El General caminó los pasos que lo separaban del palco, y el intendente le dio un platito con el escudo del pueblo y un abrazo mientras toda la plaza aplaudía a rabiar, sobre todo los chicos de la escuela que estaban ya bastante aburridos.

—Noble pueblo cuyano —agradeció en tono marcial—. Qué decir frente a semejante generosidad y muestra de reconocimiento. Simplemente que es la más profunda verdad que desde nuestra particular convicción religiosa, encarnamos lo mejor de esta bendita tierra, de esta Argentina que todos amamos y que estamos dispuestos a defender, si es necesario, como aquellos que hicieron de la carrera de las armas su norte y hoy han decidido acompañarnos en este adiós. —Y dicho esto, abrazó nuevamente al intendente y descendió del palco para ponerse al frente de nuestra columna.

El Coronel ordenó:

—Teniente primero Lombardi: ¡comenzar!

Y la banda comenzó a tocar la marchita de todos los desfiles, la misma del comunicado aquel con el que había comenzado todo.

—Comando, de frente, ¡march! —ordenó nuestro General. Y a su orden y marcando el paso con una perfección envidiable, desfilamos con los milicos atrás y las banderas al frente: la argentina, la del Ejército de Salvación, y una que trajo el Gari y que nos hizo poner pálidos: era la azul y blanca con la estrella federal de ocho puntas en el centro.

—Pelotudo, bajá eso.

—Ahora, ni loco. Es la de Ezeiza, la nuestra.

El Coronel llegó al trotecito, adelantándose a los que desfilaban:

—¿Qué es eso?

—La bandera de este comando —repuso muy serio el Gari.

—Tiene un emblema de una BDT.

—¿Perdón?

—BDT: Banda de Delincuentes Terroristas. De los subversivos. ¿No se dieron cuenta?

—No teníamos ni la menor idea. Para nosotros representa los ocho mandamientos.

—¿Cómo ocho? Los mandamientos son diez.

—Nosotros somos evangélicos, mi coronel —explicó el Gari con solvencia—. Diez mandamientos son demasiado. Ocho es algo que podemos alcanzar con una razonable probabilidad.

El Coronel lo miró perplejo, pero después se quedó conforme:

—Serán matices religiosos, supongo. No hay problema. Permítame felicitarlo por la disciplina de sus hombres. Mire la negrada que tengo que manejar yo.

—Debería probar con ocho mandamientos, coronel, si me permite la sugerencia.

Mientras tanto, ya habíamos dado la vueltita a la plaza, y nos encontrábamos, soldados y montos, frente a nuestros dos micros. El Coronel se cuadró, hizo la venia, y nos dio las manos uno a uno, a medida que subíamos a los micros:

—Voy a tener en cuenta su consejo, a juzgar por los resultados.

Cuando estuvo frente al General, que fue el último en subir, se cuadró de nuevo, hizo la venia y le dijo:

—Envidio que vayan para el Sur. Hay que hacer patria, y eso es lo que van a hacer ustedes. Con gente como la suya vamos a hacer grande a esta bendita tierra.

El Gari se bajó de una corrida:

—Por favor, guarde nuestra bandera como recuerdo —y le dio la del Ejército de Salvación, mientras colgaba la de Ezeiza en la primera ventanilla.

—Será un honor. Buena suerte —el Coronel estaba emocionado.

—Soldados: ¡tres hurras por los camaradas del Ejército de Salvación!

—¡Hip hip, hurra!

—¡Hurra!

—¡Hurra!

—¡Hurra!

Arrancaron los micros. Cantamos hasta perder de vista el poblado, rumbo al sur:

Caminando voy
a Canaán.
Caminando voy
a Canaán.
Caminando voy
a Canaán.
Gloria a Dios,
caminando voy a Canaán.
Ven tú también
a Canaán.
Ven tú también
a Canaán.
Ven tú también
a Canaán.
Gloria a Dios,
caminando voy a Canaán.
Si tú no vas
no me lo impidas a mí.
Si tú no vas
no me lo impidas a mí.

Si tú no vas
no me lo impidas a mí.
Gloria a Dios,
caminando voy a Canaán.

No pudimos corregir, en todo este tiempo, la manía del Chifa de decir “Canadá” en lugar de “Canaán”.

—Qué decís, gil. Si Canaán no es un país, y Canadá sí.

Y concluía ufano, sin saber que podía ser profético:

—Canaán no existe.

10. ENCRUCIJADA

NOS DESPEDIMOS en el mes de junio de 1981, en un cruce de caminos. La ruta de los pibes iba al este; la nuestra, al sur. Un micro para cada grupo, dinero en proporción, armas. Nos tratábamos como si fuéramos viejos compañeros, ahora que no nos veríamos más. Para seguir con la cobertura, y por ser más numerosos, ellos se quedaron con las cosas del Ejército de Salvación. Les cuadraba la utilería mejor que a nosotros.

Íbamos hacia el sur sencillamente porque Nemo lo había propuesto. Lo sacamos corriendo, pero nos cerró la boca pidiendo que le contestáramos entonces si no eran igual de raras otras cosas que veníamos haciendo desde años atrás. El General concluyó la discusión:

—En estas circunstancias, debemos poner distancia. Vamos al sur.

Sin certeza de cuál sería nuestro próximo objetivo, lo único que teníamos en claro era que nos íbamos para Bahía Blanca. Las armas estaban allí, y ante cualquier circunstancia era mejor tenerlas encima.

Volvimos a ser Gari, Chifa, el General, Angueto, Nemo e Ismael, de civil, con las camperas infladas y al garete. Hacía por lo menos siete años que estábamos en la lucha. Era una cifra para marearse: para una vida de treinta, resultaban muchos. En un momento, pensé en regresar a casa, pero Cuca había sido clara. Dicen que las encrucijadas son lugares infaustos. Hay que ir a un cruce de caminos, por ejemplo, para invocar al Diablo. Vaya a saber si esto es así. Sin embargo, en el viento que levantaba pequeños remolinos a ambos costados del ripio, hacia el sur, yo veía fantasmas que no eran ni amigables ni agresivos, pero que estaban. También dicen que uno está en una encrucijada cuando toma una decisión. Sin embargo, hacía tiempo que sentía que algo o alguien estaba decidiendo por mí.

Quinta parte

RUTA 3 AL SUR

1. EL CAMINO DE LA CARRINDANGA

LAS ARMAS estaban en Bahía Blanca. Los compañeros las habían cargado en un camión papero con doble fondo y, cuando saltó lo del asesinato del traficante, tomaron la ruta y se perdieron rumbo al sur con la aprobación del General. Arreglar una cita en un lugar que ninguno de nosotros conocía y con un cargamento como ese no fue fácil. Durante quince días nos fuimos turnando para ir a la estación de tren de aquella ciudad horrible los días impares, a las 3, a las 5 y a las 7 de la tarde hasta encontrar a los compañeros.

Mientras tanto, habíamos averiguado que las piletas municipales llamadas "La aldea romana" eran un buen lugar para llegar con un colectivo como el nuestro y hacer el traspaso de bultos sin llamar la atención. Así que un domingo organizamos un asado y llevamos unas cuantas damajuanas y carne para camuflar el traslado de los fierros, uniformes y demás cosas desde el rastrojero de los cumpas hasta nuestro colectivo.

Era un día de bastante calor y el lugar estaba lleno de gente. En una ciudad como Bahía Blanca, seguro que muchos eran milicos de picnic con la familia. Cada tanto alguno se acercaba e invitaba:

—¡Eh!, ¿no les sobra uno para jugar? —y alguno de nosotros se calzaba las zapatillas y salía a patear un rato. Entre el asado, los vinos y los partidos, íbamos pasando con disimulo los bolsos, uno a uno hasta la panza del micro, dentro de la heladerita de las bebidas, en un cesto de mimbre o cosas por el estilo.

Cuando promediaba el asado, los compañeros nos comunicaron que no seguían con nosotros, y en realidad fue un alivio porque pertenecían al "grupo UES"; además, tampoco teníamos lugar. Hablábamos en voz baja, tapados por la voz de Freddy Mercury que gritaba *We Are the Champions* desde una radio vecina. Muy serio, uno de ellos dijo:

—Mi hermano me marcó un punto.

Al principio no entendimos.

—Mi hermano tiene un laburo acá, en el territorio. Me contó que por casualidad, desde hace un tiempo, en un boliche, ve todas las tardes a un pesado de la zona que mató gente de la universidad y estuvo en un chupadero que acá le dicen "La Escuelita".

—¿Y entonces?

Fue como si la escena se hubiera suspendido por un instante, nosotros agazapados como para saltar sobre el compañero que hablaba y, atrás, la gente jugando al fútbol, el humo de los asados, las arboledas con los troncos pintados de cal.

—Nada, eso: que el tipo se mama y empieza a hablar de las cosas que hizo como operativo, que torturaba gente, un hijo de puta…

El compañero se sirvió un vaso de vino, nos miró uno a uno, envejecido de golpe, y agregó:

—Ustedes lo pueden bajar.

—¡Qué decís, pendejo!

—Les podemos dar los datos, la dirección, ya hicimos chequeos, todo. Acá no quedó ni el loro, pero con lo que les acabo de pasar ustedes pueden limpiarlo, irse al carajo y aquí no pasó nada. El tipo es un hijo de puta

—contestó simplemente.

Nos quedamos mirando al General, que tenía la última palabra. Angueto llegaba de terminar un picadito al trote, pero a medida que se acercaba aminoraba el andar, hasta quedarse inmóvil, de pie frente a nosotros, con las zapatillas colgando del cordón y las medias roñosas al hombro.

—¿Qué pasa?

Vi los ojos del General, vi pasar todos los climas por el cielo opaco de su mirada y le vi decir que sí, poner en palabras lo que estaba en todas nuestras cabezas:

—A ver, te escuchamos.

Al día siguiente nos arrimamos al bar que nos había indicado el compañero. Era un local viejo y un poco arruinado que daba a una calle ancha empedrada, destruida por el tránsito de los camiones. Pedimos una picadita y nos ubicamos en una mesa que daba a la calle. Oscurecía, y el lugar empezaba a llenarse de camioneros y patas negras.

No tuvimos que esperar demasiado. El tipo apestaba a milico: mostacho, pelo corto a la gomina y una campera. Llevaba la barba crecida y los pantalones, unos vaqueros, se veían muy sucios y tan caídos como para que asomara la raya del culo. Le sirvieron sin preguntarle qué quería. Tomaba un vaso tras otro y los ojos se le iban poniendo vidriosos.

—Me tiraron como una basura cuando no les serví más —empezó—. A mí, a mí, que hice la guerra que me pidieron sin cuestionar nada —y se golpeaba el pecho—. Los hijos de puta no se iban a ensuciar, no… No tenían que escuchar los gritos, ni dar máquina… Ah, no, eso sí, si el terrorista era importante… Pero entrar a una casa, patear una puerta y no saber qué había del otro lado, poner los huevos sobre la mesa… Eso los tagarnas sí que no.

El tipo golpeaba el mostrador con bronca y articulaba las palabras con dificultad. Se había despeinado y el labio inferior le colgaba, armando una expresión estúpida:

—Pero terminó la guerra y se cagaron en los centuriones… —miraba fijo al que servía, que lo escuchaba hastiado—. ¿Sabés lo que es un centurión, vos? ¡Qué vas a saber, si sos un negro de mierda! Pero yo sí —dijo orgulloso—. Leí al Larteguy ese. ¡Hijos de puta! Y yo que "sí señor", que "cómo no señor", de acá y de allá, y reventando gente sin preguntar… Y estos hijos de puta me dejaron afuera por una heladera de mierda, lo menos que puede tener como recompensa un soldado de la Patria, carajo —esto último lo dijo mirando a los canas de la bonaerense, que asintieron en silencio, moviendo la cabeza.

Gari y yo lo mirábamos con disimulo. Ese tipo patético había torturado y matado compañeros, se había robado sus cosas. Con esas lacras nos habían ganado la guerra.

¿Hablaba mal de ellos, o de nosotros? Seguro que Gari, como yo, pensaba en Romualdes, paladín en su guerra local.

—Más vino, hombre —seguía el borracho.

—Ya está bien, jefe, serenesé —dijo el mozo con discreción.

El tipo se quedó serio, parado en seco. Llevó la mano a la cintura, y nos pusimos tensos porque pensamos que sacaba un chumbo. Pero no, del bolsillo trasero del pantalón manoteó unos billetes que arrojó sobre la barra, se puso de pie con dificultad y se fue. Antes, cacheteó con el cariño de los alcohólicos al mozo y le dijo mientras se reía con voz pegajosa:

—Te cagaste, sorete. Decime que te cagaste. Pensabas que te iba a boletear, a que sí.

—Todos los días lo mismo —dijo el patrón sin que nadie le preguntara nada cuando el pesado se fue—. Me tiene las bolas por el suelo. Si no le paro la chata es porque anda calzado.

Nadie habló. Un rato después, pagamos, saludamos y lo seguimos. Los tres días posteriores se reiteró la misma escena. El tipo salía del bar, se tomaba un colectivo, se bajaba casi a la media hora y caminaba por un lugar que le decían La Carrindanga. Era un camino de toscas blancas bastante desparejo que salía de la ciudad. Primero pasaba por los cuarteles del Vº Cuerpo, después por un telo que se llamaba "Tú y yo", donde empezaba una zona de quintas y montecitos. Al anochecer, el lugar se transformaba en un descampado en el que solo de tanto en tanto un ojo de basilisco en la penumbra anunciaba una casa. El cuarto día fuimos hasta la casa del hombre y hallamos un zanjón cubierto de yuyales donde perfectamente podían ubicarse unos tiradores.

El día de la operación cargamos todo en el Cumpa —así habíamos bautizado al colectivo—, le hicimos una última revisión al motor,

compramos bastante comida seca y aguardamos que se hiciera la hora. El General, Chifa y yo fuimos llegando al lugar de la emboscada desde lugares diferentes. Mientras, Gari y Angueto cubrían un cruce, por seguridad, dos cuadras antes de nuestra posición. Los demás llegarían a bordo del Cumpa, sincronizados con los disparos. El lugar era frecuentado por los vecinos para remontar barriletes y se llenaba de familias, así que un ómnibus cargado de gente no llamaría la atención.

Recostado sobre el pasto, a medida que oscurecía, pensaba. Después de tanto tiempo, otra vez cargando fierros nuevos, como si nunca hubiera dejado de combatir. Pensaba de nuevo en los compañeros caídos, me dije que lo hacía por ellos, pero no era verdad, no podía mentirme. Quería matar a este tipo porque no había podido bajar a Romualdes, que había torturado a Selva, que había matado a palos al Lanas y se había cogido la dignidad del Floro y de tantos en el barrio. Matar o morir, cuánto habíamos discutido esta cuestión en los primeros tiempos, recién empezada la lucha. Cuando fue el Aramburazo, en el barrio la gente hizo un asado y festejó. No era muy distinto de los que brindaron o aplaudieron en los claustros. Ellos hicieron lo que todos queríamos hacer: vengar a los fusilados del 56, a los bombardeados de Plaza de Mayo, decirles a los militares y a sus amos y cómplices que el pueblo los iba a perseguir hasta hacerlos pagar donde los encontrara. Pero la militancia significaba que además de asumir el riesgo de morir había que prepararse para matar, y no todos estábamos de acuerdo: algunos no querían, otros decían que estaba bien matar en combate pero no a una persona indefensa, que si atada o no, que si con juicio revolucionario o no. Hasta los curas habían salido a decir que la violencia del oprimido era una respuesta a la explotación. Recordé cuando tuve que matar a un hombre condenado por la Orga. Había una metalúrgica en conflicto por un despido, la comisión interna era nuestra, de los perros y el PB. Se había decidido que en apoyo a la lucha obrera los Montoneros iban a ajusticiar al gerente de personal, un tipo que le pasaba fichas de personal a la Triple A y que le había dicho a uno de los delegados: “Mejor no se vuelva a su casa, Pérez”. El tipo no le hizo caso y apareció con las uñas arrancadas y un cartel que decía que lo habían ejecutado por bolche y mal peronista. Yo fui el encargado de ajusticiar a ese gerente. Entramos en la planta, controlamos a la seguridad, que no trató de detenernos, y nos fuimos derecho a las oficinas. Leímos en voz alta la sentencia, mientras el tipo temblaba. Traté de no mirarlo, pero no dejaba de clavarme los ojos, su mirada de conejo asustado frente al fusil del cazador. Todavía veo cómo se desenfocaron cuando sonó el disparo, la sensación del cuerpo golpeando contra el suelo como si en realidad lo hiciera dentro de mi cabeza. Pensé tiene hijos, tiene mujer, es un hombre, seguro, pero sé que pensé los compañeros

también tienen familias es el enemigo es el representante de la explotación nos matan en las calles donde nos encuentran es lo que tenemos que hacer. Cuando salimos de las oficinas, en el playón de la fábrica, en las terrazas, asomados a las ventanas de la línea de montaje, muchísimos obreros de azul y casco amarillo nos aplaudieron. Muchísimos aceptaron la muerte en estos años, pero fuimos nosotros los que la actuamos como víctimas y ejecutores. Como iba a suceder ahora, en un rato. Comencé a transpirar y me ardían los ojos. El tipo se acercaba haciendo eses y tropezándose. En frente de mí se había apostado el General, en diagonal estaba Chifa y habíamos calculado las maniobras para no herirnos con nuestro propio fuego.

—El tiro de gracia es mío —dijo Chifa, que no tenía problema.

Yo tampoco. El hombre, borracho, ya se acercaba zigzagueando.

2. JUSTICIA POPULAR REVOLUCIONARIA

BAHÍA BLANCA, 17 de octubre de 1981

En el día de la fecha, el PELOTÓN DE COMBATE RAQUEL EISENSTEIN del Ejército Montonero en operaciones ha procedido a ejecutar al cabo 1º de la Infantería de Marina Medardo Torres, conocido asesino y torturador de la ciudad de Bahía Blanca. Numerosos compañeros lo han sindicado como el responsable de varios secuestros y asesinatos. Torres era un eslabón del siniestro sistema que desde el 24 de marzo de 1976 la dictadura genocida instaló en este país para ahogar el movimiento de liberación.

En este día tan significativo para el pueblo peronista, esta acción es un claro mensaje al ejército de explotadores y verdugos que a sangre y fuego combate al movimiento popular sin respetar las más elementales leyes de la guerra.

Mientras a los justos reclamos del pueblo se les responde con el asesinato, la represión y la tortura, el auténtico Ejército Nacional devuelve un castigo ejemplar a modo de advertencia contra todos aquellos que participan en la represión. Los asesinos, los traidores deberán recordar que allí donde los encuentre, el pueblo hará justicia.

PERÓN O MUERTE - VIVA LA PATRIA
PELOTÓN RAQUEL EISENSTEIN - MONTONEROS

3. LOS FLIPPERS, MIRÁ ALLÁ

El camino hacia el sur nos fue llenando de energías. Nos deteníamos en cualquier parte, en la ruta, donde encontráramos una estación de servicio, para tomar mate y llenarnos los ojos de desierto. Comíamos sándwiches gigantes de queso y salame, pelábamos naranjas, nos peleábamos por manejar el colectivo. Parecíamos chicos de excursión.

Gari nos hartó de contarnos tantas veces que había conocido el mar en Chapadmalal gracias a la Fundación, y mostraba su principal tesoro: una foto de Evita vestida de gala, autografiada. Se la había regalado la mismísima Eva a su papá, cuando le fue a pedir una heladera para la fiambrería que quería instalar. Chifa narraba, con lujo de detalles, los robos memorables en los que había participado, antes de volcar sus artes a la política. De a poco, el General también recuperó su entusiasmo. Hablaba del comandante Luis Piedrabuena y de la Campaña al Desierto, que pese a los intentos mitristas, decía, había mostrado lo mejor del criollo puesto a prueba en condiciones extremas.

Angueto no tenía mucho para decir, aunque escuchaba con gran atención. Dejó entrever que había sido un bancario con mucha habilidad para los negocios, que había trabajado un tiempo en el Área Federal, en Finanzas, hasta que comenzó a aburrirse tras darse cuenta de que lo que más le gustaba era la parte operativa. Yo pude hablar de Maca y de Cuca, llorar por ellas y por mí. Pero el que realmente disfrutaba y estaba en la gloria era Nemo. Tenía anécdotas para cada lugar que atravesábamos: que Las Grutas y los lobos marinos, que cómo una vez se le había roto el camión al viejo y se pasaron tres días durmiendo en la caja hasta que consiguieron que los levantaran, cinco más para conseguir los repuestos, y así, que los años que había vivido ahí, que las estancias y las clases de buceo en Punta Pardelas. Y, finalmente, cómo esa experiencia lo llevó a participar en la voladura del *Santísima Trinidad*, en astilleros Río Santiago.

Estaba como un chico. Se ofrecía siempre para manejar, hacía ruido de olas con la boca y gritaba:

—¡Orza la barra, Yánez! ¡Sambigliong, alista a los tigrecillos! ¡Viva Mompracem! ¡La más hermosa es La Perla de Labuán!

Cuando vimos el mar entendimos su felicidad por el regreso.

Llegamos a Puerto Madryn una mañana, pero ni siquiera nos dejó

detenernos en la ciudad. Siguió derecho para Punta Pirámides. El Cumpa hizo milagros por acompañar los deseos de Nemo. Como un caballo fiel, su maquinaria acostumbrada a frenar entre parada y parada entendió que la vida de ese hombre estaba juntando fuerzas para saltar otra vez, y las había venido a buscar a su lugar esencial.

En el trayecto por el istmo se nos cruzaron guanacos y ñandúes. Gari se desesperaba por probar puntería sobre ellos. Sacó un fusil por la ventanilla, pero lo detuvimos a tiempo. Llegamos a un acantilado donde el camino parecía terminar abruptamente. Cincuenta metros hacia abajo, la playa seguía y se veía el borde de espuma de la rompiente. Hacia adelante, y hasta el horizonte, un mar increíblemente azul y plácido se desplegaba ante nosotros:

—Miren, compañeros. Este era mi lugar. Acá venía cuando era chico —Nemo hizo un gesto abarcador con la mano, como si fuera el dueño, presentándonos ese escenario monumental, mientras el viento azotaba nuestras piernas con la arena que levantaba de la roca.

Descendimos con dificultad por un sendero abierto como un hachazo en el acantilado. La playa, abajo, era de una belleza salvaje: primero una tosca durísima, con pozones llenos de agua salada. Si uno se acercaba, parecían pequeños acuarios, llenos de algas, esponjas, anémonas y cangrejos. El griterío de las gaviotas era ensordecedor, caían en picada una y otra vez buscando su comida entre las piedras. Pero el batir de las olas lo tapaba, tamborileando con fuerza sobre las rocas. La marea estaba baja, y caminábamos por el lecho marino. El olor fuerte a mar y a algas podridas nos penetraba hasta lo más hondo. El viento nos hacía lagrimear. Caminamos hasta detenernos sobre una roca negruzca y lustrosa, haciendo equilibrio para no caernos. Los mejillones crujían bajo nuestros pies. No sé cuánto tiempo estuvimos contemplando ese paisaje. De repente, Gari comenzó a dar saltitos, como un chico, y cortó el ensueño:

—¡Mirá, allá, loco! ¡Mirá mirá mirá! ¡Los flippers! ¡Mirá cómo saltan! ¡Qué belleza!

Dirigimos la vista hacia donde señalaba y vimos los lomos lustrosos, entrando y saliendo del agua. Chifa estaba embobado: era la primera vez que veía el mar. Se reía sin parar.

—Son toninas, compañero. Toninas —le aclaró Nemo—. Cuando uno navega por acá, lo acompañan y traen la suerte.

Cuando las rocas comenzaron a dorarse por el atardecer, Nemo trajo una cámara fotográfica del Cumpa y dijo:

—Compañeros, una foto, para la historia.

—No es seguro…

—Una sola, General. Olvidémonos de la seguridad un segundo —insistió—. Lo que vamos a hacer es importante. Estamos todos, y mire lo que es este lugar.

—Dele, jefe, una. Tiene razón.

El General se encogió de hombros mientras Nemo nos hizo buscar una posición adecuada, con el sol suave dándonos en la cara. Tuve tiempo de mirar de reojo los rostros de mis compañeros. Nemo activó la cámara en automático sobre una piedra, gatilló y vino corriendo. Increíble. Sacó la foto y comenzó a rebobinar. Era la última del rollo.

4. EL CAMINO DE LOS CÓNDORES

ESA NOCHE nos quedamos allí. Hicimos un fogón en una de las grutas ubicada por encima de la línea de la marea alta. El mar había cubierto por completo la playa que recorrimos hasta cansarnos por la mañana.

La fogata era una alegría para el corazón, y los arbustos secos que habíamos juntado chisporroteaban y se consumían con rapidez. Los troncos de tamariscos duraban más. La pava de panza negra iba y venía, y el guiso era un recuerdo en forma de fideos pegados en el fondo de la olla.

—Bueno, compañeros, no hemos hablado hasta ahora de cómo sigue esta historia.

—Nos quedamos acá. Podemos cazar, pescar… —empezó Gari.

—¡Callate, boludo, que el General está hablando en serio!

—¡Pero yo también! Donde vayamos, nos van a cagar a tiros. Los compañeros están casi todos muertos o rajados. Sería como seguir viviendo de los fierros. ¿O no?

—Bueno, compañeros, a ver si nos ordenamos —el General iba al punto, que era lo que mejor sabía hacer—. Antes de salir de Mendoza, Nemo me propuso un plan que me parece viable. Compañero, ¿por qué no les cuenta a los demás?

Nemo saltó desde la piedra donde estaba sentado. Los ojos le brillaban:

—Vayamos a las Malvinas —dijo—. Se puede hacer. Está todo calculado. Tengo los contactos. Nadie se lo va a esperar.

—¡Y a mí me hicieron callar por proponer que cazáramos! Este pibe está loco —rezongó Gari.

—No, compañero, esto es racional, es una operación perfectamente realizable. Con una logística mínima se puede realizar.

—¿Y de dónde carajo vamos a sacar un avión? —Angueto pensaba en el Operativo Cóndor, del 66, cuando unos cuantos compañeros secuestraron un avión de línea y aterrizaron en Puerto Stanley.

—Yo no estoy pensando en llegar por el aire, eso es muy complicado. Yo sé navegar. Soy buzo, pero también laburé años haciendo viajes por la costa en Santa Cruz, en Tierra del Fuego… Podemos llegar en barco, en velero. Desde Ushuaia son dos o tres días de navegación, no más. Mientras hablaba, Nemo desplegó una carta marina que llevaba en el bolsillo. Comenzó a mostrarnos puntos, a

detallarnos corrientes, caletas, bahías, vientos y profundidades con la ayuda de una linterna. Tiró fechas, tareas. En definitiva, dijo, el efecto iba a ser el mismo que el del cruce que no llegamos a realizar.

—Es seguir la tradición de la Resistencia, compañeros. Las Malvinas son nuestras, y les estaríamos sacando un grano en el culo a los milicos, ahora que la van de alcahuetes de la OTAN en todos lados. ¡Y por barco! ¿No se dan cuenta? Los peronistas ya una vez llegamos por avión, ahora sería por mar… Además, siempre quisimos escribir la historia. ¿Y se van a perder la página que probablemente sea la más importante y audaz, el hecho político más importante de los Montoneros después de lo de Villar? De… de lo de… —y se quedó sin ejemplos.

—De hacer a Rucci —dijo Angueto con ferocidad.

—De lo de Aramburu.

—Del caño en Cordina.

—¡Sí, compañeros! Estamos hablando de hacer el primer y más grande hecho político de los Montos de la década del ochenta…

—¡Ochenta! Ya…

—¿Cuánto falta para estar unidos en el 2000?

5. KURTZ

El camino entre Comodoro Rivadavia y Caleta Olivia era lo más hermoso que había visto en mi vida. La ruta 3 iba bordeando el mar. Hacia el sur, a la derecha, se veían cerros pelados cubiertos de matorrales típicos de la Patagonia; a la izquierda, la cuneta desaparecía en una caída brusca, unas veces hacia playas anchísimas de canto rodado y arena, otras precipitándose sobre rocas negruzcas batidas por el mar. A lo largo de casi ochenta kilómetros la vista era sublime, y no dejábamos de dar exclamaciones, codearnos o despertarnos para mirar.

Nemo se había calado unas antiparras de aviador y manejaba incansablemente desde que salimos en la mañana. Apenas se detuvo para cargar gasoil. En Jaramillo, nos dijo, teníamos que encontrar a un profesor Kurtz, que era arqueólogo. Con su ayuda íbamos a llegar a Ushuaia, para conectar con un tal Riordan, que nos llevaría en velero hasta las Malvinas.

En 1976 pensábamos que Nemo estaba loco, que su afán de protagonismo lo llevaba siempre a proponer y pensar operaciones arriesgadas, como cuando planteó reflotar los cañones del acorazado alemán Graf Spee para armar la primera batería de costas montonera. Pero al mismo tiempo, sabíamos que el General y Nemo se retroalimentaban. Desde sus conocimientos, uno, y desde su modo de vida, el otro, se entendían en eso de organizar estrategias y logísticas que a los profanos nos parecían desmesuradas. Quizás esto lo tenían pensado como un plan B, pero fuera como fuere, no nos opusimos. Las Malvinas eran un objetivo al que no le podíamos decir que no.

Jaramillo era una localidad perdida cerca de Caleta Olivia, en la provincia de Santa Cruz. Para llegar debimos salir de la ruta y hacer cien kilómetros subiendo y bajando colinas muy erosionadas, con curvas bruscas que obligaron a Nemo a ejercer toda su ciencia. A veces parecía que el Cumpa iba a seguir de largo, o que si venía un camión de frente no iba a haber lugar para los dos.

Frenó el colectivo con cierta desprolijidad al lado de un cartel de Vialidad, donde se encontraba un anciano de pelo blanco muy largo, con anteojos redonditos llenos de tierra y un chaquetón sucio de polvo que le llegaba casi a los pies y le cacheteaba las pantorrillas por el viento.

—Es el profesor Kurtz —dijo Nemo con tono de alivio—. En Caleta me dijeron que todos los días se arrima hasta acá a esta hora, por si tienen novedades para él —detuvo el colectivo aparatosamente y se bajó. El anciano se lo quedó mirando con un poco de extrañeza y luego exclamó:

—Carlitos, Carlitos, cuánto tiempo. ¡Un abrazo, nene! Fue muy divertido escuchar que a Nemo lo llamaran "nene", aunque a él no le causó la menor gracia.

—Mis amigos me dicen Nemo, doctor —dijo "Carlitos" con algo de fastidio—. ¿No se enoja si le pido que me llame así?

—Nemo, Nemo —repitió el viejo con picardía—. Sí, claro, qué apropiado, con el encargo que me hiciste —y se reía silenciosamente mientras nos iba dando la mano a cada uno.

—Encantado, bienvenido. Soy el doctor Almuth Kurtz. Encantado, bienvenido —saludaba cordial—. No se preocupen por el viento, siempre sopla a esta hora —nos decía al vernos entrecerrar los ojos molestos por el polvo grueso como granos de arena que nos castigaba, vaya a saber por qué.

6. ARQUEOLOGÍA

—Hace treinta años que vivo en la zona. Llegué después de la guerra —relataba Kurtz a la mañana siguiente mientras nos mostraba el sitio que estaba excavando, una gruta sobre la ladera de un cañadón seco cubierto de matorrales. Crié a Carlitos… Nemo, durante varios años, porque el papá era camionero. ¿Les contaste, nene?

Nemo estaba empezando a arrepentirse de habernos llevado allí.

A pesar del viento hacía un calor impío y nos sacamos la ropa gruesa con ganas, que por otra parte apestaba. Desde Madryn que no nos dábamos un baño decente. El anciano se dio cuenta enseguida y agregó leña a una vieja caldera de hierro para que pudiéramos lavarnos.

Kurtz estaba muy bien instalado, vivía en la casa de un capataz que había quedado vacía desde la década de 1920, y él había ido acondicionando y poniendo confortable. Al lado, tenía un antiguo galpón de esquila al que le había hecho el aislamiento térmico con madera, y era su lugar de trabajo. Ahí se pasaba horas clasificando puntas de flecha, morteros, huesos humanos, piedras de boleadora, raspadores, multitud de objetos que iba sacando de cajitas numeradas mientras nos explicaba para qué servían, cómo se hacían y utilizaban.

—Busco la antigüedad del hombre americano porque vengo de un continente viejo y agotado por las guerras. Vi muchas cosas espantosas en *Urropa* —cada tanto se le escapaba la pronunciación—. Aquí, en cambio, todo está por hacer, y sé que un día mis hallazgos serán importantes para escribir la historia de este lugar. Les voy a mostrar mi tesoro más preciado.

Nos llevó de nuevo a la gruta, que nos pareció helada en comparación con el sol rajante del exterior. Una vez adentro, con cierta dificultad, de remerita y tiritando, prendió un farol que había llevado consigo y señaló hacia la pared del fondo:

—Miren. Cualquier catedral europea es una casa prefabricada frente a estos muros.

Manos ocres, blancas y negras se superponían por decenas, centenares, alternadas con dibujos que representaban animales y escenas de caza.

—Hay más manos aquí, y mejor conservadas, que en la cueva del río Pinturas, cerca de Pico Truncado. Pero mantengo el lugar en

secreto, ¿saben? Hasta tener garantía de que va a ser preservado. Este era un sitio sagrado, donde se creía que los espíritus transmitían su fuerza a los vivos.

Nadie le contestó. Permanecíamos todos con la boca abierta. El General rompió el hechizo, avanzó y apoyó la mano con delicadeza sobre uno de los dibujos, como si quisiera absorber la fuerza de la piedra. Había bajado la cabeza y parecía reflexionar.

—Por favor, no haga eso —lo apartó Kurtz—. Imagínese si cada visitante toca las pinturas.

—¡Loco, esto es de la época de los dinosaurios! —explotó Gari—. ¡Tienen millones de años! —se empezó a reír y a imitar a Pedro Picapiedra—: ¡Vilma, aquí tienes unos piedrólares para el desayuno! ¡Apresúrate, que no quiero que se enoje el señor Rajuela!

No pudimos evitar reírnos, pero el profesor continuaba serio.

—Tantas manos anónimas de nuestros antepasados aquí, como un mensaje. *Ach!* Tu amigo es un ignorante, Carlitos, perdón, Nemo.

Por la tarde caminamos por los alrededores de la casa de Kurtz, mientras Nemo estaba metido de cabeza en el motor del Cumpa, revisando, ajustando y limpiando unas piezas con kerosén. El General y yo acompañamos al anciano hasta el cartel donde nos había esperado el día anterior. Con ese gesto intentábamos desagraviar su desilusión en la caverna. Había comenzado a levantarse un viento bastante fuerte.

—Es la hora —dijo el arqueólogo.

A lo lejos, un rastrojero hizo luces y se detuvo junto al cartel. Descendió un chileno con el uniforme de la estación de servicio que dio las buenas tardes, le pasó unas cartas a Kurtz y dijo:

—Le dejaron un mensaje desde San Julián, doctor Kurtz. El Alemán dice que en cinco días va a tener todo listo.

Miré al General buscando una explicación, pero tenía la vista fija en el horizonte.

7. EL POLVO DE LOS TIEMPOS

TRANSCURRIERON varios días. De a poco, Gari consiguió el perdón de Kurtz. Le llevaba las cosas, lo ayudaba con los cernidores, lo escuchaba con paciencia cuando le explicaba cómo se sacan las lascas de una piedra para darle filo, o punta. El General y Nemo, por su parte, pasaban mucho tiempo juntos discutiendo de logística.

Una mañana fuimos caminando hasta Tehuelches, una estación de tren abandonada. Caminamos sobre los rieles inútiles mientras el General recordaba que allí, en 1921, los huelguistas habían hecho retroceder a los milicos. Era historia más o menos conocida, porque todos habíamos visto *La Patagonia rebelde,* y leído, además, los libros de Bayer:

—¿Te acordás, Ismael? A la salida me levanté a la putona esa de Psicología —fanfarroneó Chifa.

—Del piso te levantaste vos —dijo Angueto—. ¿Qué bola le puede dar una intelectual a un pedazo de carne con patas como vos?

—Justamente por eso. El mayor aporte del movimiento a la comunión de los argentinos ha sido el intercambio sexual con las pequebusas, compañero. Las minitas se calentaban si decías *nasta* y vivías en la villa, gil.

Y empezó a cantar mientras saltaba como en una tribuna:

> ¡Mujeres, mujeres, mujeres son las nuestras,
> mujeres son las nuestras y las demás están de muestra!

Pero solo le contestó el silbido del viento atravesando el andén destartalado de madera. Cosa rara, el viento soplaba desde el oeste, y había una línea negra de nubes sobre el horizonte.

Esa vez yo había ido al cine con Cuca. Me acordaba perfectamente de aquella tarde, porque fue la primera vez que nos acostamos. Yo era un poco tradicional y todos me decían que dormía, pero aquella tarde Cuca me besó y me dijo que a ella justamente le gustaba eso de mí. Quince días después estábamos viviendo juntos.

La llegada del Cumpa envuelto en una nube de polvo cortó la conversación:

—Terminé de poner a punto el bichito este —gritó Nemo asomando la cabeza por la puerta—. Antes de salir para San Julián vamos a

visitar el bosque petrificado. Suban, que no se lo pueden perder.

Rompí muchas páginas de libreta sin poder hallar una palabra que describiera lo que vimos. Hubiera querido ser capaz, al menos por una vez, de poner en palabras mis pensamientos estimulados por lo que veía. El camino rojizo se adentraba entre montañas en todos los tonos de marrones, y se perdía en un paisaje volcánico y marciano que nos obligó a hacer silencio. Conos perfectos asomaban en medio de una planicie lunar, lisa como un billar y solo salpicada por restos minúsculos de árboles hechos piedra, hasta que dimos con troncos enteros partidos en fragmentos monumentales, como un gigantesco cementerio en el que nos sentíamos intrusos. Un zorrito nos miraba desafiante desde arriba de uno de ellos.

Entre tanto, el cielo se había oscurecido. Las nubes que habíamos oteado a lo lejos apenas unas horas atrás se cernían sobre nosotros y oscurecían el planeta que estábamos descubriendo. El profesor Kurtz estaba exultante:

—¡Sientan el azote del polvo de los tiempos! ¡Al colectivo! ¡Es un temporal! *Schnell, schnell!*

Las ráfagas traían nubes de polvo a una velocidad impresionante. Corrimos hacia el Cumpa con dificultad. El viento revolcó al General, y tuvimos que ayudarlo a levantarse. Cerramos todo, pero el piso del colectivo ya estaba cubierto de polvo.

—¿Qué es esto?

—Una tormenta de viento —contestó Nemo—. Menos mal que estamos a resguardo. Cuando pase, no van a reconocer el paisaje que vieron hoy.

El viento soplaba con furia y aullaba entre las piedras, con largos quejidos que parecían salidos de un lugar muy profundo. Prendimos un farol; a través de las ventanillas solo se veían nubes de polvo y el sol desdibujado en un cielo oscuro. El Cumpa se zarandeaba con cada ráfaga.

¿Cuánto tiempo pasó? Horas, o probablemente días, no lo sé. Si salíamos, era para ir al baño, y la operación se volvía complicada porque había que abrir y cerrar la puerta con rapidez. La furia del viento no amainaba. Matábamos las horas durmiendo o jugando al truco, maldiciendo la hora en que nos habíamos enganchado en esa excursión “para ver unas piedras de mierda”, como sentenciaba Gari. De pura casualidad habían quedado algunas latas de conserva en el fondo del Cumpa, y unas pocas naranjas que racionamos por consejo de Kurtz.

Aprendimos que a diferencia de los hombres, el viento no tiene ningún apuro. Sentíamos las piedras golpeando como balazos contra la chapa del colectivo, y con el paso de las horas nos íbamos volviendo niños en busca de calor.

La voz del temporal tomó forma. Entre los soplidos airados, las ráfagas traían lamentos de ultratumba, y por la noche —que solo reconocíamos porque la oscuridad se hacía mayor— oíamos voces, cabalgando sobre ellas como brujas medievales.

—Che, loco, acá hay espíritus —dijo Angueto.

Acabábamos de oír un largo grito, que se sostuvo por sobre los silbidos enloquecidos. Nuestras miradas se cruzaron sobresaltadas.

—¡Qué decís, pelotudo!

—¿Y qué fue eso?

—El viento, compañero, ¿no lo oye hace días?

—Che, el Angueto empezó a alucinar.

—Canuto, si tenías ginebra guardada, deberías haberla compartido.

—Eso. A autocriticarse por conductas individualistas y pequeñoburguesas. Pasá la botella.

Pero eran bromas nerviosas, porque el grito había sido clarito.

—¿Qué piensan que fue eso? —preguntó Chifa en voz baja.

—Hay casos de alucinaciones colectivas —explicó el General—. No sabemos cuánto llevamos de encierro, con el aire viciado…

—General, eran ánimas —dijo Gari—. Si todos las escuchamos. Y además los fantasmas existen.

—¡Qué van a ser ánimas! —salté.

—Sí, Ismael. Si hasta en el barrio había un fantasma. ¿No te acordás de la dama de blanco?

—Hay una dama de blanco en cada pueblo, Gari. Un poco de viento y el cavernícola este ya se nos pone místico —dijo Nemo, mirándonos en busca de aprobación.

—¿Por qué no? —continuó Gari—. ¿No vieron el lugar donde estamos ahora? ¿Alguno se sorprendería si de detrás de una piedra saltara un dinosaurio? Lo debés querer mucho al viejo, Nemo, pero ¿les llamaría la atención si el Kurtz ese dijera que vino con Colón?

—A lo mejor es más que eso —dijo Angueto con voz lúgubre—. A lo mejor ya estamos muertos. Capaz que los milicos ya nos limpiaron a todos hace tiempo.

—¡Esta me mataron! —le contestó Gari agarrándose las bolas—, ¡mirá que sos jodido! ¡Lechuza!

—No, Gari, Angueto tiene razón —dijo el General—. Y vos también tenés razón. Ya somos de otra época, seguro, pero eso no quiere decir nada, porque estamos vivos, bien vivos, y podemos seguir jodiendo en esta.

—Los fantasmas ya no importan —dijo Chifa—. Miren. Dejó de soplar. Estamos vivos. Sale el sol.

8. EL FRUTO DEL VIENTO

—Se ve que mordimos una piedra y no nos dimos cuenta —Nemo hablaba desolado y con la cara enrojecida por el esfuerzo y el sol.

Agachados alrededor del colectivo constatábamos el diagnóstico de Nemo. Parecíamos una lechigada tomando la teta. Pero la chancha no tenía ni una gota de leche. Bajo la panza del Cumpa había un manchón oscuro: el gasoil se había escapado por algún agujero del tanque y ahora estábamos varados allí, en medio del planeta Marte.

—Alguno de nosotros va a tener que caminar hasta la ruta y hacer dedo hasta Caleta para venirse con el chapista —sentenció.

—Yo voy —dijo Kurtz frotándose las manos—. Después de un vendaval así, habrán aflorado infinidad de restos. De paso veo cómo están mis cosas, y además ustedes no conocen a nadie allá.

Era sensato. Lo acompañamos el General, Angueto y yo. Hasta el asfalto de la ruta eran unos veinte kilómetros. Hacia el este, por el camino de tierra, no se veía ningún vehículo, pero teníamos la esperanzar de encontrar al menos un camión en el cruce.

Los únicos sonidos que se escuchaban eran los zapatos arrancando piedritas de la tierra reseca y la voz del profesor, que explicaba el origen del bosque, la conformación de las rocas, y todas las formas de cocinar los piñones de araucaria. Algunas rocas resplandecían al sol, otras deslumbraban con tonos que iban desde el anaranjado furioso al púrpura. A lo lejos, a la izquierda, dos conos perfectos y negros testimoniaban que en algún momento había habido volcanes.

El ojo entrenado de Kurtz le llenó los bolsillos de fósiles y restos de pedernal y sílice en muy poco tiempo. Recién al mediodía llegamos al cartel de madera de Parques Nacionales, muertos de calor. Nos turnamos para hacer dedo; era muy probable que si nos veían a los tres juntos, los vehículos pasarían de largo. Tuvimos suerte, a los quince minutos paró resoplando un camión gigantesco.

—La ventaja de trabajar en el fin del mundo es que vamos todos para el mismo lado —dijo el chofer por todo saludo.

Kurtz nos saludó y se comprometió a volver lo más pronto posible.

Regresamos con las manos en los bolsillos y resoplando por el calor. De lejos ya se veía el reflejo del sol en el parabrisas del Cumpa y a los muchachos ocupados en vaciar el colectivo. Era mejor que los envoltorios de los fierros estuvieran convenientemente ocultos cuando

el chapista llegara.

Se hizo de noche sin tener noticias de Kurtz, y mucho menos del auxilio. Hicimos una fogata con muy poca leña, apenas unas ramas raquíticas que recogimos con dificultad. Estábamos en un verdadero desierto, y lo mejor que encontramos para quemar eran matas secas de pasto puna. La luz del fogón se extendía a distancias increíbles, iluminando con colores siniestros las rocas, que proyectaban sombras fantásticas sobre la tierra plana.

A la mañana siguiente nos despertaron unos bocinazos cuando el sol ya estaba bien alto. El profesor saltó de la cabina de un rastrojero mientras un hombre de mameluco sacaba de la caja una garrafa, una soldadora autógena y una máscara de soldar. También cargaba varios bidones de gasoil y uno de agua. Hasta facturas había traído Kurtz. Regresaba afeitado y aseado, seguro había hecho a tiempo de pasar por su campamento.

—¡Buenos días a todos! ¡Buenos días, nene!

Mientras la pava hacía gorgoritos y nos chupábamos los dedos para sacarnos el membrillo y la crema pastelera, Nemo y el chapista trabajaban en el vientre del Cumpa.

Las miradas del Gari y el soldador se habían cruzado con intensidad por un segundo, pero el tipo alcanzó a colocarse la máscara con rapidez.

—Estoy seguro que lo juno de algún lado —comentó Gari en voz baja.

—Es un muchacho excelente —dijo el doctor—. Trabaja en Vialidad, pero cuando está parado hace trabajos como este. Tiene una mano bárbara y no cobra mucho. Acá, los tanques de nafta se agujerean cada dos por tres.

Después de tres horas de trabajo el nuestro estuvo bien soldado, y hasta le agregamos un refuerzo de chapa para prevenir otros golpes. El chapista aceptó la plata con la mirada baja y se fue. Ya había hecho lo mismo antes, evitando los ojos escrutadores del Gari:

—¿De dónde lo conozco, jefe?

—No sé. Hace años que vivo acá —y saltó al rastrojero, arrancó y poco menos que huyó.

—¿Qué bicho le picó?

—Que se vaya a cagar —dijo Nemo—. Chifa, pasame la manguera. Vayan cargando las cosas mientras yo pongo el gasoil en el tanque.

A media tarde estábamos de regreso en el campamento de Kurtz.

—Hay algo que quiero mostrarles mientras todavía hay luz —nos dijo.

Lo seguimos intrigados rumbo al cañadón, zigzagueando entre las piedras. Nos dirigíamos hacia las ruinas de un galpón, algo más alejado de los edificios que él ocupaba.

—Les dije que el viento lavaba el terreno. Miren lo que encontré ayer. En realidad, me avisó un vecino.

Señaló un montículo a unos metros de la pared desvencijada de maderas y chapa.

—Vayan, vayan —insistió. Él permaneció en su sitio. Era una montañita que sobresalía como un metro del suelo. Entre unos arbustos achaparrados había ropa revuelta, cubierta de tierra, y unos huesos blanquísimos y viejos. También unos zapatos de cuero aplastados y arrugados a los que se les veía los clavos de las suelas. El General, con delicadeza, limpió la tierra alrededor de algo que parecía un cascote grande, redondo y blanco.

—Miren —señaló con el dedo—, lo remataron.

La calavera tenía un agujero limpito en la frente, entre los ojos, y otro más grande en la parte de atrás. Encontramos siete más, casi a flor del suelo y desparramadas entre las piedras. No daba mucho trabajo. Bajo una primera capa dura, la tierra estaba suelta. Gari también halló una cruz hecha con dos tablas, un poco apartada. El viento debió arrancarla vaya a saber hacía cuánto. Alguien, con la punta de un clavo, o algo así, había escrito:

A LOS CAÍDOS POR LA LIVERTÁ
1921

Juntamos todos los huesos que pudimos, y los enterramos más profundo. A martillazos, Gari enderezó y volvió a clavar la cruz.

—Al final, no era el viento.

Estaba serio.

9. LO CANTÁBAMOS EN CASA

A LOS POCOS días, una mañana, Kurtz se acercó con las manos tomadas en la espalda. Estaba pensativo.

—¿Saben qué día es hoy?

Recién entonces nos dimos cuenta de que habíamos perdido la cuenta del tiempo. Como nadie le respondía, siguió:

—Es 31 de diciembre. Hoy termina el año. Ni arbolito hice, con tanto trastorno —y se fue a trabajar al cañadón.

—Me olvidé que se pone así para esta fecha —dijo Nemo—. Se acuerda de la familia que murió en los bombardeos en Alemania.

No fue difícil organizarnos. Nemo y Angueto se fueron para Caleta Olivia a comprar carne y bebidas. Los que quedamos acondicionamos el galpón y armamos, con foquitos y un par de cables, una guirnalda luminosa. Gari cortó un tamarisco enorme y lo trajo a la rastra. Lo plantó entre los dos edificios y le enrollamos las guirnaldas lo mejor que pudimos.

—Che, ni radio tiene el viejo, va a ser una embole.

—No importa —le dije—, estamos juntos. Es por él.

Así que armamos un lecho de piedras para hacer la fogata justo cuando el Cumpa llegaba cargado con la cena de fin de año: dos capones, pollo, chorizos, vino, hasta fruta y una barra de hielo envuelta en arpillera.

—¡Se viene el clericó, carajo! —dijo Chifa, y comenzó con entusiasmo a pelar la fruta—. Traigan un balde. Cuando Kurtz regresó, al atardecer, nos encontró a todos sentados alrededor del fuego. Con unos hierros de construcción, nos habíamos amañado para hacer un par de cruces y los capones siseaban de lo lindo, con los pollos y los choripanes a los pies. El viejo se quedó con la boca abierta, después lagrimeó y abrazó a Nemo, que forcejeaba para sacárselo de encima.

—Carlitos, Carlitos, es el mejor fin de año en mucho tiempo.

—Uh, bueno, viejo, qué blando resultó. No sea maricón, vaya a lavarse que esto ya va a estar.

Era una noche estrellada y ventosa. Tuvimos que colocar unos chapones alrededor de la fogata, y así y todo las chispas volaban para todos lados.

—¿Se acuerdan de diciembre del 75? Hicimos una vaca con cuero en el Rincón de Milberg —dijo el General.

Pero se arrepintió de inmediato por el comentario. De los que pasamos ese fin de año juntos, quedábamos muy pocos. Prácticamente los que ahora estábamos ahí, en medio de la Patagonia. Nos quedamos mudos.

—Es una idea, sí señor —dijo el Chifa de pronto. Levantó el vaso con el clericó, y dijo—: Por Pulu.

—¡Eso! Por Chechu.

—Por Quilo.

—Por el Lanas.

—Por Floro.

—¿Vos, Angueto?

—Por Mary, Rosa y Loro.

—Por el Popi.

—Por Luis.

—Por Maca.

—Por Luli.

—Por Selva —dijo el General sin mirarme.

—¡Por Amanda!

—¡Eso! Por Amanda.

—Por tu mujer y tu hija, boludo, vos que tenés —me dijo Chifa.

Kurtz nos miraba, extrañado, y aunque no preguntó nada, percibía lo que aquel momento significaba para nosotros. Levantó su vaso:

—Por ustedes, un grupo extraordinario.

—Por usted, profesor —brindó Gari.

Volvimos a callar mientras avivábamos el fuego. Estábamos todos picados y melancólicos, entre el vino y el recuerdo. Parecía como si por fuera del círculo de luz, nuestros muertos estuvieran esperando el final de la fiesta para buscarnos. O como si nos miraran a través de un vidrio, como si tuvieran muchas ganas de estar de nuevo vivos, con nosotros. No estaban enojados, solo tristes. Fue una hermosa sensación.

—¿No cantan ustedes para Navidad? —preguntó el arqueólogo.

—Eh, viejo, ya se le subió el alcohol. Es fin de año, ¿se acuerda?

—Ya lo sé, pero como nos pasamos la Navidad…

—No diga eso, si le armamos el arbolito.

—No tiene punta, che —dijo Gari. Pensó un segundo, hasta que sacó algo de su bolsillo y lo fijó en la rama más alta del arbusto.

Era su foto de Evita.

—¡Eso, un árbol peronista, carajo!

—¡Papá Noel vino el 17 de noviembre del 72! ¡Papá Noel es argentino! ¡Lo trajimos nosotros! —saltó Gari, borracho.

—¡Viva Perón!

—No, Perón no: ¡vivan los compañeros!

—¡Vivan! —gritamos todos, y más de uno miraba de soslayo para

que no le vieran los ojos brillantes de lágrimas. Kurtz, algo apartado, nos miraba con un brillo extraño. Arrancó, de pronto, con voz cascada y dulce:

O Tannenbaum, O Tannenbaum,
Wie treu sind deine Blätter.
Du grünst nicht nur zur Sommerzeit
Nein auch im Winter wenn es schneit.
O Tannenbaum, O Tannenbaum,
Wie treu sind deine Blätter.

—¿Qué es eso, viejo?

—Un villancico de mi tierra. Habla del árbol de Navidad, que es verde en invierno y en verano. Lo cantábamos siempre.

—¿Se sabe otra, viejo? Dele, que ni música tenemos.

—Pero son sencillos, no sé si a ustedes…

—Dele, viejo. ¿Cuánto falta para las doce?

—Cinco minutos.

—Dele, profesor, terminemos bien el año.

Kurtz se aclaró un poco la garganta, entrecerró los ojos con los brazos cruzados, y mientras hacía como si estuviera durmiendo a un bebé, cantó con suavidad:

Joseph, lieber, Joseph mein,
Hilf mir wiegen mein Kindelein!
Will es wiegen und singen ein:
Nun schlaf in Ruh,
Die Äuglein zu,
O Jesus!

La noche estrellada era una invitación a soñar. A lo lejos, muy lejos, alguien disparaba unos tiros al aire. Por el lado de Jaramillo reventaron unas cañitas voladoras.

—¡Feliz año, compañeros!

—¡Feliz 1982!

10. ALIADOS

A LA MAÑANA siguiente cargamos todo en el Cumpa mientras el profesor ponía candado a su galpón y su casa.

—¿A dónde vamos ahora?

—Para San Julián.

Al norte, a nuestras espaldas, tronaba y relampagueaba. Pero al frente, hacia el sur, en nuestra dirección, el sol brillaba en medio de un cielo despejado.

—Corré Nemo, dale, que se nos viene el agua.

El Cumpa volaba empujado por las ráfagas de viento que recibía de cola. El colectivo hacía cien kilómetros por hora y vibraba de lo lindo. Finalmente, la tormenta nos pasó por arriba y llegamos a San Julián en cinco horas. Siguiendo las indicaciones de Kurtz, atravesamos con rapidez el poblado, que era pequeño, con casas de madera y zinc, muy parecido a Puerto Stanley, según dijo el General, porque esas construcciones eran las marcas que los ingleses dejaban en todos lados. El Cumpa tomó un camino que bordeaba la costa, hacia el sur. Dejó atrás el puerto, que estaba casi vacío, salvo por dos pesqueros inmensos y dos o tres barcos pequeños. Bordeamos la costa hasta un lugar que se llama Punta Desengaño, y disminuimos la velocidad a campo traviesa. El camino era una simple huella desdibujada, señal de que casi no se transitaba.

Luego de andar casi una hora en plena tormenta, llegamos a una casa que se alzaba frente al mar, al borde de unos acantilados. A unos quinientos metros se distinguían unas masas oscuras que parecían galpones.

—Aquí es —dijo Kurtz.

Nemo estacionó el colectivo en un playón de cemento frente a la casa de techo de zinc, que repiqueteaba por la lluvia. Las canaletas de drenaje escupían chorros de agua. Antes de bajar, tocó un par de bocinazos.

—Ya sabe que venimos, pero por las dudas. Es de tirar primero y preguntar después.

Se iluminó la ventana ubicada por encima de la puerta de madera, por donde se asomó un viejo alto y recio. Con la luz de una linterna enfocó primero el parabrisas y luego a nosotros, nos estudió con detenimiento, y con un gesto nos invitó a pasar. La mirada del anciano

era acerada, realzada por los ojos grises bajo unas cejas muy pobladas:

—Bienvenidos —dijo—. No suelo recibir visitas, pero si es cierto lo que el amigo Kurtz dice que se traen entre manos, vale la pena hacer una excepción.

Detrás de la puerta había un máuser viejo, como los del Ejército.

Pasamos a un segundo salón muy amplio, adornado con platos decorados con escudos de los estados alemanes. Nos fuimos sentando alrededor de una mesa muy larga, en la cual podrían caber con comodidad veinte personas. El anciano se sentó a la cabecera, mientras Kurtz lo presentaba:

—Caballeros, él es *Herr* Lothar Meier —Kurtz mostraba un respeto por el anciano que parecía basado en algún tipo de jerarquía que desconocíamos.

—¿Quién está al mando? —preguntó Meier con tono marcial.

—Yo, señor Meier —dijo el General.

—¿Es cierto lo que dice Kurtz? ¿Qué piensan desembarcar en las islas Falklands?

—Malvinas, Meier, por favor —cortó el General.

—Está bien, Malvinas, si eso lo hace feliz —replicó el alemán—, pero no contesta mi pregunta.

—El nombre es importante. Para nosotros es tan importante llamar Malvinas a las Falklands como para ustedes llamar Dantzig a Gdansk, *Herr* Meier. Y sí, así es. Eso es lo que pensamos hacer.

—Es muy agudo para ser alguien que solicita ayuda. ¿Por qué motivos piensan meterse en algo semejante?

—¿No son muchas preguntas?

—Alguien que va a colaborar, eventualmente, en una operación como esta, tiene derecho a preguntar.

—¿Y cómo puede colaborar?

Meier sonrió con suficiencia:

—Digamos que les puedo garantizar que lleguen con seguridad, discreción y rapidez a Tierra del Fuego, donde tengo entendido que los aguarda un velero.

—Está bien —dijo el General, mientras observaba de reojo nuestras reacciones.

Yo no entendía nada, y creo que mis compañeros tampoco. El único que seguía la conversación con absoluta atención era Nemo.

—Somos combatientes contra la dictadura militar…

—arrancó el General, pero el viejo lo interrumpió:

—¿Marxistas?

—Peronistas, Meier. Somos montoneros.

—Según tengo entendido, sus enemigos no hacen esa distinción.

—No es algo para discutir aquí, hoy. ¿Sus peros son para levantar el precio de la ayuda?

—Me ofende, estimado amigo. ¿Es de los que creen que los altos ideales se encuentran únicamente en la izquierda? Acaso todo esto sea gratis para ustedes.

Ahora el que se rio fue el General:

—Soy de los que creen que al menos la izquierda tiene límites morales para establecer los métodos que considera adecuados para llegar al triunfo de sus ideales —probablemente ni él estaba convencido de su respuesta.

—En todo caso, estimado joven, será por eso que siempre son derrotados. Y permítame decirle, además, que muchos compatriotas podrían contarle el trato que recibieron en Rusia durante la guerra, lo que relativizaría enormemente su afirmación.

—En Rusia murieron cuatro civiles por cada soldado soviético, Meier —retrucó el General.

—Todo esto es muy interesante, y se los ve muy entusiasmados con lo que dicen, pero yo no entiendo nada, compañeros —interrumpió Gari, que estudiaba un plato que había tomado de una repisa.

—Aunque es algo burdo, su subordinado tiene razón —dijo Meier al General—. ¡Por favor, deje ese plato! —le gritó a Gari, y luego su voz recuperó el tono normal. Me estaba explicando los motivos para salir hacia las Falklands.

—Queremos producir un hecho público que le genere un incidente diplomático a la dictadura militar, que la obligue a abrir el juego político. Seguramente sabe el peso que el reclamo por las islas tiene para los argentinos, señor Meier. Sería también un ataque al imperialismo británico, la concreción de un anhelo histórico de nuestro pueblo.

—Mi enemigo también es el capitalismo, señores. Mis enemigos son el capitalismo y el comunismo, para ser más precisos. Occidente no lo entendió así, y nos dejaron solos frente al bolchevismo.

—¿Es nazi, este? —me preguntó Gari por lo bajo.

—Sshh, boludo, callate —susurré, sintiendo que todas las miradas confluían en nosotros.

—¿Pero es o no es?

—Me parece que sí.

Se encogió de hombros:

—Si los trajo Perón, para mí está bien —pero de pronto pareció alarmado—. Che, ¿el Angueto no dijo que venía de las FAR?

—Sí, ¿y?

—Y, que es moishe, entonces. Vamos a tener que cuidarlo. A ver si el nazi lo manda para el horno.

—Sus hombres tienen una forma lineal de entender las cosas, estimado amigo —dijo Meier con fastidio por la interrupción.

—Bueno, Meier, pido disculpas en nombre de mis compañeros. Me

decía que se habían quedado solos enfrentando al mundo…

—Sí, sí. Solo por vengarme de la traición de los británicos los ayudaría. Pero además tengo otros tres motivos. Uno: los alemanes sabemos bien lo que es una aspiración territorial insatisfecha. Dos: su país nos recibió como a hijos pródigos…

El viejo se puso de pie con marcialidad:

—Tres: mi padre era marino, señores. Era teniente de navío en el *Gneisenau,* de la flota del almirante Von Spee. Esa flota fue destruida por una fuerza superior británica frente a las islas Falklands, en diciembre de 1914. Mi padre fue uno de los 2.100 hombres de la *Kriegsmarine* que murieron en esa batalla.

Bajó con teatralidad la cabeza y aspiró profundamente. No estaba abatido, sino que juntaba fuerzas antes del salto. Apoyó las manos sobre la mesa, como un tigre al acecho:

—Es por todos esos motivos, caballeros, que los vamos a ayudar. En otro terreno, seríamos enemigos, pero hoy, puntualmente, son muchas más las cosas que nos unen, y el amor por las causas profundas no es la menos importante. Esas causas son las que ennoblecen a los pueblos.

Señaló hacia una puerta a sus espaldas:

—Caballeros, síganme, por favor.

—Allá vamos, señor Meier —dijo el General.

—Capitán Meier —lo corrigió el viejo saboreando las palabras, mientras Kurtz pegaba un taconazo a nuestras espaldas y se cuadraba al escucharlo—: *Fregattenkapitän* Lothar Meier.

11. EL ÚLTIMO LOBO DE LA MANADA

La puerta conducía a un amplio túnel oscuro y mal iluminado. El Capitán accionó una llave de un tablero y una hilera de luces se encendió hasta donde alcanzaba la vista. Del fondo del túnel llegaba un leve vaho marino, y como al caminar íbamos en permanente descenso, deduje que en algún momento llegaríamos al mar.

El Capitán nos guiaba con sus pasos firmes y con su tono marcial.

—Después de la humillante derrota en la Primera Guerra Mundial, los vencedores impusieron a Alemania condiciones inaceptables de sometimiento. No podría construir tanques de guerra ni armar una fuerza aérea, el Ejército nunca podría tener más de cien mil hombres. La Marina de Guerra no podría desarrollar naves de más de diez mil toneladas (el equivalente a un crucero) ni disponer de submarinos.

—Es por el tratado de Versalles —explicó el General hacia atrás, didáctico.

—Exactamente. Con esa artimaña diplomática de los cagatintas se buscó domar a un pueblo seguro de su destino. Pero los alemanes nos rebelamos contra el *Diktat*…

Las risotadas de Gari y Chifa, rebotando en la galería, lo interrumpieron. Quién sabe de qué se estarían acordando.

—*Herr* General, supongo que usted estará seguro de los criterios con los que elige a sus hombres —dijo indignado.

—Muchachos, respeto —pidió el General.

—Jaja. Perrrdón.

El túnel descendía ahora con mayor brusquedad, y hasta debimos bajar unos escalones. El olor a mar se iba haciendo más fuerte. Angueto contaba los pasos:

—474, 475, 476, 477, 478…

—Cuando el Führer tuvo el poder en Alemania —continuó Meier—, aceptó la idea del almirante Dönitz de impulsar la construcción de sumergibles. Nunca equipararíamos el poderío naval de nuestros adversarios británicos y franceses. Pero los submarinos, durante la guerra del 14, se habían probado como un arma muy eficaz para ahogar económicamente al enemigo. Lo más selecto de la oficialidad joven, pero también lo más destacado de nuestro pueblo, sin tener en cuenta jerarquías ni estirpes, pasó por las escuelas de submarinos. Cuando empezó la guerra, la flota submarina inició la caza. Yo,

señores, fui uno de los tripulantes del *U-47*, y con el comandante Gunther Prien entré en la mismísima base de la flota inglesa, en Scapa Flow, para mostrarles que ningún camino se cierra a la audacia. Era un joven *Wachtoffizier* por entonces —siguió enternecido—, pero cuando el *Royal Oak* saltó por los aires gracias a nuestros torpedos, sentí la emoción más intensa de mi vida: era mi primera presa.

—1249 —dijo el Angueto al detenerse. Estábamos en lo que parecía un amplio salón a oscuras:

—¡*Obermaschinist* Kurtz: la luz! —y el arqueólogo pegó un taconazo y encendió una llave, mientras se nos caía el mentón del asombro. Ese sí que había sido un buen minuto. Lo tragamos todos.

—La guerra submarina es la más completa, señores. Combina el mayor desarrollo tecnológico con el más primitivo de los instintos humanos: el del cazador. Miren a su alrededor: los mejores capitanes. Merecen su respeto —dijo, mientras el pecho se le llenaba de entusiasmo.

Sobre las paredes colgaban retratos de hombres jóvenes y sonrientes. Algunos con la barba crecida, otros recién afeitados, pero todos con cruces de hierro al cuello y condecoraciones sobre el pecho.

—Los más capaces de la manada de lobos —continuó el capitán—: Endrass, 206.000 toneladas; Kretschmer, 54 barcos y 314.000 toneladas; Erich Topp, 243.000 toneladas; Prien, mi comandante, 203.000 toneladas —y continuó hasta que todos los retratos del muro estuvieron presentados.

En el centro de la habitación había una mesa baja, cubierta por una gigantesca carta náutica salpicada de puntos rojos y fechas. Nos fuimos ubicando mecánicamente a su alrededor:

—La vida en el mar nos unió profundamente, con una fuerte camaradería y espíritu de cuerpo. De los 39.000 submarinistas que comenzamos la guerra, más de 32.000 murieron. Aun cuando ya no teníamos naves, ni combustible, los camaradas pelearon orgullosos de pertenecer a una fuerza de élite entre las ruinas de Kiel y Berlín —apoyó las manos sobre el mapa—. Aquí, caballeros, tenemos señaladas las tumbas de estos valientes y de sus naves. La tecnología, la superioridad material del adversario, hicieron que perdiéramos la batalla del Atlántico después de haber visto la Estatua de la Libertad a través de nuestros periscopios. Muchos buenos camaradas se fueron para siempre con muertes horribles: escaldados, ahogados luego de días de permanecer en el fondo del mar, lanzando desesperados pedidos por la radio. Marcar sus sepulturas es una tarea lenta y dolorosa, que obliga a permanentes rectificaciones. Nosotros estamos aquí.

El Capitán señaló un punto en la costa patagónica, marcado con una cruz gamada. Meier estaba de espaldas a una amplia puerta metálica

que comenzó a abrirse al accionar un botón bajo el borde de la mesa. Un resplandor vivísimo que aureolaba al Capitán llegó al mismo tiempo que un penetrante tufo a algas y el rumor distante del mar:

—Esta cruz es la señal de que no nos han vencido. Les presento al *Schweinefront*, mi nave, el delfín de la manada Pfeil, el último de los lobos que aún no está satisfecho con las 117.000 toneladas que hundió. El único submarino de la *Kriegsmarine* que no se rindió en 1945.

Nos miró uno a uno y se apartó mientras concluyó:

—La nave que los ayudará a llegar a sus islas.

Frente a nosotros, unos reflectores poderosos amurados a columnas que parecían de hormigón iluminaban una especie de gran pileta de agua salada. A nuestra derecha, con el agua lamiéndole los flancos, había un submarino. Estaba camuflado con trazos rectos irregulares en blanco, negro y gris. De la torre, al centro, sobresalían unas antenas y el mástil. A cada lado llevaba pintada una cabeza de jabalí de colmillos amenazantes, con el típico casco prusiano puntiagudo calzado.

¡Estábamos en una base de submarinos secreta! ¡Las leyendas eran ciertas! Miramos a Meier maravillados. Nadie daba un paso, sino que girábamos sobre el lugar mirando hacia arriba, hacia las altas bóvedas de hormigón, hacia los barracones, al fondo, hacia los coloridos banderines que colgaban de lado a lado de la gruta, a las grúas y maquinarias que descansaban en el lado opuesto al de la nave.

—¿Cómo, cuándo? —el General no salía de su asombro, acariciaba con la mirada la estructura de la nave, los ojos le brillaban como el día que nos anunció el cruce.

—Una verdadera belleza, en perfecto estado de funcionamiento. Es un Tipo VIIC, oceánico. Y esta base secreta, hasta hoy, es capaz de albergar a seis iguales con sus tripulaciones completas —explicó Meier. Pasó un brazo sobre el hombro del profesor Kurtz y dijo emocionado—: el oficial maquinista Kurtz y yo somos los únicos sobrevivientes de la tripulación del *Schweinefront,* los últimos dos de los cincuenta hombres que llegamos aquí en agosto de 1945.

Lo seguimos hacia el submarino. Cruzamos la pasarela y nos desparramamos por la cubierta. Gari y Chifa admiraban maravillados un cañón, y Angueto, una ametralladora en afuste antiaéreo, emplazada en la torre.

—Las armas están lubricadas, con su munición correspondiente. Las cargas de los torpedos están activas. El *Schweinefront* se encuentra listo para combatir desde que nos encerramos aquí tras las derrota. Las únicas veces que hemos navegado —dijo melancólico el Capitán— fue para salir a mar abierto y sepultar en el mar a los viejos camaradas. Casi cuarenta años aquí, bajo la roca, frente al mar que dominamos,

esperando un motivo para volver a salir.

Meier y Kurtz se cuadraron ante nosotros y el Capitán dijo con solemnidad:

—Somos nosotros los que tenemos que estar agradecidos por la posibilidad de combatir otra vez contra el ancestral enemigo.

12. LA PLAZA

MIENTRAS a proa el capitán Meier nos explicaba algunos detalles técnicos del submarino, Gari había aprovechado para subirse con Angueto al puente de mando. Asomado por la barandilla, abrió los brazos como Perón y le imitó la voz:

—¡Solo ostento tres títulos que me enorgullecen: el de ser soldado, el de ser considerado primer trabajador argentino, y el de ser peronista!

—¡Bajá, boludo, cuidado! ¡Dejate de joder!

Estaban como criaturas. No sé quién tuvo la idea, pero desde abajo le cantamos para seguirle la broma:

—¡No queremos carnaval, asamblea popular!

—Compañeros —continuó Gari de memoria—. Hace hoy veinte años que en este mismo balcón y con un día luminoso como este, hablé por última vez a los trabajadores argentinos. Fue entonces cuando les recomendé que ajustasen las organizaciones, porque venían tiempos difíciles. No me equivoqué ni en la apreciación de los días que venían ni en la calidad de la organización sindical, que se mantuvo a través de veinte años, pese a estos estúpidos que gritan…

—¡Rucci, traidor, saludos a Vandor! —respondimos desde cubierta.

Gari empezó a llorar y apretaba los dientes con rabia. ¿Dónde estaba? ¿No se daba cuenta de que estas paredes no eran nuestras columnas, que los banderines que colgaban del techo no podían ser nunca las pancartas que habíamos pasado con picardía a pesar de la prohibición, ese 1° de mayo? ¿Podía ser capaz de confundirse el rumor del oleaje con nuestros gritos de esa tarde?

Se repuso e hizo un gesto de calma con las manos:

—Decía que a través de estos veinte años, las organizaciones sindicales se han mantenido inconmovibles, y hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más méritos que los que lucharon durante veinte años.

A sus pies, Chifa y Nemo berreaban:

—¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa General, que está lleno de gorilas el gobierno popular?

—¡Perón, Evita, la Patria Socialista!

Angueto había agarrado a Gari de los hombros, pero ya no lo podía callar:

—Dale, boludo, aflojá. Te hace mal. Siempre te pasa lo mismo…

—Quiero que esta primera reunión del Día del Trabajador sea para rendir homenaje a esas organizaciones y a esos dirigentes sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica, y han visto caer a sus dirigentes asesinados, sin que todavía haya sonado el escarmiento —y Gari terminó la frase y bajó la cabeza, que quedó escondida entre sus hombros agitados por el llanto.

—¡Conformes, conformes, conformes General, conformes los gorilas, el pueblo va a luchar!

—¡Aserrín, aserrán, es el pueblo que se va! ¡Aserrín, aserrán, es el pueblo que se va! —y marcábamos el paso a ritmo de marcha.

Meier y Kurtz nos observaban azorados. Sobre todo a Gari, que no paraba de llorar en la torrecilla.

—Es que es muy sensible. Ustedes no entienden —les explicaba Chifa.

—Lo que sea, *herr* Chifen, pero el puente de mando de un submarino no es un lugar para llorar ni para montar una comedia.

Angueto, que lo había ayudado a Gari a sentarse, nos guiñó un ojo desde arriba, agitó su puño y gritó aflautando la voz unas palabras inconfundibles:

—Yo le pido a Dios no permita a esos insensatos levantar la mano contra Perón, porque ¡guay de ese día! —Gari levantó la cabeza y lo miraba extrañado—. ¡Guay de ese día! Ese día, mi General, yo saldré con el pueblo trabajador, yo saldré con las mujeres del pueblo, yo saldré con los descamisados de la patria para no dejar en pie ningún ladrillo que no sea peronista.

—¡Si Evita viviera, sería montonera! ¡Si Evita viviera, sería montonera!

Desde abajo aplaudimos hasta que vimos sonreír a Gari. Abrazó a Angueto y bajó por la escalerilla para unirse al grupo.

—Perdón, compañeros, es que me emocioné. ¡Cómo puede ser que el Viejo nos haya cagado así!

—Antes de tu numerito, el Capitán nos estaba explicando que faltan cerrar algunas cuestiones antes de zarpar —le dijo el General algo enojado.

—*Jawohl, herr* General. Necesitamos combustible. Aunque naveguemos en superficie no disponemos del suficiente.

—Con el profesor Kurtz pensamos una opereta —intervino Nemo—. En Caleta Olivia, miércoles por medio llegan dos camiones tanque de YPF al depósito de Vialidad Nacional, para abastecer a las máquinas y camiones. Con eso sería suficiente.

—Tendríamos que afanarnos los camiones.

—Exactamente —dijo el General—. Eso es de acá a diez días. Mientras, el Capitán y Kurtz terminarían de aprestar el submarino.

Nosotros traeríamos los camiones, bombearíamos el gasoil y listo. A zarpar.

—A Malvinas.

—No, a Isla de los Estados. Acuérdense que hay que encontrarse con el velero que nos va a llevar.

—Nosotros no podemos comprometer nuestro *U-Boot* en una operación que tendría consecuencias diplomáticas y militares que obligarían a que el secreto de esta base naval se perdiera —acotó Meier.

13. EL CARA ANTIGUA

En el camino, a bordo del Cumpa, tuvimos tiempo de revisar por última vez las armas y de que Nemo terminara de describirnos el terreno en el que íbamos a operar:

—Hay una casilla de guardia a la entrada, un portón de alambre tejido con un candado, y después el playón. Los camiones están guardados en galpones, junto a las máquinas viales. Hay dos serenos y una barraca para el personal. Pero están desarmados, eso seguro.

Llegamos a los alrededores de Caleta. El terreno de Vialidad estaba en la entrada. Detuvimos el colectivo a unos cien metros y dejamos a Nemo de campana, ya que podían reconocerlo en la zona por su amistad con Kurtz. Angueto y yo íbamos a reducir la guardia de la entrada y el General, Gari y Chifa se ocuparían del personal de las barracas. Pensábamos atarlos a todos y llevarnos los camiones. Hacía bastante frío y dolía pisar el ripio. Nos habíamos puesto zapatillas para hacer menos ruido.

—¡Manos arriba, no te movás que sos boleta! Únicamente había un sereno en la casilla de la entrada. Mientras yo lo mantenía boca abajo en el piso, Angueto le revisó los bolsillos buscando las llaves del portón de la entrada, y con la otra, la que tenía el fierro, le hizo gestos a los compañeros para que avanzaran. Corrieron agachados hacia el barracón. Desde el edificio llegaba la música de un chamamé.

—Flaco, déjense de joder, qué van a hacer, si no hay guita acá. Me van a hacer perder el laburo —suplicaba desde el piso el hombre al que habíamos reducido. Le conocí la voz, y me puse alerta: era el soldador que nos había arreglado el colectivo. Angueto también lo reconoció.

Al ratito llegó Gari, echando nubecillas de vapor por la nariz; la noche estaba muy fría aunque era verano.

—Todo diez puntos. Estaban todos mamados. Uno ni se despertó. Dice el General que lo traigan a este, así atamos a todos juntos.

El soldador levantó la cabeza y lo miró. Angueto lo pateó:

—No nos mirés, hijo de puta. ¡Te mato, si no!

Lo llevamos al galpón, donde cuatro tipos de mameluco azul, inmovilizados, miraban al piso en completo silencio, mientras el General los apuntaba.

—Aten a ese también —ordenó.

Pero el chapista alcanzó a zafarse y encaró a Gari:

—Gari, ¿no te acordás de mí?

Gari lo miró extrañado, igual que cuando estábamos en el Bosque Petrificado:

—¡Cara Antigua! ¡Hijo de puta! ¿Qué hacés acá? —y lo abrazó—. Está todo bien, jefe, es un compañero. Era de los navales, de Tigre.

—¿Qué pasa, Alessio? —se animó a decir uno desde el suelo—. ¿No son chorros estos?

—No, Sosa. Son compañeros peronistas, de los buenos. Gari, la gente que tienen atada es del palo. Si hasta están empezando un laburo.

—¿Y si son peronistas por qué no nos desatan?

Nos miramos azorados. El General no lo podía creer. Ordenó desatarlos, aunque por las dudas, dejó una amenaza en el aire:

—Igual, las armas las tenemos nosotros.

—Y bueno, no podían ser perfectos. Son montos, pero está bien —escupió con asco otro de los capturados mientras yo lo alzaba para desatarlo.

—¡Cara Antigua! —repetía Gari—. Claro, te sacaste el bigote y tenés el pelo corto, por eso no te reconocí. —Le palmeó los hombros y nos habló a nosotros—: Yo lo conozco a este pibe de cuando acompañaba a Luis a atender a la gente de astilleros Astarsa —se puso serio—. Después se abrió, pero bueno, cada uno hizo lo que pudo entonces, ¿no?

El Cara Antigua sonrió torciendo la boca.

El tiempo corría y no podíamos seguir demorándonos; les pedimos las llaves de los camiones que nos íbamos a llevar para aprovisionarnos del combustible.

—Sin problema, compañeros. Pero no nos caguen. No se lleven los camiones. Los ayudamos, y si nos indican dónde los van a dejar, nosotros los buscamos, los volvemos a traer y aquí no ha pasado nada. Pueden confiar en nosotros —dijeron con sencillez.

Decidimos que eso era lo mejor para el secreto que quería mantener el capitán Meier.

—Está bien —dijo el General— pero estos dos se vienen con nosotros, y después se vuelven con los camiones —y señaló a Cara Antigua y al que había preguntado por qué estaban atados, un viejo diminuto, el tal Sosa.

—Momentito —intervino Sosa—, que a mí nadie me lleva de la nariz. ¡Yo soy un combatiente de la Resistencia, carajo! —Se fue hasta los armarios y regresó con un envoltorio de tela. Era un revólver. Lo desempaquetó, lo apoyó con un golpe seco sobre la mesa y nos dijo mientras le brillaban los ojos—: Pongo mi herramienta a su disposición.

Y conmovido, meneaba la cabeza con los ojos húmedos de emoción, como si no terminara de creer lo que estaba viviendo.

—Volvieron los muchachos. Empezamos de nuevo.

14. RECIÉN AHORA

REGRESAMOS en convoy, el Cumpa haciendo punta y los dos camiones tanque atrás. Yo iba en la cabina del último, que manejaba Gari, con el Cara Antigua sentado en el medio de nosotros dos. Como a los quince minutos, muy serio, dijo:

—Muchachos, yo no sé qué van a hacer, pero llévenme con ustedes.

No le contestamos. Solo se escuchaba el ruido del motor, y el viento soplando en ráfagas que atravesaban el camino.

—Gari, vos sabés que a mí no me gustaba lo de los fierros. Viste las discusiones con los muchachos cuando hablaban de encuadrarse y de las prácticas de tiro —el Cara Antigua miraba fijo hacia adelante como si en el parabrisas estuvieran pasando una película solo para él—. Cuando la burocracia mató a Valverde yo les dije que nos iban a empezar a cazar como a pajaritos, que en eso del ojo por ojo llevábamos las de perder… Y empezaron a aparecer nuestros muertos… Yo tuve miedo y me abrí.

—De la JTP Navales no quedó casi nadie, compañero —acotó el Gari haciendo como que prestaba atención solo a la ruta. Era lo más parecido a un reproche.

—Sí, es cierto. Antes del golpe de marzo ya habían matado a varios, al Negro Álvarez, a Mesa, al Tití, a Valverde, a esa maestra, ¿te acordás? Rosita… Si yo los fui a buscar cuando aparecieron quemados en Moreno. Y después mataron al padre Pancho, que hizo la misa por ellos. Parecía que no iba a parar nunca. Me abrí, sí. Tenía miedo, y no entendía lo que hacíamos.

El camión dio un barquinazo, y el Cara Antigua suspendió por un instante la salmodia de una historia que conocíamos por otros compañeros, de otras fábricas.

—El día que los milicos rajaron a la Isabel llegamos al astillero y estaba lleno de colimbas con camiones y tanquetas. Se apostaban en la guardia de entrada y con las fichas de personal te paraban, te comparaban con la foto y los datos que tenían. Cada tanto a alguno lo subían a los camiones. Uno preguntó por qué se llevaban a un morocho, y le contestaron que por delegado. Entonces dijo que si era así a él también se lo tenían que llevar. Hacía dos días que lo habían elegido. Y te revisaban todo, y siguieron los pesados de la CNU y la Triple A en la planta, trabajando como encargados de personal.

—Debe de haber sido jodido… —el tono del Gari había cambiado.

—Jodido, sí… No podías ni respirar. Al barrio de Rincón la gente le puso "el barrio de las viudas". Yo seguí laburando hasta el 78, después ya no se aguantaban ni el miedo ni los controles y me vine para acá a hacer de chapista. Yo era calderero y esto de emparchar tanques de nafta es una boludez. Cada tanto alguno te pide una reja también. Pero hasta el Mundial, antes de irme, te ibas enterando de cómo caían los demás. Seguíamos yendo a tomar vino al bar ese del Canal, El Refugio, pero era insoportable porque todos sabíamos y todos nos hacíamos los boludos… el Huguito… el Tano y su cuñado… a Marras lo balearon con su hija en brazos, mientras trataba de escaparse por el río. Boncio, el Carbonilla, la Fabiana, Toledo… Sus familias rajadas, sin un mango, los pibes en la calle, los canas manoseándoles a las mujeres en la comisaría… Y el Macaco, Gari, el Macaco. Para qué me habrán contado.

—¿Qué le pasó?

El Cara Antigua no escuchaba. A los costados, el terreno que bordeaba el camino era de alquitrán. El parabrisas reflejaba su rostro perdido, y en él, como si la película ahora fuera para nosotros, empezó a dibujarse la historia terrible que contó:

—Él era un fanfarrón, ¿te acordás? Era tan poronga como los otros, y se pasó cacareando que cuando le cayeran los milicos les iba a soltar los perros, que los iba a correr con los perros. Se ve que el dato le llegó al Ejército. Cuando lo fueron a buscar, se tiroteó escondido en un monte cerca de Mestrina hasta que se le acabaron las balas, y entonces lo agarraron. Lo llevaron a Campo de Mayo, cada tanto lo sacaban y lo llevaban a la comisaría de Tigre, se alternaban para darle. Dicen que cobró más que el resto, que les daba bronca que se la bancara.

—Era bravo el Macaco —dijo mi compañero.

—Se lo comieron los perros, Gari. Estaba herido, estaba arruinado por la tortura, y le cortaron los garrones para que no pudiera caminar, para que anduviera de rodillas y se lo comieran los perros. Se lo comieron los perros… Los muchachos tenían razón. —El Cara Antigua hacía esfuerzos por no llorar, pero se le quebraba la voz.

—Acá yo estoy solo, muchachos. Sé de fierros, de mecánica, quiero ir con ustedes.

—Calmate, loco, que ahora estás entre compañeros. Yo voy a hablar con el General —le dije, palmeándole la espalda.

Pero no me escuchaba.

—A veces, a la noche, me parece que escucho los ladridos de esos perros. Tardé todos estos años en entender lo que los muchachos decían. Esto no se les quita de buenas maneras. Estos tipos se cagan en una huelga, te barren. Esto no te lo largan así nomás… No van a dejar así sus privilegios. Mirá lo que nos hicieron…

Un zorrito se cruzó entre el camión delantero y el nuestro, y por un segundo los faros rebotaron en sus pupilas dilatadas, que nos estudiaron con atención.

—No les voy a fallar esta vez, compañeros. Llévenme con ustedes.

Permanecimos en silencio el resto del viaje, abatidos por la historia. Cada tanto, el Cara Antigua repetía las mismas palabras cargadas de tristeza, como una letanía:

—Al Tano yo le decía que los fierros iban contra la política sindical, que nos iban a hacer boleta. Que había que profundizar el activismo entre los compañeros, organizarse, hacer medidas de fuerza. Pero tenía razón él… Todo este tiempo tardé en darme cuenta de lo que decían los muchachos… Todo este tiempo, negro.

Sosa y Cara Antigua nos ayudaron a hacer el traspaso del combustible a un depósito enterrado que los alemanes tenían disimulado bajo una bomba de agua. Después dejamos al viejo en la ruta, con los camiones. Nos deseó suerte y rumbeó con uno de ellos para el norte. Después regresaría por el otro, y para la mañana —dijo — nadie se daría cuenta del asunto. Se guardaba el fierro hasta la próxima.

Sexta parte

EL MAR

1. ANCLADOS

Los primeros días el tiempo no nos quiso acompañar. Un temporal tremendo explotó contra la costa, transformándola en una larga línea de espuma y masas grises. El cielo estaba completamente cubierto y la lluvia nos golpeaba las caras con ráfagas muy frías. Permanecimos en la cueva del submarino. El General y Nemo nos explicaron más o menos el recorrido que íbamos a seguir, costeando el litoral para abrirnos, mar adentro, a la altura de Río Grande y hacer rumbo hacia la Isla de los Estados, hasta una bahía semioculta en el lado sur de la isla, donde nos esperaría un velero de un amigo de Nemo que además iba a venir con nosotros, un tipo de la vieja Columna Oeste. Teníamos unas 350 millas marinas que pilotear con el submarino desde San Julián hasta la roca que había fascinado a Julio Verne. Si todo salía bien y navegábamos con precaución, eran unos cuatro o cinco días a bordo de la nave, y después, dos más en el velero.

Durante la tormenta nos fuimos haciendo expertos en la jerga marinera y también en golpes en la cabeza. Desacostumbrados por completo a desplazarnos a través de las puertas estancas entre las distintas partes del submarino, terminamos llenos de chichones. Y se volvió lugar común escuchar un golpe seco y una puteada seguida de las carcajadas del que venía atrás.

Los alemanes, a pesar de su edad, se movían con destreza y parecían haber rejuvenecido. Iban de la sección de las cuchetas a la sala de máquinas, de la torrecilla a los tubos lanzatorpedos, mientras desarmaban imaginariamente el submarino para explicarle su mecánica a Cara Antigua, a quien no dejaba de parecerle un sueño encontrarse en semejante nave. Meier y Kurtz se reían y cualquiera de nuestros comentarios era un gatillo que disparaba millones de anécdotas en los océanos de todo el mundo. Vestían sus uniformes y el Capitán llevaba la gorra blanca echada hacia atrás, como un viejo lobo de mar.

Mientras continuara el temporal dispondríamos de bastante tiempo libre, situación que provocaba temor en el General, por nuestra moral. Sin embargo, estábamos todos muy animados. Jugábamos a las cartas o dormíamos largas siestas después de dar vueltas por la base y sus alrededores.

Durante aquellas jornadas me pasé horas caminando, deteniéndome

cada tanto para contemplar en silencio el océano encrespado y gris. Los silbidos del viento eran impresionantes y me hacían saltar lágrimas de los ojos. Nunca había visto un paisaje de una belleza tan primitiva, tan fuerte y solitaria. Era hostil y acogedor a la vez. Regresaba cuando comenzaba a anochecer, momento que discernía solo si consultaba el reloj. El cielo estaba tan nublado que era difícil distinguir la transición del día a la noche.

Finalmente, una mañana, aparecieron desgarrones entre las nubes, y los dedos dorados del sol mancharon de blanco la superficie del mar, que comenzó a aquietarse.

2. POR FIN

CON EL BUEN tiempo regresó la posibilidad de partir. Una mañana, muy temprano, el rumor de los motores del submarino y el olor a humo del gasoil que los ventiladores no alcanzaban a evacuar acompañaron nuestros últimos preparativos. Por fin llegaba el momento que habíamos esperado. La posibilidad de coronar nuestros sueños, de concretar las esperanzas en nuestras fuerzas o morir en el intento. Todos éramos conscientes de la trascendencia de la situación: en una vieja cáscara de nuez, un grupo de combatientes salía a dar batalla contra su enemigo y contra sus propios fantasmas. Forcejeando con la carga, me detenía a ver los rostros de mis compañeros: serios pero felices. Felices por la chance de combatir, serios porque sabíamos que lo más probable era que de esa vuelta no hubiera retorno. Al mismo tiempo, algunos confiaban en que la magnitud de lo que íbamos a hacer impediría que la dictadura ejerciera represalias contra nosotros.

Por fin, al atardecer, la carga estuvo lista y todos a bordo del submarino. Nos vestimos con los uniformes verdes traídos desde Bahía Blanca y en la cueva abandonamos nuestras ropas de civil y los uniformes montoneros. El capitán Meier colocó una bandera roja con la esvástica en el centro, pero lo convencimos de que dada la empresa lo adecuado era el pabellón argentino, y reemplazamos el trapo alemán con la celeste y blanca, que colgaba fláccida del mástil del puente de mando.

Soltamos amarras y el *Schweinefront,* con un ruido potente, comenzó a apartarse del muelle rumbo a la salida de su guarida secreta. Dentro de la nave solo estaban Kurtz y Cara Antigua, todos los demás habíamos quedado sobre cubierta, curiosos. Una gran puerta metálica manchada de verdín se fue abriendo a medida que avanzábamos dando paso al agua de la marea alta, que inundó la pileta secreta. Ante nosotros apareció de repente el Atlántico Sur reflejando millares de estrellas y la cara redonda de una luna perfecta. Un viento helado azotó nuestros rostros, obligándonos a embutirnos en nuestras parkas.

El submarino encaró decidido la salida, mientras las primeras olas, muy suaves, lamían el casco y nos salpicaban con delicadeza. Sentimos un aleteo seco a nuestras espaldas: la bandera argentina, a la luz de la luna, estaba completamente desplegada y resistía con fiereza las ráfagas del viento, sacudiéndose en latigazos que sonaban como

estacazos. Era una visión que nos puso la piel de gallina.

Ese viento, esa bandera indómita tan a gusto entre sus ráfagas, representaban la Patria y nuestra voluntad de hacerla más grande y justa. Nos abrazamos emocionados.

—¡Todo avante, *Obermaschinist* Kurtz! Mantenga el rumbo indicado. ¡Ah, ni este viento ni ningún otro podrán detenernos! —gritó el Capitán.

—*Jawohl, herr Kapitän* —devolvió metálica la radio. Minutos después, por unos altoparlantes que habían colocado durante la mañana, nos llegó el ruido a fritura de un disco viejo, y luego sonido de trompetas y tambores, mientras el viejo Meier cantaba:

Die Fahne hoch
Die Reihen fest geschlossen
S.A. marschiert
Mit ruhig festem Schritt
Kam'raden die Rotfront
Und Reaktion erschossen
Marschier'n im Geist
In unsern Reihen mit.

—¡Ah, señores, son unos privilegiados! —nos gritó mientras sonaba de fondo el ritmo marcial—. Ni una nube, un viento que no merece ese nombre, la luna por brújula, compañeros decididos a acompañarse hasta el fin… ¡Disfruten, disfruten la sangre corriendo por sus venas! —y se reía mientras taconeaba marcando el compás.

A sus espaldas, la costa santacruceña se iba haciendo un hilo blancuzco cada vez más fino. La proa del submarino se distinguía por la espuma que se formaba al romper las olas, una estela blanca en medio de la noche. Aunque el oleaje no era muy fuerte, bastaba para que el piso subiera y bajara más de un metro bajo nuestros pies.

—Che, loco, me está agarrando un mareo terrible —dijo al rato Chifa, tapándose la boca.

Uno a uno descendimos a las cuchetas, previo paso por el baño. Hechos unas piltrafas y con el estómago revuelto nos concentramos seriamente en tratar de dormir. Pero estábamos sobreexcitados o era demasiado el malestar del mareo. Dimos vueltas y vueltas haciendo rechinar los resortes de los elásticos metálicos. Las invitaciones para subir a fumar se repitieron hasta que de nuevo estuvimos todos afuera, a la luz de la luna, mientras nuestro tiburón de metal navegaba hacia la Isla de los Estados.

3. EL ALBATROS

A LA MAÑANA siguiente avistamos desde el puente, a babor, una delgada línea anaranjada atrapada entre dos masas oscuras: era el amanecer, intentando salir de entre una capa de nubes y la masa líquida. El mar estaba bastante encrespado y costaba mantenerse de pie sobre la chapa mojada de la torre. Las gaviotas, que habían volado varios kilómetros con nosotros, ya no estaban, y a estribor la costa no se veía. Hasta donde la vista alcanzaba, a proa, a popa, a ambas bandas, se extendía un mar grisáceo. Aunque el ruido de los motores y la estela nos indicaban que avanzábamos, la sensación de inmovilidad era oprimente. Parecíamos detenidos entre una vida que dejábamos y otra que no terminábamos de imaginar.

—No debe preocuparse, General —tranquilizaba el Capitán—. El barómetro marca alta presión: tenemos buen tiempo. Sin embargo tampoco debe confiarse, aquí el clima cambia con excesiva rapidez.

Yo tenía la sensación de estar transitando un espacio de proporciones titánicas. Pasamos por el granizo y la llovizna, las nubes y el cielo despejado, varias veces en el día. A pesar del malestar que experimentaba por el mareo, me esforcé por permanecer en el puente el mayor tiempo posible. No sabía si iba a tener la oportunidad de volver a ver un paisaje como ese.

Hacia el mediodía estábamos a la altura de Río Gallegos, aproximadamente la mitad del recorrido. El capitán nos informó que navegábamos a una buena velocidad, unos doce nudos, y que así llegaríamos a la Isla de los Estados al día siguiente por la tarde.

El viento del oeste era decididamente fuerte, y había que maniobrar para no adentrarse en exceso en el mar. No era un soplo constante, sino ráfagas muy bruscas que nos llenaban la cara de agua salada. Pasamos muchas horas en cuclillas en el puente de mando, para que las amuras nos protegieran de aquellos embates.

—Hemos aprendido a amar este océano, señores —nos decía Meier —. Aquí combatimos contra la *Royal Navy* duramente, fuimos derrotados y luego sus costas nos protegieron durante décadas. Nuestros compañeros yacen para siempre en estas aguas. A pesar del incidente de anoche, que es propio de hombres embarcados, estamos orgullosos de navegar con ustedes.

—¿Se acuerda de Utz, *herr* Capitán? Él me enseñó los rudimentos de

la arqueología. A clasificar las piedras, las puntas, los raspadores, a reconocer lugares de trabajo e identificar posibles sitios para excavar. Un verdadero genio, un honor para Heidelberg, un dignísimo sucesor de Schliemann que fue de los primeros en enrolarse cuando se formó la fuerza de submarinos. Soñaba con diseñar un sumergible que le permitiera explorar el fondo oceánico, y dejó un extenso manuscrito donde probaba científicamente el posible emplazamiento de la Atlántida, a unas trescientas millas mar adentro a la altura de la ciudad de Mar del Plata. Algún día, el Gobierno argentino va a tener que reconocerle sus aportes. Y además —dijo guiñándonos un ojo— era el mejor *smutje* que tuvimos.

—*Smutje*?

—*Ja, ja, herr* Ismael. Cocinero.

De repente, un grito lastimero muy prolongado nos puso los pelos de punta. Instintivamente agachamos las cabezas: un pájaro inmenso, parecido a una gran gaviota, nos sobrevoló con las alas desplegadas, una y otra vez, estudiándonos mientras movía la cabeza en todas direcciones. Parecía suspendido en el aire, porque planeaba sin batir las alas, como si flotara. Por fin se alejó tras lanzar un nuevo chillido, tan parecido a una queja humana que me volví a estremecer. El rostro de los alemanes se había ensombrecido.

—Un albatros. Eso es muy malo —comentó Kurtz.

—¿Avisa que hay peligro? ¿Rocas cerca?

—Peor que eso, estimado amigo —el Capitán contestó primero, y sonrió compasivamente—. No hay rocas aquí. ¿Oyó su graznido? Las leyendas marinas dicen que cada albatros lleva el alma de un ahogado, y que estas llaman a otras. Alguien va a morir.

—No lo imaginaba supersticioso, Capitán.

—Mire a su alrededor antes de hablar. Agua, cielo, viento, nada a qué aferrarse salvo el recuerdo del hogar. ¿Es tan insensato pensar que un pájaro magnífico como el que vimos sea una tumba o el anuncio de la próxima?

4. BAHÍA YORK

La noche transcurrió en calma. Por la mañana nos aproximamos a la Isla de los Estados por el noreste. A proa, a la luz de un sol débil, apareció una delgada línea gris que parecía descolgarse del cielo. Al cabo de las horas, este se había encapotado, llenándose de unas nubes desflecadas, y la masa sombría de la isla mostraba el borde dentado de sus montañas, una sierra oscura salpicada de blanco y cuyos picos más altos estaban coronados de un algodón sucio de humo. Era el refugio que buscábamos, y sin embargo la tierra distante transmitía un aire inhóspito y hostil que nos cohibía y nos mantenía silenciosos.

El Capitán permanecía atento, sobre el puente, escrutando una y otra vez el mar con sus binoculares. Frente a nosotros, el cabo San Juan, que bordeamos hacia el sureste. Buscábamos una caleta recatada, dentro de una bahía llamada York, por lo que el *Schweinefront* se acercó lo más posible a la costa. El límite de esa aproximación era una extraña concentración de algas, espesa como una sopa maloliente, que parecía flotar sin rumbo protegiendo las costas.

—Son cachiyuyos —explicó Nemo—. Significa que puede haber rocas cerca. El Capitán no va a pasar de acá. Millares de gaviotas y otros pájaros que no conocíamos se zambullían una y otra vez en el campo de algas. Otros flotaban dejándose llevar por el oleaje. El sonido que hacían era insoportable y sus ecos rebotaban incesantemente, acentuando la lobreguez del lugar.

Durante algunas horas bordeamos con lentitud e infinitas precauciones el borde dentado de la isla. Rocas afiladas grises y negras, como un montón de escombros de alguna destrucción colosal, albergaban arbustos bajos o pastos larguísimos que apenas levantaban la cabeza por temor al viento. Estábamos todos apiñados en el puente, envueltos en los camperones y en una bruma lechosa que había comenzado a levantarse.

—Aquí es —dijo Meier, mientras le daba a Kurtz la orden de detener los motores y arrojar el ancla. Pobre viejo, menos mal que Cara Antigua se le había pegado desde el primer día como ayudante.

Distinguimos el casco blanco de un velero de dos palos, con las velas amainadas. Meier hizo sonar la sirena del submarino, que retumbó lúgubremente y se fue apagando en un eco interminable.

Cuando las gaviotas volvieron a posarse luego del susto, vimos que desde el velero nos hacían unas luces.

—Preparen el bote —volvió a ordenar el Capitán.

Fueron necesarios dos viajes para que todos estuviéramos en tierra con nuestro equipo, a excepción de Meier, que quedó a bordo del submarino. Caminamos por la playa guijarrosa que se prolongaba en la arena blanca y se perdía entre una maraña de ramas secas y restos de naufragios pulidos por el agua. A bordo del velero, un hombre con un gorro encasquetado saltó con destreza a un bote atado a popa del velero. En unos minutos estuvo con nosotros. Dejó su embarcación y abrazó a Nemo.

—Carlitos, querido. Aquí estamos, por fin.

—Colorado, carajo, tanto tiempo. ¿Tenés todo?

El Colorado se desprendió del abrazo de Nemo y vimos su cara pecosa y sus ojos claros:

—Todo. Mochilas, comida. Todo. Hace días que espero. Che, ¿de dónde sacaron ese submarino?

—Es largo de contar. Es del amigo aquí, a mi derecha, y del Capitán, que sigue a bordo.

El Colorado se dio vuelta y encaró a Kurtz con preocupación:

—¿Aseguraron bien su cascarón? ¿Arrastraron el ancla?

—No, solo la fondeamos. ¿Por qué?

—Mire allá —dijo el Colorado, señalando hacia el oeste, cubierto de nubes negras. El cambio se había producido en menos de quince minutos—. Se nos viene un williwaw. El que esté a bordo la va a pasar mal. Mejor llevemos las cosas al refugio allá, atrás de esas rocas.

—Tengo que volver —dijo Kurtz preocupado, yéndose para los botes.

—Ya no se puede —lo detuvo el Colorado, mientras comenzaban a soplar unas ráfagas fuertes—. Vengan.

Lo seguimos hasta descubrir algo semejante a una casilla techada entre unas rocas, hecha con chapas y maderas. Un poco apiñados, cabíamos sin problemas. Sobre la mesa había un libro de frecuencias de radio y un cuaderno con notas.

—Mantengo los vicios. Yo interceptaba la red de la policía cuando estaba en la Columna Oeste —explicó el Colorado con una sonrisa.

La casilla comenzó a sacudirse por el viento, pero el reparo de las rocas parecía seguro. Rodeamos en silencio a Kurtz, que se sentó frente al equipo mientras el Colorado manipulaba los controles:

—Capitán. Capitán. Atento. Atento. Por favor.

—Aquí el *Fregattenkapitän* Meier, *Oberst* Kurtz. ¿Cuál es el problema?

—Viene una tormenta del oeste, Capitán. No estamos bien fondeados.

—*Ach!* Kurtz, se ha contagiado de estos *ausländer*. No será la primera tormenta que enfrentemos.

—Está muy cerca de las rocas, *mein Kapitän.*

Refulgió un relámpago y un ruido de fritura explotó, cortó la comunicación y arrojó a Kurtz de la mesa. Al mismo tiempo, una turbonada de aire bajó de las montañas silbando entre las rocas y los arbustos, se arrastró por la playa y se abatió con fuerza sobre el mar. El submarino se zarandeaba como si fuera de juguete. En primer plano, el velero flotaba como una boya anunciando el pique, oscilando de un lado a otro, pero firme.

—El williwaw —explicó el Colorado— siempre baja de las montañas, que embolsan y multiplican la fuerza del viento. Su amigo está en el peor lugar, porque es donde desemboca el temporal.

Como para darle la razón, las ráfagas se sucedían unas a otras y parecían querer arrancar los matorrales. Las maderas del refugio crujían y nos llegaba el estruendo del mar embravecido.

—Atento… Atento… *Oberst* Kurtz…

—Aquí, capitán. Aquí estoy.

—Kurtz, tenemos un rumbo. Golpeamos las rocas. Hay agua en la sala de máquinas y las cuchetas de popa.

—Capitán, salga de ahí. Queda un bote. Arriésguese a llegar.

—Negativo, *Oberst* Kurtz. Soy el capitán del *Schweinefront* y un oficial de la *Kriegsmarine*. No me pida eso.

El viejo Kurtz se había empequeñecido frente al receptor, como si todos los años que tenía se le hubieran venido encima de golpe.

—¿Se acuerda de los regresos a Lorient, Kurtz? Las flores, la banda, el champagne y las hermosas francesas. Éramos invencibles, Kurtz. Somos invencibles, no lo olvide. El viejo lloraba en silencio, en un llanto quedo y tímido.

—Kurtz, ¿está ahí?

—*Jawohl, Herr Kapitän*.

—Tome nota de la posición, para marcar el lugar del hundimiento en nuestro mapa.

—¡Allá, miren! ¡Está loco! —gritó el Angueto. Meier apareció en el puente, sosteniéndose con dificultad por causa del viento. Arrió la bandera argentina, la soltó al aire e izó su trapo rojo, con la cruz blanca y negra y la esvástica en el centro. Luego volvió a desaparecer en el interior del submarino. A pesar del oleaje, se veía que la proa comenzaba a apuntar cada vez más arriba.

Kurtz se cuadró e hizo la venia, como si el capitán pudiera verlo. Nos quedamos en silencio, algunos mirando a través de la ventana, otros acurrucados contra la pared. Solo se oía el viento, en ráfagas que ya no eran tan frecuentes pero sí más prolongadas. La voz seca y autoritaria de Meier irrumpió por la radio:

—*Fregattenkapitän Meier meldet sich ab, tot!*

—Está informando de su muerte —dijo Kurtz mientras se agarraba la cabeza—. Como si fuera un parte.

Pero la radio, una vez más, cambió el tono. La canción que se escuchaba ahora nos recordó el fin de año en Jaramillo. Kurtz levantó sus cejas con asombro, luego hizo un gesto de ternura y vimos cómo la tranquilidad volvía a instalarse en su cuerpo. Con su voz cansada, acompañó la melodía metálica del aparato:

Ich weiss nicht, was soll es bedeuten,
Das Ich so traurig bin;
Ein Märchen aus alten Zeiten,
Das kommt mir nicht aus dem sinn…

Finalmente, la radio enmudeció y nos precipitamos a la ventana. No alcanzamos a ver el final del *Schweinefront;* la oscuridad se había hecho completa.

—Viejo, ¿qué era lo que cantaban? —Gari le pasó una mano sobre el hombro mientras Chifa le acomodaba el pelo blanco, que los auriculares habían despeinado.

—Una canción muy antigua que dice: no sé por qué estoy tan triste, hay un viento de tiempos antiguos que no me puedo sacar de la cabeza.

5. RIORDAN

EL TEMPORAL que hundió al submarino duró casi dos semanas en las que apenas pudimos salir de la casucha. El viento cambió al sureste, y la caleta donde estábamos quedaba completamente al reparo del viento. El Colorado Riordan nos confirmó que hubo ráfagas de más de cincuenta nudos, como cien kilómetros por hora. Y que hasta que pasara la tormenta y el viento soplara del oeste a menos de diez, no íbamos a poder salir.

Pasamos los días lo mejor que pudimos, aunque se hicieron largos. El que peor se veía era Kurtz, por supuesto. Había afrontado su dolor con dignidad, pero de golpe se vino abajo y ahora parecía un viejo decrépito.

El paisaje era irreal. Encerrada entre montañas, la caleta estaba tranquila, aunque donde terminaban las rocas parecía que el mar se revolvía con violencia y lanzaba espumarajos que a veces llegaban hasta la playa. El lugar donde vimos por última vez al *Schweinefront* era un hueco gigantesco, precisamente en el límite entre las aguas calmas y las borrascosas.

En esos días fuimos conociendo al Colorado. Su nombre era Riordan y era hijo de inmigrantes irlandeses, de San Andrés de Giles. Había militado en la Columna Oeste con Nemo, después lo pasaron a la Columna Sur castigado y se fue a la Patagonia, donde había vivido varios años.

—Mi familia cría ovejas en la Argentina desde 1887. Mi abuelo volvió a Irlanda y murió en 1916 peleando en el *Sinn Féin,* combatiendo contra la ocupación británica durante el *Easter Rising*. Su madre, mi tatarabuela, murió de hambre, cuando ni las papas crecían en la isla. Me metí en Montoneros por su postura antiimperialista. Los gobiernos entreguistas y oligárquicos fueron aliados de Gran Bretaña, y por lo tanto mis enemigos. La dictadura es aliada de la OTAN, y es mi enemiga. Estoy a favor de todo el que combata a cualquier cosa que huela a *proddy*.

—¿A qué?

—Perdón, a protestante. Yo soy católico.

—Pero hablás inglés, vos.

—Sí, como en Latinoamérica se habla castellano, la lengua de los dominadores. Pero algún día venceremos.

—Estás con el IRA, entonces.

—Si estuviera en Irlanda, sí. Pero vivo en este país y combato con las armas y en el ejército que más se acerca al que sueño.

—No entiendo. ¿Por qué te enganchaste con los montos?

—Era el mejor lugar para combatir —dijo el Colorado encogiéndose de hombros.

Gari lo miró intrigado:

—¿Pero vos sos peronista o no?

—*Yeah, mate. I'm an Irish Peronist*.

Gari se quedó pensando. Chifa se le cagó de risa y le dijo:

—Me parece que te puteó.

6. LOS ORÍGENES DEL HOMBRE AMERICANO

UNA TARDE, así como nos había azotado sin piedad, el temporal amainó y el viento empezó a soplar con suavidad desde el oeste. Esa noche, para festejar, juntamos cuanta madera seca pudimos encontrar e hicimos una gran fogata. Fritamos viandada con arvejas y el Colorado preparó un trago hecho con café con leche, azúcar y aguardiente.

—Se llama cola de mono y es típicamente chileno.

—Algo bueno tenían que tener —gruñó Angueto, mientras se bajaba un jarro.

Al rato estábamos todos entonados y bromeando alrededor del fuego. Colgamos las camperas en las ramas próximas a la hoguera para sacarles la humedad. Todavía con hambre, mezclamos leche condensada con cacao en polvo y comimos con ganas esa mezcla empalagosa.

—Por favor, señores, por favor —pidió silencio un Kurtz más animado, mientras golpeaba una taza con una cuchara—. Como saben, hace unos días perdí a mi jefe, que además era mi último compañero. Esto me ha hecho reflexionar mucho y he tomado una decisión: no partiré con ustedes.

—¿Está loco, viejo? ¿Y qué va a hacer acá? ¿Se da cuenta de que no puede volver?

Kurtz sonrió con tristeza:

—Es poco lo que me queda de vida y eso no sería un problema —dijo con ironía—. Pero puedo especular con que tengan éxito y algún día regresen por mí. En ese caso, hasta van a necesitar una base. Yo me comprometo a esperarlos.

—Y suponiendo que se quedara, ¿qué va a hacer acá, solo?

—Antes, Tierra del Fuego y la Isla de los Estados estaban unidas al continente —contestó Kurtz con aire doctoral—. Hay grandes discusiones científicas acerca del origen del hombre americano. Algunos dicen que llegó navegando desde el Pacífico, otros que es nativo del continente, una raza particular americana. Otros sostienen que los primitivos humanos bajaron siguiendo la caza y la pesca, a lo largo de la costa. Hay evidencias en cuevas, acumulaciones de ostras, restos de herramientas, anzuelos de hueso. ¿Los antiguos yamanas vinieron navegando hasta aquí? Yo podría buscar pruebas de una presencia humana muy antigua, de los tiempos anteriores a que estos

picos se transformaran en una isla. Imaginen el aporte que estaría haciendo al conocimiento del pasado humano, a la prehistoria de la Argentina: cualquier hallazgo que pudiera probar una ubicación antigua nos acercaría a los tiempos del poblamiento del Cono Sur, a los orígenes del hombre americano.

—Estás loco, viejo. Ya lo dije.

—No, hablo muy en serio. Voy a quedarme.

—¿Y qué pasa si no regresamos, si nadie te viene a buscar?

—Encontrarán mis huesos, mis notas, este refugio. Siempre va a ser más que lo que quedó del capitán Meier, que depende de nuestra memoria para que alguien sepa de su existencia.

La sentencia del profesor produjo un silencio que solo atinamos a romper por momentos. Nos quedamos hablando hasta que el fuego fue prácticamente un recuerdo, miles de pares de pupilas rojizas llamándonos desde la noche.

7. TORMENTA

FINALMENTE, el *Capitana* levó anclas. El nombre del velero había tranquilizado a Gari:

—Con este nombre, el Colorado un poco peronista es.

Kurtz se quedó en la playa agitando los brazos hasta que solo fue un punto oscuro sobre la cinta blanca de arena. Contra el verde de los matorrales, la serpiente gris de la chimenea del refugio parecía un defecto en una foto.

Bajo las órdenes del Colorado, desplegamos las velas y nos acomodamos para ayudar en caso de complicaciones. Al principio la navegación fue lenta a causa de los bancos de cachiyuyos, que habían sido fatales para el submarino y que había que esquivar.

—En unos dos días llegaremos a Malvinas —afirmó seguro Riordan —. Tenemos viento del oeste y, por lo menos por ahora, buen tiempo. Pero ya vieron cómo son las cosas por acá.

—No seas lechuza, hombre —dijo Angueto, pálido y descompuesto.

El clima se mantuvo así toda la mañana. Hubo solo unas lloviznas aisladas, que nos empapaban con un agua helada y pegajosa. La noche, sin embargo, trajo novedades. El Colorado ya algo había anticipado:

—Miren esas nubes, como en retazos. Sientan el viento. A la noche vamos a tener problemas. Hay que arriar las velas. Aseguren todo, los quiero a todos dentro de la cabina a menos que sea imprescindible que salgan. El que esté en el puente, se ata. ¿Estamos?

—¿Qué piensa que es, Colorado?

—Viento sur-suroeste, General. Mire las nubes bajas, que parece que están corriendo una carrera. Mire allá a proa, la cerrazón. Es una tormenta de aquellas.

—¿Y qué se hace en estos casos?

—Acompañar el temporal al pairo y rezar a San Patricio. El *Capitana* es bien marinero pero estamos más cargados que de costumbre.

—¿Y por cuánto tiempo?

—Días, horas, ¿quién sabe?

A eso de las seis de la tarde la oscuridad era total y la primera ráfaga fuerte nos desparramó por la bodega. Los ojos de buey, herméticos, ya no mostraban la cresta de las olas, sino un vacío oscuro, y luego, una masa de agua. El Colorado había quedado afuera,

al timón, con Nemo, ya que eran los más duchos, o mejor dicho, los únicos marineros a bordo.

—¡Se soltó la botavaraaaaa! ¡Salga alguien a ayudarnoooos!

Como pude salí a cubierta, resbalándome en la escalera empapada. Una ola me pegó en el pecho y me tiró al piso, llenando de agua a los compañeros en la bodega.

—¡Cuidado, Ismael! ¡Ojo la cabeza, ahora vuelve! —me advirtieron Nemo y el Colorado a los gritos, entre los aullidos del viento.

—¡¿El qué vuelve?!

Busqué con la mirada siguiendo las señas que me hacían, y vi un palo paralelo a la cubierta que iba y venía, de babor a estribor, acompañando el zarandeo del barco. Lo esquivé sin dificultad y agarré la rueda del timón para que el Nemo se fuera a asegurar el palo a la baranda de popa.

—¡Perfecto, marinero! —el Colorado tenía la cara empapada, el pelo mojado pegado a la frente y los ojos brillantes de excitación—. ¡Vamos *Capitana*, carajo! ¡Derecho hasta el Infierno! —y cantaba:

Come Irishmen
Bold, young and stern
With adventure in your soul
They're better ways
To spend your days
Than working down a hole.

A pesar de la mojadura, Nemo se reía y los nudillos se le ponían blancos de tan aferrados a la rueda del timón. Gritaba para darse ánimo y me palmeaba la espalda mientras yo me asía como podía a la rueda.

La belleza escalofriante del espectáculo me había paralizado y lloré de pura emoción. A pesar del peligro no quería bajar. El agua barría la cubierta de babor a estribor, salpicando espuma. El viento silbaba entre los cordajes mientras la bandera, a popa, ya era un racimo de hilachas. El velero cabeceaba como un potro salvaje, trepaba a la cresta de la ola, y luego parecía colgar del aire para caer en picada al pozo entre dos ondas. La cabellera espumosa quedaba entonces bastante más arriba de la antena del mástil: las olas superaban los doce metros.

Aún era de noche cuando la temperatura bajó abruptamente. Por los desgarrones entre las nubes asomaron algunas estrellas. El viento había moderado su fuerza, pero aun así costaba mantenerse de pie. Fue la antesala de una granizada densa y gruesa que rebotaba como cascotazos sobre la cubierta. Gari se asomó por el tambucho a ver qué sucedía y una piedra como una pelota de ping pong le hizo sangrar la

cabeza.

—¡Hasta Dios es gorila en este ojete del mundo! —gritó con furia.

Metía miedo, desencajado y con el hilo de sangre que le corría por la cara. Levantó el puño hacia lo alto y amenazó, antes de meterse de nuevo a cubierto:

—¡Te vamos a quemar las cuchas como en el 55!

De repente, a babor, me pareció ver una gran cantidad de luces. Por un segundo, una nueva ola las ocultó, pero cuando el *Capitana* volvió a elevarse, vi con claridad los puntos luminosos:

—¡Colorado, allá, a la izquierda! ¡Un puerto! ¡Un puertoooooo!

—A babor, animal. Y no es un puerto. Son barcos que pescan calamar.

A lo lejos, las luces parecían una ciudad flotante. Entre ola y ola, permanecí mirándolas casi hipnotizado. Imaginaba los centenares de hombres trabajando en esos buques, las toneladas de peces y pulpos que semejantes bestias procesaban, y pensé en Cuca, que sabía hervir calamares y los rellenaba con arroz. El terrible frío que hacía me trajo de regreso al barco, y bajé a la bodega con los compañeros. Hechos un revuelto, roncaban en todos los tonos. Ellos también se habían vuelto marinos veteranos.

8. LA BALLENA BLANCA

El *Capitana* y sus tripulantes sobrevivimos al temporal. Por la mañana, vimos sorprendidos cómo la superficie agresiva que había querido hundirnos se había transformado en un mar de mercurio. El cielo, sin embargo, permanecía gris.

—Prácticamente no nos desviamos, General —informó el Colorado, después de consultar cartas e instrumentos—. Estamos al suroeste de la Gran Malvina.

De a uno, los muchachos fueron saliendo a cubierta, estiraban las piernas y se desperezaban. Izamos las velas, que escupieron agua en sus primeros aleteos al compás del viento. Cara Antigua preparó un mate cocido con sabor a gloria y de a poco nos fuimos sintiendo mejor.

Sobre la superficie del mar se empezó a formar una bruma espesa. Llegaba a la altura de la cubierta pero no más allá. Así, parecía que el *Capitana* más que navegar, volaba entre las nubes. Angueto estaba a proa, con los binoculares.

—Colorado, mirá. ¿Qué es eso?

El Colorado miró a través de las lentes que le pasó Angueto y contestó:

—Es el chorro de una ballena, debe de estar como a tres kilómetros. Pero por la altura se ve que es bien grande.

La bruma comenzó a abrirse a nuestro paso, como si alguien la estuviera empujando hacia el *Capitana*, y se fue deshaciendo en copos, hasta que salimos a mar abierto. Parecía como si una larguísima mancha de aceite se deslizara con prolijidad frente a nosotros, de un color más oscuro que el resto del océano.

—Por eso el chorro de la ballena —explicó el Colorado—. En las corrientes en general se encuentra…

Pero el grito de Chifa lo interrumpió:

—¡Acá abajo! ¡Miren!

Nos precipitamos a la borda de estribor y nos asomamos con precaución. Abajo, tan abajo que parecía el fondo del universo, un delgado hilo blanco se acercó como un torpedo hacia el *Capitana,* y pasó bajo la quilla. Corrimos al otro lado, y lo vimos alejarse. Centenares de gaviotas acompañaban su desplazamiento.

—No entiendo cómo no las vimos antes, es bien raro…

Las gaviotas regresaron, y entonces, frente a nosotros, exactamente a proa y a unos doscientos metros, la ballena emergió. Rompiendo la superficie en un estallido de espuma y agua que zarandeó el velero con furia, una inmensa ballena blanca coronó el chorro de espuma, saltando a casi diez metros de altura. Describió un arco perfecto, y se volvió a sumergir.

—¡Es un cachalote! ¡Un cachalote blanco! —gritó Nemo—. ¡No puede ser!

Pasaron segundos, minutos, horas, quién sabe. Al fin, vimos acercarse la giba enorme del cachalote, hasta que, esta vez a popa, navegó asomándose por unos minutos ante nuestros ojos. Llevaba clavados, en su piel arrugada, antiguos y oxidados arpones que habían intentado matar al monstruo hacía tiempo. Un remolino de cuerdas y cables se enredaba en ellos. El paso del monstruo dejaba tras de sí un burbujeo sonoro y alegre, cuando el agua, partida por la joroba, volvía a reunirse.

Sin embargo la impresión era engañosa. ¿Qué vimos esa tarde? ¿Qué extraño fenómeno aconteció para nosotros? ¿En qué agotadora pesadilla podríamos haber encontrado lo que contemplamos?

La ballena blanca pareció disfrutar el espectáculo que nos brindaba, y se desplazó lentamente en paralelo al casco del velero, para que no nos quedaran dudas de lo que estábamos viendo. Entre las cuerdas, enganchados en los arpones, cuerpos lívidos bamboleaban sus brazos y sus piernas al compás de las olas. Tenían el pelo crecido y las cuencas vacías; sus bocas abiertas en gestos de asombro y espanto. La ropa les colgaba tan fláccida como sus miembros. Eran decenas, apiñados con crueldad.

Llorábamos sin poder quitar la mirada del cuerpo de la ballena, buscando los rostros que tanto extrañábamos, perplejos ante cada nuevo descubrimiento. Y nosotros apenas conocíamos a algunos, una ínfima parte dispersa en esa colonia que crecía en el lomo de la ballena como una costra de mejillones.

Así como había irrumpido en nuestro derrotero, la ballena blanca desapareció. Nunca más la volvimos a ver.

9. TIERRA PATRIA

HABÍA que anotar lo que habíamos visto en la bitácora. Así opinó el Colorado. La bitácora, explicó por si alguno no lo sabía, es el libro en el que se anotan las novedades de los barcos. Sirve para llevar registro de la navegación, las tormentas, los incidentes. Me eligió a mí para anotar unas coordenadas: 55º 24' latitud sur; 61º 32' longitud oeste.

—Perfecto. ¿Y qué incidente anoto?

—Es el lugar donde avistamos la ballena —me dijo—. Es un lugar de muerte, es un presagio. Vos verás qué ponés.

Nos sentíamos mal. Pasamos noches enteras discutiendo sobre la ballena. Un gran malestar se había instalado entre nosotros.

—Loco, ¿qué piensan de lo que pasó?

—¿De qué?

—No te hagas el boludo: de lo que vimos.

—No sé, viejo. Una alucinación.

—¿No te parece medio raro que todos hayamos alucinado lo mismo?

—Yo digo que son sus fantasmas.

—Loco, si los pudimos ver así, tan claro, es que nosotros también estamos muertos. Ya se los dije.

—Qué vamos a estar muertos. No me mataron los milicos, y vos querés enterrarme, gil.

Entre discusión y discusión, el *Capitana* dobló el cabo Pembroke una noche de jueves. Era la entrada a la bahía donde está la capital de Malvinas. A proa, a babor, se veían las luces de Puerto Stanley. Ya estábamos tan cerca que no lo podíamos creer. El motor apenas rompía el silencio nocturno. El Colorado, con los binoculares en la mano, observaba unas luces de posición, muy débiles, hacia el norte.

—¿Qué hacen esos barcos ahí? No me gustan. Deberían estar en el puerto, o aguas afuera, pescando.

La costa ya se divisaba con bastante nitidez. Se veía el alumbrado público de la costanera y algunos barcos encallados.

—Echen el ancla.

—El equipo y la gente al bote. Vamos.

Por la mañana, habíamos inflado el gomón con un compresor. El General y Nemo, con la ayuda del Colorado, desplegaron un plano de la ciudad y rápidamente ubicamos los edificios. Pensábamos tomar la

radio y la gobernación.

Gari, con el FAL en la mano y la cara tiznada de negro, se dio vuelta y me sonrió emocionado:

—Ismael, llegamos a Malvinas, loco. Pellizcame, porque no lo puedo creer.

Séptima parte

LAS ISLAS

1. LA RECUPERACIÓN DE LAS MALVINAS

El Colorado y Gari volvieron preocupados de su reconocimiento. Nos habíamos instalado en un galpón vacío, cerca del puerto.

—General, algo anda mal.

—¿Qué pasa?

—Esto está lleno de milicos. Como si nos estuvieran esperando. Los ingleses están por todas partes, haciendo cuerpo a tierra, apuntando hacia los cruces. Incluso atravesaron varios coches en la calle, como para impedir el paso.

—¿Cómo nos van a estar esperando?

—Qué sé yo, General. El estratega es usted. Nosotros le decimos lo que vimos.

La cara tiznada realzó la mirada perpleja del jefe.

—¿Qué hacemos?

En el mismo momento en que Gari formulaba la pregunta del millón, escuchamos un tiroteo.

—¡Son tiros de FAL, seguro! ¿Qué carajo pasa acá?

Decidimos salir a la calle y explorar sin separarnos.

Con las primeras luces de la mañana oímos más tiros. Desde una esquina nos dispararon, pero con tan mala puntería que solo consiguieron romper los vidrios de una ventana. De milagro no masacraron a una mujer que se asomó por el ruido. Hay que decir que nuestro grupo de combate impresionaba con tanto armamento reluciente. Salvo las boinas, con la escarapela argentina, el uniforme era el del Ejército, y cada uno con su mochila reventando de cosas parecíamos comandos.

Salimos a una avenida costanera y vimos, a lo lejos, unos vehículos rarísimos que avanzaban hacia el oeste a toda velocidad.

—Son anfibios —dijo el General—. ¿Qué mierda pasa?

Llegamos por la parte de atrás a la casa del Gobernador, e hicimos cuerpo a tierra, porque empezó un tiroteo como hacía años no escuchábamos, y pensamos que nos tiraban a nosotros. Sin embargo, los disparos eran hacia el frente.

Pasaron unos quince minutos.

—A moverse. ¿Qué hacen ahí? Le dieron al capitán Giachino —dijeron a nuestras espaldas en perfecto criollo—. Creo que lo mataron. Vamos a caerles por atrás.

—¿Eh?

—Que le dieron al capitán Giachino. ¿Qué son ustedes, de Ejército?

Era un grupo de unos diez milicos armados hasta los dientes que, a pesar del uniforme reglamentario, tenían una pinta de patota que espantaba.

—Nuestra misión es darles cobertura por el fuego —saltó instantáneamente Gari en lenguaje castrense.

—Perfecto —dijo una cara bigotuda y tan tiznada como la nuestra —. Después dicen que hay celos entre las Fuerzas Armadas —hizo la venia sonriendo, y nos gritó en la cara—: ¡viva la Patria, camaradas!

Lentamente, mientras sacábamos el seguro de los fusiles y los poníamos en automático, los marinos comenzaron a avanzar. Si querían detenernos, no se la iban a llevar de arriba.

—Camaradas las pelotas, hijo de puta —dijo Gari en voz baja mientras el pelotón de infantes de Marina se arrastraba y avanzaba hacia la casa—. General, ¿dónde carajo caímos?

—No puede ser que nos hayan rastreado. Para ellos ni existimos. ¿Qué mierda pasó?

Lo supimos más que pronto. Después de un tiroteo, apostados contra una empalizada, espiamos a un tipo que entraba y salía de la gobernación con una bandera blanca de parlamento. Finalmente, con el sol ya bien alto, un grupo de soldados arrió el trapo inglés e izó la bandera argentina mientras Stanley se llenaba de colimbas.

La Junta Militar acababa de recuperar las Malvinas.

2. COMO ANTES

CON LA COLA entre las patas regresamos al galpón que nos había escondido durante la mañana. Las calles de Stanley hervían de soldados argentinos y no llamamos la atención. Éramos una patrulla más.

—Ahora sí que cagamos —dijo Angueto—. Estos, lo primero que van a armar acá, va a ser otro chupadero.

—Yo al primero que voy a cantar es a vos, por pelotudo —rió Chifa.

—A no desesperar, compañeros. Con la cabeza fría algo se nos va a ocurrir.

—Lo que más bronca me da es que se nos van a cagar de risa —dijo Nemo.

—No digás pelotudeces, gil. ¡Qué me importa eso! En definitiva, estamos acá, ¿no?

—Sí, ¿y? —preguntó el General levantando la cabeza interesado.

—Digo, General, que al fin y al cabo, nada cambia de cómo estábamos antes y cómo estamos ahora. En Argentina…

—Acá también es Argentina, Gari —intervine.

—Bueno, está bien. *Perrrrdón, dotor*. Allá nos perseguían y nos escondíamos para pelearlos, y acá vamos a tener que hacer lo mismo.

—Sí, pero allá la población era amiga, acá hablan todos en inglés.

—¡Ma' qué amiga, si al final teníamos que dormir en los baldíos porque nadie nos abría una puerta ni a palos! Si éramos más kelpers que los de acá.

La situación en la que estábamos era tan ridícula que la idea de Gari pasó por buena. Nos íbamos a mover mucho, desplazándonos por las calles durante el día, siempre juntos, y por las noches nos guardaríamos. Por ahora, el galpón era un buen lugar. No sabíamos qué iba a pasar después. Pero lo que estaba claro era que la mejor forma de esconderse sería mostrarnos y mezclarnos con los milicos todo el tiempo.

—Me preocupa un poco el *Capitana* —dijo el General—. ¿Dejamos algo allí que nos delate?

—Nada —dijo el Colorado—. Pero ya que lo mencionan, yo quiero proponer algo. Siguiendo la idea de Gari, en lugar de quedarnos acá, perfectamente podríamos camuflarnos como dice, reembarcar y rajarnos.

—Ni loco —saltó Chifa—. Resulta que estos milicos nos curran la reivindicación y nosotros nos vamos a rajar así nomás. Y además, los ingleses no van a dejar pasar esta tocada de culo. Se nos van a venir al humo…

—¿Y?

—Y, que va a haber pelea, y hay que hacerles el aguante.

—Che, estamos meando fuera del tarro. Estos milicos no tendrían ningún problema en hacernos mierda si supieran quiénes somos, y vos estás hablando de pelear junto a ellos.

—Sí, loco, pero las Malvinas son argentinas. Ya lo dijo el General: primero la Patria, después el movimiento y por último los hombres.

Y fue así como decidimos permanecer en las islas, sin saber muy bien para qué, salvo que teníamos que estar.

La idea de Gari era más fácil de formular que de concretar. El pueblo no era tan grande, y había sectores donde las tropas argentinas directamente no tenían acceso. La mayoría de los soldados pululaban alrededor del correo, la iglesia, uno o dos almacenes grandes y varios galpones. Eran casi todos conscriptos, con cara de asombro y alegría, de paso desde el aeropuerto hacia los cerros que rodeaban el pueblo. Aprendimos varios nombres muy pronto, por conversar fugazmente con los soldados que marchaban: Dos Hermanas, Harriet, Longdon. A veces íbamos al hipódromo, que estaba funcionando como helipuerto, más que para ver subir y bajar los helicópteros, para hacernos habituales a la guardia. Éramos un grupo bastante fiero de aspecto. Algunos se dejaron crecer el bigote espeso de sumbo, y los cascos que conseguimos disimulaban aún más las facciones.

Stanley hormigueaba de morochos en uniforme verde. El pueblo era bien bonito, parecido a San Julián, con casas prolijas y bajas, la mayoría de chapa y madera y techos coloridos, sobre todo verdes y rojos. Los isleños nos miraban con enojo y solo se les modificaba la expresión cuando el Colorado les hablaba en perfecto inglés. Entonces los kelpers se mostraban un poco más abiertos, aunque no dejaran de sentirse agredidos por la ocupación argentina.

En los primeros días nuestra situación se parecía a los peores meses de la dictadura, sin casa fija en la que guardarnos, y saltando de un lado a otro. El ajetreo comenzó a pesar en nuestro ánimo, discutíamos por nimiedades y estábamos serios.

La suerte cambió una semana después del desembarco. En las afueras del pueblo, por la ruta hacia un lugar llamado Moody Brook, descubrimos un galpón de esquila bastante ruinoso y, por lo tanto, abandonado. Entramos y aunque el olor a bosta de oveja era insoportable, para nosotros fue la gloria.

—Ya tenemos Unidad Básica, jefe —reía Gari—. Ya estamos.

Los días que siguieron nos ocupamos en conseguir chapas para

cerrar mejor el galpón y también un calentador:

—Váyanse para el aeropuerto, señor —le indicaron al General los chicos que nos proveyeron las chapas—. Allá hay de todo, ya van a ver.

El aeropuerto quedaba a unos cuantos kilómetros, así que lo dejamos para la mañana siguiente; exactamente, el 11 de abril. Lanzados a caminar por la costanera hacia el aeropuerto, nos topamos con varias compañías que marchaban hacia nosotros, cargando el equipo completo y cada una de ellas con un oficial al frente. A la cabeza de sus hombres, con el gesto prepotente y soberbio que le habíamos conocido, venía Romualdes. ¡Romualdes, el asesino! En el medio, inconfundible, lo reconocimos. Verlo y quedarnos clavados en el sitio fue una sola cosa. Nos miramos de reojo apretando los fusiles.

—Esto es de locos —dijo el General, el primero en reaccionar.

—¿Qué pasa? —preguntó Angueto, que no lo conocía.

—Ese capitán, ahí, era de la patota que nos hizo mierda el territorio.

—¿Seguro?

—Sí, sí, no hay duda. ¿No es cierto, muchachos?

—Es él.

—Seguro.

—Vamos a hacerlo. Ya —dijo Chifa apretando los dientes.

—Lo primero que vamos a hacer es movernos, manga de pelotudos. Estamos llamando la atención —dijo el Colorado mientras nos cuerpeaba para que avanzáramos.

Los soldados en marcha pasaron muy cerca de nosotros, que avanzábamos en dirección opuesta resoplando bajo la carga. Cuando pasó Romualdes, Gari levantó el pulgar, en el gesto universal de positivo. Este lo miró por un segundo, y luego se llevó la mano derecha al casco, devolviendo militarmente el saludo. No nos había reconocido.

—Bueno, muchachos —dijo Gari—, ahora ya sabemos para qué estamos acá. Ese hijo de puta no vuelve a la Argentina, les doy mi palabra.

—Acá también es Argentina, Gari. Hoy más que nunca —le dije.

—Ahora sí tenés razón.

3. TRÁFICO

EL AEROPUERTO era un caos de cajas de munición, soldados formándose entre gritos y órdenes, camiones y *jeeps* que entraban y salían y oficiales que besaban el suelo de Malvinas. Como era una zona abierta, hacía mucho más frío que en el pueblo y el viento corría sobre la pista. Había un avión de transporte *Hércules* con la panza abierta y los soldados, con los suboficiales a la cabeza, lo estaban descargando.

Los que hacían la descarga del material le cobraban peaje a todo. En la hora y pico que los estuvimos observando se quedaron con una cantidad impresionante de cajas, que iban a parar a un rincón, como al descuido.

Después de una discusión breve y de armar una lista de necesidades, el Gari y el General se les aproximaron, con aire remolón.

—¡Atención!

Y los soldados se cuadraron.

—¿Quién está al mando?

—¡Cabo primero Vieytes, mi capitán! —contestó uno que apenas debía de tener un año más que ellos, pero con la tira roja necesaria como para tenerlos zumbando.

—¿Qué es todo esto?

El morocho no dijo nada y tragó saliva. Los demás colimbas se revolvieron inquietos mirándose entre ellos.

—Yo les voy a decir qué es —dijo el General en tono duro, mientras Gari escrutaba la cara del cabo Vieytes con saña y le hacía bajar la mirada—. Esto es material para misiones especiales.

—Exacto, capitán —acompañó Gari—. El mismo material que nosotros no pudimos traer por lo inesperado de nuestro traslado a Malvinas. Material imprescindible para cumplir con nuestra tarea profesional y secreta.

—¿Señor? —Vieytes levantó la vista con un brillo de picardía en los ojos. Iba a hacer carrera, seguro.

—Nosotros estamos en misión especial, y andamos cortos de provisiones. Somos una unidad trasladada en secreto a Malvinas. Dado que su material tiene el mismo destino y características, usted es la persona adecuada para abastecernos.

—¡Comprendido, señor! —dijo el cabo, cuadrándose. Los soldados a sus órdenes se aflojaron.

Luego de media hora de ir y venir de sus hombres a un depósito cerca de la torre de control —siempre acompañados por alguno de nosotros, por las dudas—, regresamos a nuestro refugio con las mochilas cargadas, con impermeables nuevos para todos, cigarrillos, hasta whisky.

—Este hijo de puta es de los buenos —comentaba Gari durante el camino de regreso—. ¡En el galpón ese tenía de todo! Le pegamos un buen susto, así que no va a haber problema.

—No me imagino qué es lo que le estará llegando a la gente en las posiciones, en los cerros —dijo el General—. Dos o tres como ese cabo y se mueren de hambre.

Aquella noche brindamos con un poco del whisky, porque además habíamos obtenido el dato fundamental: Romualdes venía marchando con el "BIM 5". El Batallón de Infantería de Marina nº 5. No había sido una alucinación. Venía a seguir la guerra.

4. VERDADES

FRAGMENTOS de La Gaceta Argentina, *año 1, núm. 3, Puerto Argentino, 14 de mayo de 1982.*

EDITORIAL: Todo soldado aprende a manejar las armas, llega a conocerlas y usarlas convenientemente. Sin embargo, deberá, ante todo, conocerse a sí mismo para manejarse y conocer a los otros para manejarse con ellos. Pero hay algo importante, y es que debe conocer la VERDAD.

Alguien dijo que "quien no proclama la verdad porque no la conoce, se hace cómplice de los mentirosos y de los cobardes". Por eso, el soldado conocerá principalmente las Verdades Eternas que son los principios imperecederos y salvadores. Después, las verdades que exigen un conocimiento pleno, como la verdad argentina, que las islas Malvinas son nuestras.

5. PARA QUE LOS VEAN EN CASA

El 1º de mayo los ingleses bombardearon el aeropuerto. Vimos las columnas de humo y seguimos con ansiedad el puntito luminoso de los misiles persiguiendo aviones que ni siquiera se vislumbraban. También escuchamos el tableteo de los cañones antiaéreos.

—Esta sí que es una guerra en serio —comentó Gari esa noche—. La verdad es que no culpo a la gente por pensar que estábamos loquitos.

—Bueno, boludo, pero hay distintas formas de hacer la guerra.

—Eso mismo dicen los milicos —sentenció Angueto.

Al día siguiente nos enteramos por unos colimbas que los ingleses habían hundido un crucero de la Armada, el *General Belgrano,* y que habían muerto muchos marineros. Uno o dos días después, no recuerdo con exactitud, los aviones argentinos hundieron una fragata de los ingleses. Toda la zona fue un tiroteo de festejo, como de Año Nuevo. Los soldados saltaban, disparaban tiros al aire.

—¡Se la dimos, se la dimos! ¡Vamos Argentina, carajo!

Pero el ataque aéreo y el hundimiento fueron el punto de partida de algunos cambios. El principal: comenzaron a bombardearnos todos los días y todo el tiempo. Desde el mar, y desde el aire. Se oía el disparo, y luego un ruido como de un cohete que venía cortando capas. Al principio nos zambullíamos, pero después aprendimos a calcular dónde iban a caer. Por la noche, sobre la cresta de los cerros, veíamos las explosiones y nos preguntábamos si le habrían dado a alguien. En nuestro sector no hicieron ningún blanco, pero lograban el objetivo de tenernos permanentemente alerta. Esa también era una sensación que conocíamos.

Con el tiempo, los alrededores de nuestro galpón se fueron poblando. Entre nosotros y el pueblo emplazaron varios cañones, que miraban hacia los cerros, al oeste y al sur. La mayoría de los artilleros eran del Litoral. En Moody Brook había una estación de radio y unos soldados del Regimiento 3 bastante listos con los que nos cruzábamos cada tanto.

De a poco nos fuimos acercando y conversábamos con ellos, sobre todo cuando no había suboficiales cerca. Varios tenían, por decirlo así, algún pasado político. Al que no tenía un hermano que había estado en la JP, lo habían llevado a un acto, o cosas por el estilo. Andaban siempre juntos y nos pusieron al corriente de los últimos sucesos

políticos de los que, a decir verdad, no teníamos ni idea. En Buenos Aires había habido una marcha grande de la CGT el 30 de marzo y los habían reprimido con mucha violencia, y también se hablaba de que pronto habría elecciones.

—Ubaldini tiene unos huevos de aquellos —decían en voz baja.

—¿Quién?

—Ubaldini. No me diga que no lo conoce.

—Sí, jefe. ¿Cómo, no saben nada? Los sindicatos les hicieron el aguante a los milicos todos estos años. Mi viejo es telefónico y me cuenta. ¿Dónde estuvieron ustedes?

Una mañana bajábamos al pueblo y nos paró un periodista que andaba con un fotógrafo.

—Muchachos, para la revista *Gente*. Una foto para que los vean en casa.

Sin ponernos de acuerdo, los colimbas, Nemo, Chifa y yo nos juntamos e hicimos la "V". Dedos sucios envueltos en guantes rotos se alzaron en el viejo gesto. Las sonrisas podían ser tanto de entusiasmo como de picardía, y los dedos alzados, en definitiva, podían tomarse como haciendo el gesto de la victoria.

—¿Cuándo sale, jefe? —le preguntamos.

—Pronto. Pronto.

6. DIFERENCIAS

Fragmentos de La Gaceta Argentina, *año 1, núm. 4, Puerto Argentino, 17 de mayo de 1982.*

NUESTRAS DIFERENCIAS CON EL ENEMIGO

El enemigo no conoce las razones por las cuales combate.
El enemigo combate por la paga.
El enemigo combate para defender el colonialismo.
El enemigo no tiene detrás suyo la voluntad de toda una nación.
Usted conoce las razones por las cuales combate.
Usted combate por la soberanía y el honor nacionales.
Usted tiene detrás suyo la voluntad de toda la Nación Argentina.
Usted combate por una CAUSA JUSTA.

7. PARTIDOS

HABRÁ SIDO a fines de mayo que nos enganchamos a jugar un partido de fútbol. Días atrás, los ingleses habían desembarcado en San Carlos, en el estrecho. El pueblo hormigueaba con rumores: que traían bombas atómicas, que los habíamos echado al mar, que los rusos nos iban a ayudar… Pero lo cierto era que ya iba para mes y medio que no les veíamos la cara a los ingleses y lo único que hacíamos era recibir bombazos. Nosotros estábamos relativamente bien, sobre todo en comparación con los pibes que cada tanto bajaban de los cerros, barbudos, impregnados de un olor nauseabundo. Debían permanecer en pozos que se les llenaban de agua con rapidez y se la pasaban cavando para hacer posiciones nuevas. Los colimbas con los que conversábamos habían envejecido en el poco tiempo que llevaban en Malvinas. A veces, sus expresiones me recordaban las nuestras del 76 o del 77.

Una mañana fuimos marchando hasta el hipódromo con las mochilas completas y las armas, para desentumecernos y hacer ejercicio. Junto con nosotros llegó una cantidad de soldados con los bolsones al hombro y sin mochila. Nos miraban con respeto.

—¿Son comandos, ustedes?

—Sí, comandos. Fuerzas especiales —contestábamos.

—Nosotros vamos para Darwin, a reforzar al 12.

—¿Y cómo van a ir, a pata?

—No, nos van a llevar en helicóptero. Todavía no llega.

Ahí terminó la conversación. Al rato uno de los soldados sacó una pelota y con borceguíes, casco y el duvet se pusieron a pelotear. Los miramos engolosinados. Uno de ellos se dio cuenta enseguida. Paró la pelota con aire canchero e invitó:

—¿Hacemos un partido? Comandos contra entrerrianos.

—Dale, pendejo. Van a ver lo que es bueno.

Marcamos los arcos con sus bolsones. Al rato, el calor era insoportable y habían volado las camperas y los gorros de lana. Se oían las risas y las órdenes. Nos olvidamos completamente de dónde estábamos:

—Largala, Chifa.

—¡Ahí, ahí! ¡Dásela al Ismael, al Ismael! —y los pibes nos miraban asombrados por cómo nos tratábamos.

Nos dieron vuelta como una media y antes de lo que permitiría la vergüenza decirlo estábamos perdiendo 3 a 0. Por más que nos matábamos corriendo, no había caso. La pelota no entraba. En pleno avance heroico de Nemo oímos el estruendo de los rotores de un helicóptero de esos de dos hélices, que se posaba detrás de nosotros levantando cuanta piedra había en el suelo. Nemo no se distrajo: tiró un centro perfecto al área de los entrerrianos, que el Colorado buscó con la cabeza. El ruido seco de su cráneo contra el de uno de los colimbas sonó por encima del zumbido de los rotores, que se estaban deteniendo.

—¡Uydió!

—¡Boludo, se mataron!

Los colimbas se reían pero nosotros estábamos preocupados. Su compañero y el nuestro estaban inconscientes, sangrando por la cabeza.

—¡Colorado, dale, boludo, dale, que hay que rajar!

—Sánchez, arriba, huevón.

Habíamos hecho un círculo a su alrededor, mezclados con los soldados. De repente, se escuchó una orden:

—¡A ver, tagarnas, abran cancha, carajo!

Como barridos por el viento, los soldados se abrieron y dieron paso a un sargento de una panza más grande que la bodega de un *Hércules*. Vio el espectáculo y exclamó:

—¡Uh, se hicieron mierda!

Entonces reconoció las insignias de capitán del General y se cuadró:

—Perdón, mi capitán, no lo había reconocido. No se preocupe por su hombre, en el helicóptero le podemos hacer las curaciones.

A lo lejos, mientras los soldados embarcaban, las aspas habían comenzado a zumbar ora vez.

—No es necesario, sargento. Lo llevamos con nosotros. Fue una imprudencia.

—Está inconsciente y perdiendo sangre, mi capitán —insistió el sargento, desconfiado y obsecuente a la vez—. Cuando lleguemos a Darwin, lo va a tener nuevito para bailarlo por patadura.

El tipo estaba convencido de que éramos parte de los refuerzos para Darwin. Encima uno de los soldaditos lo cebaba:

—Son comandos, mi sargento.

—Yo hice el curso con el Turco Seineldín, aunque ahora me vea así como una bolsa de churros, mi capitán —dijo orgulloso el sargento.

Angueto y Nemo la cazaron al vuelo:

—¡Permiso para acompañar al compañero a que lo atiendan, mi capitán!

Miraron imperturbables al General. Vi cómo por los ojos de nuestro jefe desfilaban todos los sentimientos que yo mismo estaba

experimentando: admiración, pena, frustración, respeto, dolor. Pero Angueto y Nemo devolvían un solo mensaje: "Piérdanse, compañeros, piérdanse. Hay que seguirla. Vamos a estar bien".

—De acuerdo. —El General se volvió hacia el sargento, serio—. ¡A ver si sus hombres ayudan a los míos con las mochilas, sargento!

—Con todo gusto. ¡Chanampa! ¡Cano!

—¡Señor!

—Lleven las mochilas de estos hombres al *chinúk*.

Cara Antigua se apareció con la mochila al hombro.

—General, me voy con ellos.

—¿Qué dice?

—Que me voy con ellos, General. Ya escuchó lo que dijeron los pibes: la pelea va a ser allá. Ya desembarcaron los ingleses.

—¿Se da cuenta de lo que hace?

—Ya les fallé una vez a mis cumpas —dijo Cara Antigua con sencillez.

Le brillaban los ojos. Parecía decidido y feliz. Corrió hacia el aparato sin darnos pie como para decirle más nada.

Ni siquiera nos pudimos despedir. Aprovechamos el desorden de la partida de los entrerrianos para perdernos. El helicóptero salió volando bajo y se llevaba al Colorado, al Angueto y a Nemo, nuestros compañeros.

Los pibes de la radio en Moody Brook nos contaron, a los dos o tres días, que Radio Colonia afirmaba que los combates en Darwin habían sido tremendos, y que los ingleses habían capturado casi mil prisioneros después de matar a muchos argentinos. Estaba prohibido escuchar emisoras que no fueran las nacionales, pero Colonia era la que mejor se captaba. La rendición en Darwin fue el 29 de mayo, el día del Aramburazo, del Ejército, y del Cordobazo.

8. FORMOSA

PASABAN los días y estaba claro que la cosa se caía. Ahora también llovían sobre nosotros los bombazos de la artillería de campaña inglesa, avanzando desde el oeste. La disciplina comenzaba a relajarse. Había muchos soldados dando vuelta de un lado a otro por el camino que iba al puerto. Teníamos al BIM 5, el batallón de Romualdes, a uno o dos kilómetros, en un monte llamado Tumbledown. A las espaldas de nuestro galpón, los artilleros correntinos mejoraban sus posiciones y cambiaban de emplazamiento los cañones, que ahora apuntaban a los cerros que defendían sus compañeros de los regimientos 6, 7 y 4.

Ya hacía mucho frío, y a las seis de la tarde era de noche. Nos escarchábamos cuidando el sueño de los compañeros, y dolía pensar cómo la estarían pasando los soldados allá arriba, entre las rocas y la turba, sin comida. Las nubes de humo del cañoneo de los ingleses se veían todo el tiempo sobre sus posiciones.

Por esos días nos arrimamos a algunos de los artilleros. Habían ubicado la cocina de campaña detrás de unas piedras, y les cambiábamos un poco de su guiso aguachento por algo de nuestra mercadería. La mayoría eran tipos del campo, carneaban ovejas y andaban a sus anchas a pesar del clima durísimo.

Unas latas de leche en polvo y un poco de mantecol obraban milagros. A los dos o tres días éramos todos amigos y nos juntábamos a tomar el mate cocido con los cocineros, mientras llenaban las marmitas para llevar la bebida a las posiciones. También venían los muchachos del Regimiento 3, que les tiraban de la lengua a los provincianos con un aire de suficiencia que resultaba molesto:

—Estos milicos hacen todo mal —hacía uno la entrada.

—¿Por?

—Y, mirá. Clavados acá, estamos dejando que los *gurkas* se nos vengan al humo. Nos van a degollar a todos.

—¡Qué decís! Cuando estén a tiro les vamos a dar como en bolsa.

Nosotros seguíamos el diálogo, interesados. De repente, paramos la oreja:

—Además, estos milicos son unos cagones. Mirá cuando se les metían dos o tres guerrilleros en un cuartel. Esos sí que tenían huevos. Peleaban por el pueblo, ¿no?

—¿Quiénes?

—Los guerrilleros.

—¿Y vos qué sabés?

—Nada, lo que dicen.

—Si te oye el sargento te va a bailar en pelotas, boludo, qué decís. A vos por zurdo y a nosotros por escucharte, más boludos que vos.

El que había contestado nos miró con recelo. Nosotros le hicimos un gesto de confianza:

—Somos todos amigos. Tranquilo, soldado. No sale de acá.

Entonces uno de los artilleros saltó mal. Le cambió la cara y encaró al pibe del 3:

—Mirá, porteño. Yo no te voy a delatar, pero te voy a decir algo bien clarito. Vos dirás lo que quieras y pensarás lo que quieras, pero yo te voy a decir algo con lo de los cuarteles. Vos decís que los montoneros esos peleaban por el pueblo, ¿no?

—Sí, ¿y?

—¿Sabés qué pasó en el Regimiento de Monte de Formosa?

—Sí, los guerrilleros atacaron el cuartel y hubo un combate…

—Eso. Bien. Esa parte te la sabés muy bien, nomás. Pero mi hermano estaba haciendo la colimba ahí, y lo reventaron con una granada. Mi hermano era igual a mí, tarado. Tomátelas de acá, andá, porque si no te degüellan los gurkas te voy a matar yo. Andá a decirle a mi vieja tu versito. El día que atacaron, mi hermano estaba en el cuartel porque no tenía plata para el colectivo, hijo de puta. De qué revolución me hablás. Los que mataron a mi hermano seguro que eran iguales a vos. Mucha labia, seguro. Pero no le dieron ni tiempo de defenderse.

—Bueno, loco. Pará. No sabía, perdoname. Estamos conversando, nomás.

—¡Qué pasa, Luna? —la voz llegó desde atrás de unas piedras, porque no nos dimos cuenta, pero el colimba ya estaba gritando.

—Nada, mi cabo. Unos soldados que vinieron a pedir comida y ya se van.

—Eso amigo, qué cagada lo de tu hermano. Pero no te calentés con nosotros, somos todos argentinos acá, ¿o no?

—Váyanse de acá. Vuélvanse a su unidad. —Era bajito el pibe, pero habló con una dignidad que lo volvió más alto que todos nosotros—. Cuando quieran unos mates, vénganse como siempre. Pero que estos tipos no pisen más acá.

Regresamos en silencio. Gari y yo habíamos estado en el apoyo a esa operación, en Santa Fe.

9. LA BATALLA DEFINITIVA

FRAGMENTOS de La Gaceta Argentina, *año 1, núm. 9, Puerto Argentino, 1º de junio de 1982.*

A MIS HOMBRES

La hora de la batalla definitiva ha llegado. Todos nuestros esfuerzos, las horas de espera, el frío, el cansancio, las vigilias, han llegado a su fin. El adversario se apresta a atacar PUERTO ARGENTINO con la audaz y osada intención de conquistar la capital de las ISLAS MALVINAS.

Cada hombre debe comprender con plena conciencia cuál es su deber.

El enemigo será derrotado por la acción decidida de cada uno en su puesto de combate. Si cada hombre con su fusil, su mortero, su ametralladora o su cañón, combate con el valor y el heroísmo que siempre nos ha caracterizado, el éxito es seguro.

La mirada de los argentinos está puesta en nosotros, nuestros padres, esposas, novias e hijos, todas nuestras familias confían totalmente en nosotros. En la hora suprema tenemos el deber de no defraudarlos.

Hemos contraído una sagrada responsabilidad ante nuestros camaradas caídos en acción aquí de convertir su sacrificio personal en una página de gloria para la ARGENTINA, y no podemos permitir que su heroísmo haya sido en vano.

No solo debemos derrotarlo, sino que debemos hacerlo de manera tal que su derrota sea tan aplastante que nunca más vuelva a tener la atrevida idea de invadir nuestra tierra. ¡A LAS ARMAS! ¡A PELEAR!

MARIO BENJAMÍN MENÉNDEZ
Grl Br - Gobernador Militar

10. RETIRADA

La noche del 11 al 12 de junio, el monte Longdon parecía reventar en una llamarada. Los ingleses lo estaban atacando con toda su artillería. Después del bombardeo, siguieron el tableteo de ametralladoras, el traqueteo de los fusiles, y muchas explosiones de morteros y granadas. Desde el galpón alcanzábamos a divisar las trazadoras que confluían sobre la cresta de los cerros, porque también les estaban dando con todo al sur, al Harriet y al Dos Hermanas. Las chapas del galpón vibraban con las explosiones y con el fuego de contrabatería de los cañones argentinos, que tiraban a nuestras espaldas.

Era muy raro, porque un rato antes había estado nevando. La placidez de esos copos al caer era chocante frente a este estruendo.

—Es la ofensiva final —dijo el General—. Ahora sí que se vienen.

—¿Qué hacemos? —preguntó Chifa. Era más bien retórico:

—Pelear —dijimos todos a la vez.

—Bueno, compañeros. Llegó la hora. Ojalá que alguno de nosotros pueda cargarse a ese hijo de puta de Romualdes, que andará por acá cerca, antes de que lo maten los ingleses.

—Siempre podemos ir a buscarlo —dijo Gari—, con el descontrol que va a haber, es cuestión de irse arrimando a las posiciones. ¿Los de la Marina no estaban en el *Témbeldon*?

—No digas boludeces. Te cagan a tiros ni bien asomes la nariz.

—Bueno, pero a algún lado tenemos que ir a pelear, ¿no les parece? Puestos a elegir, vayamos al cerro ese. Con suerte, me lo cruzo —dijo, dando golpecitos sobre el FAL.

El tiroteo duró toda la noche, variando en intensidad, pero siempre constante. A la mañana, salimos y vimos que una capa de nieve, fina como azúcar impalpable, cubría todo. El frío era tremendo.

Pero lo que más impresionaba era el hormigueo incesante de los derrotados, que bajaban por las laderas de los cerros y llenaban el camino a Puerto Argentino, sin orden ni disciplina. Cada tanto, un proyectil de los ingleses caía en medio de ellos, que se dispersaban haciendo cuerpo a tierra. Cuando se volvían a levantar, uno o dos de los puntitos quedaban tirados.

El camino estaba sembrado de despojos: ropa, armas, equipo de todo tipo.

Tratamos de parar a los primeros que llegaban. Venían

desencajados, febriles y a la vez completamente exhaustos, los ojos desmesuradamente abiertos, como si no les hubieran sido suficientes para abarcar todo lo que les había tocado ver. La mayoría estaban desarmados.

—Flaco, ¿qué les pasó?

—Rajen de acá. Los ingleses los van a hacer mierda.

—Váyanse. Váyanse.

—¿De dónde vienen?

—Del Longdon. Váyanse. Rajen. Los van a pasar por arriba.

No se los podía parar. Impulsados por una fuerza superior marchaban derecho al refugio de la ciudad, que increíblemente seguía con las luces encendidas, una excelente referencia para aviones y cañones.

Otros venían más ordenados, conservaban los fusiles, marchaban en formación. Pero eran los menos.

Vimos venir a cuatro que cargaban con dificultad a un compañero, llevando una lona por las puntas.

—Señor, por favor. ¿El hospital?

—Para el puerto, pibe, estás lejos.

—Shhh, que no lo escuche Oscar. Se va a poner nervioso —y señaló al interior de la lona.

Llevaban un soldado que tenía los ojos vidriosos. El Gari lo revisó:

—Tu compañero está muerto, flaco.

—¿Cómo muerto?

—Sí, pibe, mirá —y pasó varias veces la mano extendida sobre los ojos vidriosos—. Lo lamento.

Los soldados lo miraron con cara de asombro:

—No nos dimos cuenta. Lo venimos cargando durante toda la noche, y hasta hace un rato hablaba con nosotros.

Los compañeros del muerto lloraban. Les dimos unos cigarrillos, y lo que nos quedaba de whisky. Dejaron a Oscar envuelto en la lona, al costado del camino, y siguieron para Puerto Argentino.

Lo único que quedaba entre los ingleses y la ciudad era el Tumbledown, donde en algún pozo, esperando, se encontraba Romualdes. Regresamos al galpón mientras los atacantes se reagrupaban sobre los cerros que nos habían tomado. Con los binoculares, era fácil verlos.

11. EL CHIFA

EL DÍA pasó en relativa calma. Los ingleses juntaban fuerzas para el asalto. Tirados en el galpón, escuchábamos a los artilleros correntinos, que la estaban peleando durísimo.

La secuencia se repitió durante todo el día. Salían los disparos, secos:

—¡Fuego! ¡Fuego!

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

—¡Iiiiiiiijaaaaaaa!

Los cañones humeaban, elevados en su máximo ángulo de tiro, mientras los soldados iban y venían, corrigiendo el tiro y cargando las piezas.

—¡Cargue!

—¡Cargue!

—¡Listo! ¡Ráfaga! ¡Péguele! ¡Péguele!

—¡Vamos, carga, vamos!

—¡Fuego! ¡Fuego!

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

Sonaban seguido los *sapucays*. Los correntinos parecían estar en medio de la final del campeonato.

—¡Mirá esos pibes, loco! ¡Qué pelotas! —se entusiasmaba Chifa.

Y de nuevo:

—¡Vamos Argentina!

—¡Vamos el 6!

—¡Eso, carajo!

—¡Siga, siga!

—¡Fuego! ¡Tirelé, tirelé! ¡Otra!

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

—¡Eso, Leo, bien!

—¡Vamos, vamos, otra!

Pero el fuego de contrabatería de los ingleses comenzó a caer entre los cañones argentinos. Indiferentes al flujo de soldados en retirada hacia el puerto, los artilleros disparaban y cargaban, disparaban y cargaban. Cuando escuchaban el silbido de los proyectiles ingleses se cubrían como podían. Las bombas pasaban o reventaban. Entonces los nuestros salían de sus refugios, cargaban y volvían a disparar.

De pronto, un bombazo inglés cayó en medio de un grupo de

soldados que llevaba unas cajas de munición. Apenas podían con ellas, de grandes y pesadas que eran.

—¡Dios! ¡Los borró!

Cuando el humo se disipó, vimos que algunos de los soldados se retorcían y pegaban unos gritos horribles.

—Vamos a ayudarlos —dijo Chifa, tirando a un costado el correaje.

—Pará, boludo, pará.

Se escuchó el silbido de una nueva salva inglesa.

La explosión lo agarró a campo abierto, entre nosotros y el cráter en el que gritaban los correntinos, y lo tiró como a veinte metros.

Cuando llegamos a su lado ya estaba muerto. Tenía los ojos abiertos y expresión de perplejidad. No parecía herido. Seguro que la onda expansiva lo había aplastado.

Gari le cerró los ojos y le cubrió la cara con una manta mientras hacía un gran esfuerzo por no llorar.

Así murió Chifa, compañero de la Columna Norte, rey del robo en Virreyes, el de la broma fácil y el tiro seguro.

12. LA COLINA DEL ZAPADOR

A LA NOCHE se peleaba en el Tumbledown. Si antes nos había parecido duro el combate, lo que sucedió en ese monte no tuvo nombre. El tiroteo era infernal. Nosotros estábamos a cubierto en el faldeo norte de un cerro llamado Sapper Hill, la Colina del Zapador, mezclados con un rejunte de soldados del 6 de Mercedes. El General se puso a tranquilizar a algunos, a organizar a otros, a ocupar algunas posiciones que estaban vacías.

Las bengalas iluminaban las laderas pedregosas como una cancha de fútbol, y había que quedarse quieto para no hacer una sombra nueva que nos delatara. Sin embargo, la misma posición en la que estábamos nos cubría del fuego. Toda la mole del cerro se interponía entre los ingleses y nosotros.

Se nos acercó un grupo al mando de un teniente de Marina. No vio nuestras insignias, cubiertas por la parka, pero se dirigió a nosotros con respeto:

—Si quieren pelear, se quedan acá con nosotros. Les vamos a hacer el aguante. Somos la Compañía Mar, del BIM 5.

—Perfecto, teniente, acá nos quedamos. ¿Cuál es la situación?

—Somos lo único que queda entre los ingleses y la capital. A nuestra gente la están echando del Tumbledown, pero se está retirando en orden. Un grupo de la Compañía Nácar viene a reforzarnos.

El teniente lucía exhausto, pero decidido.

—Dicen que a los muchachos los tuvieron que sacar con cohetes antitanques de los pozos. No se la llevaron de arriba estos gringos de mierda. ¡Sardi, conmigo!

—¡Señor!

—Va y busca al teniente Perdías, de la Nácar, y trata de apurarlo un poco. Le dice que acá tenemos que armar la defensa y tenemos un hueco.

Con el General y Gari bordeamos el Sapper Hill por el sur, acompañando al teniente, que se detenía en los pozos para alentar a sus soldados. Golpeaba una lona, una chapa, y una cara joven asomaba:

—Pascua, ¿cómo va?

—Tranquilo, señor.

—Zambrino, no te vas a dormir, que les caen con todo, ¿eh?

—Buenos soldados —nos comentó dándose vuelta—. Lo mejor que tenemos.

Subimos a su puesto de mando, un pozo de zorro en la punta del cerro, a unos doscientos metros. Algo nos decía que pegándonos a él íbamos a dar con Romualdes. En ese momento, desde la ladera del Tumbledown comenzaron a disparar sobre nosotros, y varias salvas de artillería cayeron sobre los pozos que veníamos de visitar. Era la madrugada del 14 de junio.

—¡Al suelo! ¡Al suelo!

Nos zambullimos en el pozo, y asomamos la cabeza con precaución detrás de la boca de los fusiles.

El teniente tenía un visor nocturno que me pasó:

—Allá están. Mire.

La noche cambió a verde fosforescente a través del visor, con chispazos súbitos de gran intensidad que eran las trazadoras. Vi unas siluetas que avanzaban hacia nuestras posiciones desplegándose en abanico. El teniente ordenó:

—¡A ver, la MAG, si saben cómo carajo se fija el alza! ¡Fuego, como Dios!

A nuestra izquierda, por sobre nuestras cabezas, arrancó el tableteo de una ametralladora. Concentrando sus trazos luminosos sobre los bultos que yo había visto avanzar. Eran la referencia para el resto de los tiradores:

—¡Fuego libre, la sección!

—¡Fuego libre, la sección!

Nosotros también disparamos. La balacera sacaba chispas contra las rocas. Se escuchaban ayes, órdenes y puteadas en varios idiomas y tonos.

¿Cuánto duró eso? No lo sabemos. El teniente, en algún momento, solo ordenó:

—¡Alto el fuego, alto el fuego!

En ese momento, llegó el chasqui que había mandado.

—Dice el teniente Perdías que hay una orden de alto el fuego, teniente. Hay que replegarse.

—¿Y esos cañones? Siguen tirando. El soldado se encogió de hombros:

—No sé, señor. Ese es el mensaje.

—Está bien, Sardi. Vaya a ver que su cabo le dé algo caliente, si queda.

El teniente se levantó, y dijo con sencillez, mascando la bronca y escupiendo:

—Estos del puerto nos cagaron, cobardes de mierda. De enfrente no llegaba ni el menor ruido, pero el cañoneo retumbaba. Hacia nuestras

espaldas, se veía un río de soldados que confluían sobre la ciudad. El teniente dio algunas órdenes, y a la luz del amanecer, entre la nieve sucia y revuelta, afloraron por todas partes cabezas que miraban el panorama con curiosidad.

—Se terminó, muchachos. A formar.

—Allá viene la Nácar, señor.

—Bueno, marchando entonces.

Con el General y Gari nos quedamos en el pozo.

—¿No vienen? —preguntó el teniente.

—Vamos a ver qué pasa —contestó el General—. Habrá que juntar a los rezagados.

—Hagan lo que quieran —y saludó haciendo la venia—. Tengan cuidado al retroceder. Por el lado norte hay minas.

—Gracias.

—Ahora viene lo jodido —dijo simplemente, como despedida.

Al rato, llegaron a nuestro puesto los infantes de la Nácar. Cansados y sucios, con cara de sacados.

—¿Quién está al mando? —preguntó el General.

—Allá —dijo un soldado, señalando sobre su hombro sin detenerse —. El teniente Perdías.

Unos cien metros más atrás, venía el teniente, el jefe de la Nácar.

Romualdes, el de la patota.

13. EL GENERAL

—BUENO, compañeros —dijo Gari con ferocidad mientras hacía cuerpo a tierra—. Por fin.

—No, Gari —dijo el General—. Ustedes se van. Este es mío.

—¿Eh?

—Que se van. Esto lo quiero hacer yo.

Romualdes ya estaba a unos cincuenta metros mientras discutíamos.

—Ni en pedo, General. Me debe varias —porfió Gari.

El General me miró con tristeza. Solo le contestó:

—A mí me debe más, se lo aseguro.

—Dejá, Gari —intervine, haciéndole un gesto a nuestro jefe—. El General tiene razón.

No había tiempo. Romualdes ya estaba sobre nosotros, pero no nos había visto. Nos levantamos los tres como resortes:

—¡Parate ahí, hijo de puta!

—¡Quieto, Romualdes!

El teniente Perdías hizo un gesto de sorpresa por su nombre de guerra, pero reaccionó al instante y trató de desenfundar su pistola. Un tiro del Gari le hizo dar media vuelta y lo tumbó. En el piso, jadeaba mientras se agarraba el brazo izquierdo, que sangraba:

—No lo puedo… creer. El General, de San Fernando, en persona… Qué mundo tan pequeño —y se reía.

—Por fin, por fin —murmuraba el General.

Yo estaba mudo, pero los compañeros y Selva se me aparecían en fotografías, un segundo tras otro, alternándose con el hombre que, herido, estaba a mis pies y nos miraba con soberbia.

Gari y yo chequeamos que nadie hubiera mirado. Los soldados, doscientos o trescientos metros adelantados, ni siquiera se dieron vuelta.

—¿Viste? Un tiro más, un tiro menos, a quién le importás ya, hijo de puta.

—Montos de mierda… Qué valientes que son ahora…

—Igual que vos, hijo de puta, con las compañeras, con los muchachos atados para la tortura…

—Tus amigos… cantaron hasta lo que no sabían… ustedes son unos cagones.

—General, ahora sí te lo dejo —dijo Gari—. Ya me saqué el gusto.

Es tuyo.

—Vayan bajando —agregó simplemente el General mientras desenfundaba—. Los veo en el galpón.

—Vamos, Ismael, dale. Métale, General —dijo poniéndose el fusil en bandolera—. Ahora sí que la guerra terminó —y comenzó a bajar la sierra al trote.

—¡Pará, Gari, pará! ¡Por ahí no! —grité desesperado.

Iba derecho por la ladera norte.

Y entonces se escuchó la explosión.

14. VOLVERÉ Y SERÉ MILLONES

GARI estaba tirado arriba de unas piedras. Había pisado una mina. Ahora se arrastraba empujándose con lo que le quedaba de una pierna y los hombros, boca arriba, hasta que consiguió apoyarse contra una roca algo más elevada. Ahí se quedó, jadeando por el esfuerzo.

Tiré el fusil, corrí y me arrodillé a su lado. El pecho de Gari era una pulpa de tela y barro y sangre que subía y bajaba cuando respiraba. Con mucha dificultad levantó una mano y rebuscó en la campera. Se estaba yendo en sangre.

Tosió y el esfuerzo le hizo gemir de dolor, pero después sacó esos grandes dientes que tenía, montó una sonrisa y me retó:

—Maricón, mirá que sos flojo, ¿eh?

—Gari, viejo, tranquilo, mirá cómo te pusieron.

—Me voy a morir, loco. Qué cagada —dijo con calma mirándose la herida. Se quedó callado, frunciendo el ceño, como enojado con su suerte, y siguió—. Tengo mucho frío.

Lo abracé, rodeando su cuerpo tan grande con mis brazos. Apoyé su cabeza contra mi hombro, le saqué el casco y lo acuné como un bebé, yendo y viniendo como en una oración, pero no lo podía mover sin hacerle doler horrores.

—Dejame, Ismael, es al pedo. Me quedo acá. Qué bueno que estén vos y los compañeros.

Pero yo era el único que estaba con él.

Se había puesto pálido, blanco, y las manchas rojas parecían más horribles en su cara. Sus ojos grandes miraban el cielo, y yo vi que se iban, que se ponían de vidrio. Perdía a Gari, mi compañero.

—Bueno —dijo con voz suave—. Tenía que ser. Mucha joda, muchas salvadas. Puta, loco, debo tener todos los huesos rotos. ¡Qué boludo! —tosió secamente y perdió más sangre.

—Gari, Gari, vamos a salir de acá —dije estúpidamente, mirando a mi alrededor, como si algún milagro pudiera ocurrir. Solo había nieve, otros cuerpos y el ruido de tiroteos aislados.

—Dejate de decir boludeces, ya nos están por caer y yo no me puedo ni mover —suspiró.

A lo lejos aún retumbaba el cañoneo.

—Escuchá los bombos, Ismael.

Se enderezó un poco más sobre la tierra, mientras conseguía sacar

una imagen del bolsillo que miró y besó con devoción: era la foto de Evita, hermosa con su vestido de gala. Pero se había movido demasiado, y la mano ensangrentada y la cartulina se crisparon sobre su pecho. Respiró agitado por el esfuerzo:

—Qué cerca… que estuvimos… qué bronca que no voy a ver la victoria. Llegamos… como… los Cóndores… los pibes van a hablar de nosotros…

—Sí, Gari sí.

—Ismael… Por favor…

Casi no lo escuchaba, tuve que acercar mi oído a su boca, y me pareció que mordía las palabras cuando me agarró del cuello y en un hilito de voz me pidió:

—Cantame… la marcha…

Y mientras perdíamos las islas, acosté a Gari como a un santo sobre la turba, le acomodé el casco debajo de la cabeza y, arrodillado para acercar mi boca a su oído, le canté nuestro himno de guerra, de dolor, de victoria, y me costaba cantar porque ahora sí no podía parar de llorar.

15. ISMAEL

La explosión debió distraer al General. Romualdes se levantó y lo desarmó poniéndolo contra el piso.

El tiro me hizo abandonar el cuerpo del Gari y volver a la realidad. Trepé la ladera a la carrera y desenfundé. Con precaución, asomado al borde del pozo, vi al General muerto a los pies de Romualdes. Tenía un charco de sangre alrededor de la cabeza.

—¡Tirá el arma, Romualdes! ¡Te estoy apuntando!

Romualdes se dio vuelta, completamente cebado, y disparó orientándose por el ruido. La bala pasó muy por encima de mí. Salté sin dejar de encañonarlo.

—Largá el fierro, hijo de puta.

—Vas a cagar igual que tu amigo —y pateó el cuerpo del General—. Pedazo de boludo, se descuidó.

—No te vas a salvar. Bajá el fierro.

Paró la oreja, y yo también pero sin dejar de apuntarle. Se escuchaba el tintineo de varias armas y susurros muy bajos, que se acercaban. Solo dijo:

—Lo único que no me explico es cómo unas lacras como ustedes llegaron hasta acá.

—Lo mismo digo, rata. Bajá el arma.

—Bajala vos.

Romualdes se empezó a reír como un demente y disparó. Sentí un golpe muy fuerte en el pecho, y yo también disparé.

Nos fuimos al piso, forcejeando y manchándonos con nuestra sangre, revolcándonos entre los cuerpos de los caídos y el del General. Ninguno conseguía encañonar al otro. Yo sentía cómo se me iban las fuerzas y el aire, y lloraba de rabia pensando que me iba a matar sin poder vengarme, sin poder saber. No sé de dónde saqué la energía, pero conseguí ponerle la rodilla en el pecho y apuntarle:

—Vas a pagar, hijo de puta, pero antes me vas a decir qué hiciste con ella.

—Con quién, basura, con quién. Matame, boludo, y vas a ver quién pierde después. A la vuelta mandamos nosotros.

Le pegué un tiro en el pecho, apoyando con fuerza la pistola, como si fuera un cuchillo. El de él me sacudió el mentón. Quedé de cara al cielo, y jadeando. El sabor de mi sangre me llenaba la boca.

Era un cielo hermoso y azul. No me importaba morir así.

Entonces, escuché unos gritos en inglés.

Una cara parecida a la del Colorado rompió el cielo, y me apuntó con una pistola. Dijo algo que no entendí.

Aparté el arma con la mano:

—No me mates —le dije.

La boca me dolía horrores.

Y ya no recuerdo más.

Lorenz, Federico
Montoneros o la ballena blanca / Federico Lorenz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2025.
(Colección Popular)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-719-586-6

1. Narrativa Argentina Contemporánea. 2. Literatura Argentina. 3. Montoneros I. Título.
CDD A860

Distribución mundial

Armado de tapa: Juan Balaguer
Diagramación de interior: Hernán Morfese
Corrección: Ada Solari
Conversión a formato digital: Estudio eBook
Edición al cuidado de Fabiana Blanco y Yanina Gómez Cernadas

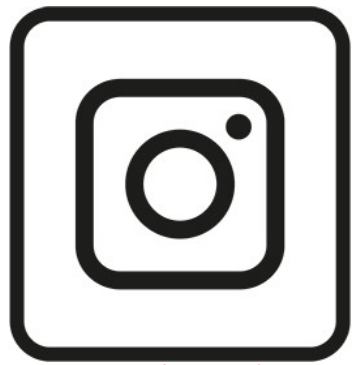
D.R. © 2025, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina
editorial@fce.com.ar / **www.fce.com.ar**
Comentarios y sugerencias: **editorial@fce.com.ar**

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

ISBN 978-987-719-586-6

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

SIGAMOS CONECTADOS



@fceargentina

@FCEdeArgentina

@FCEArgentina

FondoDeCulturaEconómicaDeArgentina

www.fce.com.ar

Índice de contenido

1. Portada
2. Sobre este libro
3. Sobre el autor
4. Dedicatoria
5. Epígrafe
6. Primera parte. Atlántico Sur
    1. 1. Prisioneros de guerra
    2. 2. Sapper Hill
7. Segunda parte. La disidencia
    1. 1. La campaña miliciana
    2. 2. El río
    3. 3. El Lanas
    4. 4. El enemigo
    5. 5. Bajo siete llaves
    6. 6. El Floro
    7. 7. El Popi
    8. 8. Patria o muerte
    9. 9. Domingo en el Puerto de Frutos
    10. 10. Selva
    11. 11. No quiero entregarme viva
    12. 12. Basta por ahora
    13. 13. El barrio
    14. 14. Sus propios esfuerzos
    15. 15. Más cerca
    16. 16. Agitación y lucha
8. Tercera parte. La ciudad
    1. 1. Cuarteles de invierno
    2. 2. La mamá de Luli
    3. 3. Argentina campeón
    4. 4. A ganar el Mundial
    5. 5. Vuelve el General
    6. 6. Ductia
    7. 7. La única verdad es la realidad
    8. 8. Testimonios
    9. 9. Solo lo imprescindible
    10. 10. El general San Martín y la herencia de las armas en la Argentina
    11. 11. Recuperación
    12. 12. La casa
9. Cuarta parte. La montaña
    1. 1. Cuando llega el momento
    2. 2. Camuflaje
    3. 3. El Ejército de Salvación
    4. 4. Historia militar
    5. 5. Ul-Urenz
    6. 6. Oxidados
    7. 7. Bajo los álamos
    8. 8. Comunicado
    9. 9. Desbande y bandas
    10. 10. Encrucijada
10. Quinta parte. Ruta 3 al Sur
    1. 1. El camino de La Carrindanga

2. 2. Justicia popular revolucionaria
3. 3. Los flippers, mirá allá
4. 4. El camino de los Cóndores
5. 5. Kurtz
6. 6. Arqueología
7. 7. El polvo de los tiempos
8. 8. El fruto del viento
9. 9. Lo cantábamos en casa
10. 10. Aliados
11. 11. El último lobo de la manada
12. 12. La Plaza
13. 13. El Cara Antigua
14. 14. Recién ahora

11. Sexta parte. El mar
    1. 1. Anclados
    2. 2. Por fin
    3. 3. El albatros
    4. 4. Bahía York
    5. 5. Riordan
    6. 6. Los orígenes del hombre americano
    7. 7. Tormenta
    8. 8. La ballena blanca
    9. 9. Tierra patria

12. Séptima parte. Las islas
    1. 1. La recuperación de las Malvinas
    2. 2. Como antes
    3. 3. Tráfico
    4. 4. Verdades
    5. 5. Para que los vean en casa
    6. 6. Diferencias
    7. 7. Partidos
    8. 8. Formosa
    9. 9. La batalla definitiva
    10. 10. Retirada
    11. 11. El Chifa
    12. 12. La colina del Zapador
    13. 13. El General
    14. 14. Volveré y seré millones
    15. 15. Ismael

13. Créditos

Landmarks

1. Cubierta
2. Portada
3. Créditos
4. Índice
5. Índice de contenido